

C A R L O S K E L L E R R .

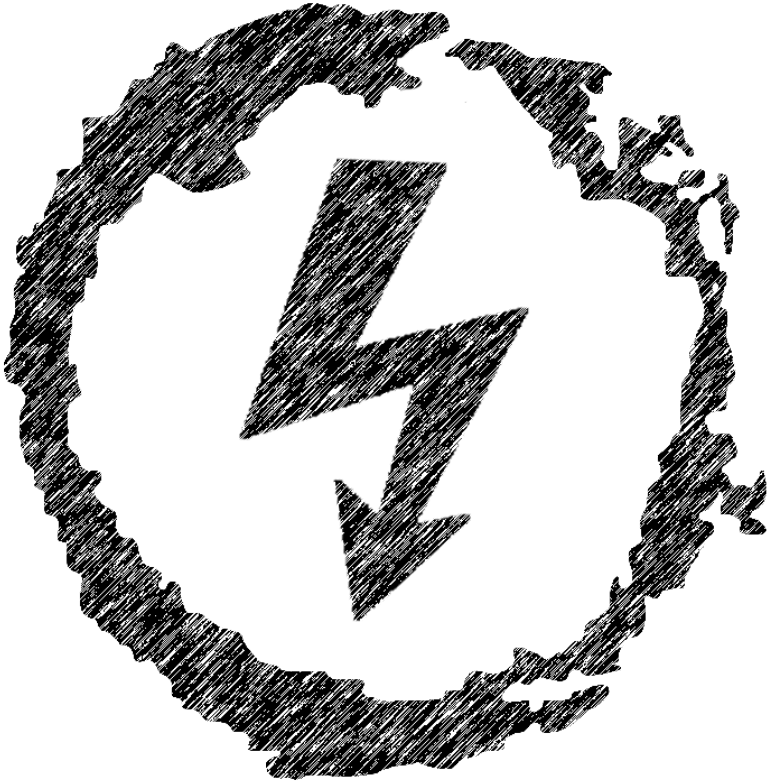
U N P A I S A L G A R E T E

CONTRIBUCIÓN A LA SEISMOLOGÍA SOCIAL DE CHILE

Sumario: El caos político ■ El círculo funcional de nuestro sistema económico ■ Economía planificada ■ Los órganos de la nueva economía ■ Los órganos de la nueva economía (continuación) ■ Documentos ■ Datos estadísticos.

E D I T O R I A L N A S C I M E N T O

K U K L O X . X Y Z



K U K L O X . X Y Z

Es propiedad
Inscripción número 2799.

N.º 1225

Impreso en los Talleres de
la Editorial Nascimento
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile, 1932

K U K L O X . X Y Z

K U K L O X . X Y Z

*"Nada más necesario para un Estado
que un Gobierno valiente". — (GOETHE).*

PROLOGO

Es mucho más difícil predecir los terremotos que ocurren en la naturaleza, que aquellos que perturban la evolución de los pueblos.

En regiones volcánicas, como aquella en que vivimos, es preciso desarrollar una nueva ciencia: la seismología social. Los cuartelazos, levantamientos y revoluciones obedecen a leyes mucho más exactas que las que ha desarrollado la geología. Son acontecimientos perfectamente pronosticables.

"La eterna crisis chilena", libro escrito inmediatamente después de la caída de Ibáñez y antes de la elección de Montero, pretendió analizar las fuerzas que han influido desde la génesis de nuestra sociedad, sobre el presente en que vivimos. Es, en el fondo, una interpretación de lo que hay.

"Un país al garete", parte del presente y trata de pronosticar lo que habrá en el futuro. Es, pues, un complemento de "La eterna crisis chilena".

Toda ciencia se justifica por la aplicación práctica de sus postulados. Ha sido necesario, pues, anticipar una justificación de lo que dice este libro. A ello obedece el apéndice, en que el lector encontrará una serie de pronósticos que se han cumplido.

Ruego al lector no alarmarse por el realismo que caracteriza a este libro: no se olvide que vivimos en el siglo XX, que repudía la palabrería sin sentido de lo que nos hemos acostumbrado a llamar política. Esta obra pretende encontrar imágenes adecuadas al nuevo espíritu en formación. Si hay crítica dura, ella se dirige en contra de nosotros mismos. Siempre es nuestro más fiel amigo el que nos dice la verdad. Creamos lo mejor el uno del otro y entendámonos sobre este terreno.

CAPITULO I

EL CAOS POLITICO

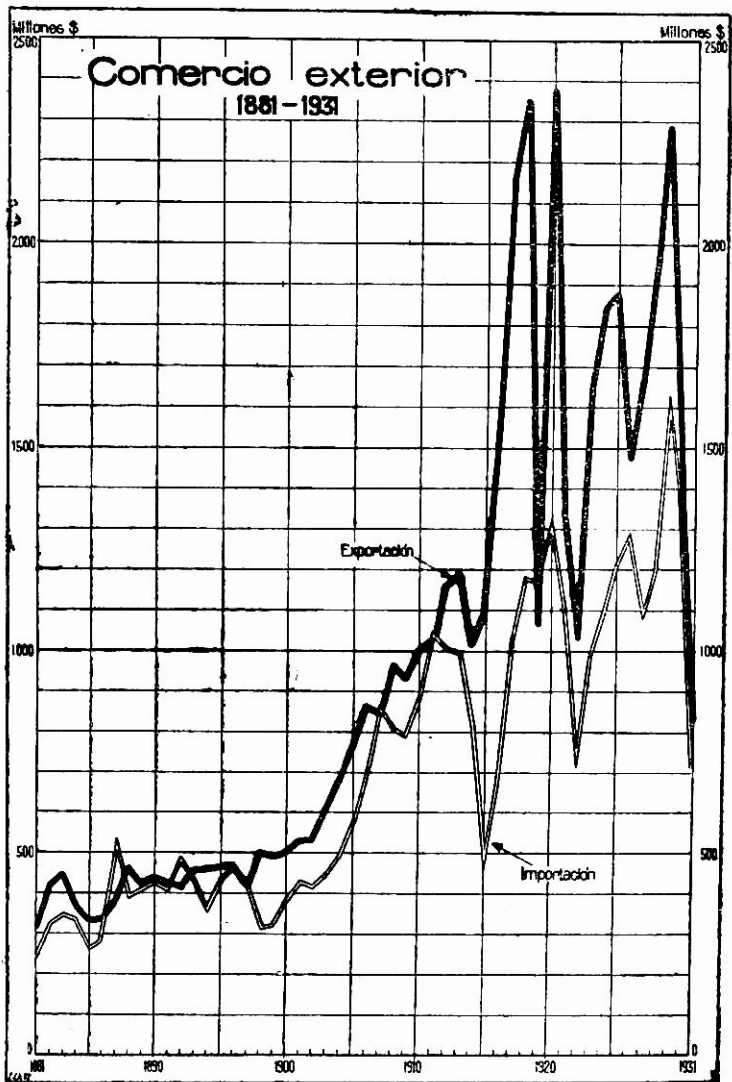
I

El ciclo sísmico

Desde la guerra mundial, la evolución política de Chile ha entrado en un período sísmico.

Los temblores y terremotos sociales han llegado a constituir el aspecto normal de nuestra vida pública. Los períodos de desarrollo pacífico representan la excepción. Nuestra estructura social se encuentra en constante vibración sísmica.. No todas las revoluciones llegan a estallar, no todos los cuartelazos llegan a ser realizados, pero aún los que no se cumplen contribuyen a producir alarma y desconfianza.

El ciclo sísmico en que nos encontramos ha sido anunciado por las intensas fluctuaciones que señalan nuestras exportaciones a contar desde el estallido de la guerra mundial.



Analícese el gráfico adjunto. Se podrá observar un ascenso perfectamente normal y regular hasta 1913. Casi sin ninguna interrupción, las exportaciones aumentaron de año en año. La revolución del 91, único terremoto social de la época, no tuvo causas económicas: tuvo por objeto el de entregarle el mando del Gobierno a nuevas clases sociales que habían surgido sobre la base de la riqueza minera del país (véase "La eterna crisis chilena", cap. I). Se trata, pues, de un movimiento que distribuyó el mando de la colectividad de una manera diferente de la vigente hasta entonces.

Desde 1891 hasta la guerra mundial casi no hemos tenido Gobierno. La vida política era un caos. Los gabinetes se alteraban continuamente. Presidentes inspirados en el bien público, se estrellaban con los partidos y fracasaban. No había alta política, no había previsión social.

Pero tampoco se necesitaba. Los caudales de riqueza que fluían al país desde afuera, nos permitían el lujo de no necesitar gobierno. La vida económica marchaba al margen de la política. Los elementos sanos y trabajadores se retiraban de la vida pública, cediendo a menudo el campo a los fracasados en la vida y a los que consideraban al Estado como un buen negocio que permitía obtener óptimas utilidades.

En aquel período no se hizo siquiera una tentativa de solucionar alguno de nuestros grandes problemas. La plus-valía que representaba la entrada producida por el salitre, no fué utilizada ni para alfabetizar al pueblo, ni para estabilizar la moneda, ni para desarrollar un plan de fomento económico, y ni siquiera para ordenar la situación de nuestra hacienda pública. Sin embargo; hubo voces—poco numerosas, pero de peso—que pronosticaban que la riqueza proveniente del salitre ya no iba a correr algún día y que era necesario adoptar una política de previsión, a fin de garantizar al futura existencia de la nación.

No encontraron resonancia. Alegres y confiados, nos limitamos a repartir y gastar rápidamente lo que entraba al país. Nadie se preocupaba de los problemas nacionales. El ambiente estaba saturado de una ideología grandilocuente y hueca. Se discutía sobre dogmas políticos y religiosos que no tenían la menor relación con la realidad. Se hacía política de círculos y sectas. Se personificaba.

La vida política y la económica eran dos mundos distintos, independientes el uno del otro. El hombre de negocios despreciaba la política y se burlaba de los que la manejaban. A lo sumo, gastaba algunos fondos para conseguir ventajas.

Este estado de cosas pudo subsistir mientras la curva de las exportaciones continuaba subiendo. Las fallas en el manejo de la causa pública eran corregidas por la riqueza en aumento que entraba al país. No había peligro en derrochar fondos públicos mientras el año siguiente hacía subir los ingresos.

Pero estalla la guerra mundial. Bruscamente, la curva de las exportaciones señala un descenso formidable. El auge regular cede su lugar a fluctuaciones sin precedentes de un año a otro. El seismógrafo económico registra movimientos subterrestres. Desde entonces, las vibraciones no han cesado. Cuando adquirían un carácter más intenso, se producían remezones políticos.

Sólo ahora los pecados de la época de la pre-guerra han llegado a exteriorizarse en forma desconsoladora.

Las reservas del Estado se encontraban totalmente agotadas. La administración pública no disponía de los elementos preparados para afrontar los problemas que se presentaban. El sistema tributario no permitía conservar el equilibrio de los presupuestos. La estructura económica del país no resistió la prueba a que la sometía el descenso de la exportación de salitre.

Pero lo peor de todo fué que la organización política era la menos adecuada posible para resistir los ataques que estaba su-

friendo la colectividad de parte de la vida económica. La política y la economía constituían, como ya lo expresé, dos mundos completamente distintos. Este divorio, perdonable en tiempos de prosperidad ascendente, como la tuvimos en el período de la pre-guerra, se volvió funesto en el momento en que los problemas económicos ya no tenían una solución económica, en que ésta sólo se podía obtener en el campo político.

La vida política estaba saturada de un aire dogmático y doctrinario. En vez de discutir los problemas nacionales mismos, se los traducía a fórmulas abstractas, como ser, izquierdismo versus derechismo, régimen parlamentario versus régimen presidencial, militarismo versus civilidad. Es decir, en vez de atacar los problemas reales, se inventaban nuevos problemas, completamente distantes de la realidad. Además, y eso evidencia una mentalidad primitiva, se personificaba a cada instante, atribuyendo la causa del desastre, no a las curvas descendentes, sino a los jefes del Estado. El malestar existente en Chile no se buscaba en nuestra estructura económica deficiente e inadecuada, sino que se atribuía a los Presidentes. En la opinión del país, los causantes de nuestras desgracias han sido, sucesivamente, Alessandri, Ibáñez, Montero y Dávila. Mientras la vida económica se encontraba en auge, se les aplaudía, pero todo descenso producía trastornos políticos.

No hemos logrado encontrar una organización política que esté al nivel de la época. Aún más: creo que ni siquiera nos hemos dado cuenta de los verdaderos problemas que hemos de solucionar. La fraseología oficial se mueve en torno de la mentalidad de la pre-guerra. Se refiere a dogmas y doctrinas, como si se tratara de solucionar cuestiones abstractas y académicas.

Así, los problemas reales se escapan a nuestro raciocinio. Dado este ánimo de nuestro espíritu, la opinión pública se contenta fácilmente con nuevas fórmulas abstractas, como la de las elec-

ciones (consideradas como remedio universal para todos nuestros males) o de la civilidad (cuyos constantes fracasos han sido precisamente la causa de aquella otra abstracción que representa el militarismo). Pero como los problemas reales del país no tienen nada que ver con estas abstracciones y sus causas siguen actuando, los movimientos sísmicos no pueden terminar.

Para mí este período funesto no cesará hasta que logremos poner término a las fluctuaciones vehementes de nuestras curvas económicas, causa real y profunda de las vibraciones que se manifiestan en nuestra vida política. Sólo así terminará el ciclo sísmico en que nos encontramos.

II

Causas de los fracasos políticos

La causa fundamental de que continúen actuando las fuerzas subterráneas que conmueven la vida política de la nación, es una casualidad; no haber tenido la suerte de encontrar a un estadista de grande estilo.

Este hecho es casual en grado eminente, pues los genios no se producen diariamente. Italia tuvo la suerte de entregarle sus destinos a un Mussolini, España tuvo la desgracia de que Primo de Rivera no fué un Mussolini. El Portugal, en cambio, sin ir a transformaciones tan profundas como Italia, tuvo la suerte de que se le entregara la cartera de Hacienda a don Antonio de Oliveira Salazar.

Nosotros hemos estado buscando en vano un estadista capaz de comprender nuestros problemas. Alessandri fracasó por falta de cooperación eficiente; Ibáñez se empeñó sinceramente en

encontrarla; Montero y Dávila se desviaron del camino desde el primer momento.

En la vida pública de Chile se han alternado desde la guerra mundial una infinidad de personalidades. Las ha habido de todas las esferas sociales, de todos los campos políticos, de todas las ramas de los negocios y de las ciencias. Muy pocas de ellas han superado intelectualmente a una perfecta mediocridad.

Los Jefes de Estado que hemos tenido en estos años se han caracterizado por el afán de servir leal y honradamente al país. Todos ellos, sin excepción, han sido modelos de probidad y honradez. Ninguno ha empleado al Estado para obtener ventajas o beneficios personales. Su fracaso se debe sencillamente a no haber logrado imprimir a la política los rumbos que se encuentran en armonía con los problemas nacionales: el divorcio entre la vida económica y la pública, a que ya me referí, ha sido profundizado en vez de desaparecer. Y ese es un hecho absolutamente casual.

Como consecuencia, la opinión pública se encuentra desconcertada y manifiesta una desconfianza llevada a un grado extremo. En vez de reconocer la verdadera causa de los fracasos, se personaliza. Todo hombre que actúa en la vida pública es considerado como un criminal. El que antes de asumir un cargo público era conceptuado como un perfecto caballero, honorable e inteligente, en el momento en que llegue a ocuparlo se convierte en punto menos que un verdadero demonio. Este afán de crítica destructiva ha llegado a impedir todo gobierno. Para poder realizar alguna labor eficiente, es preciso poder disfrutar de la cooperación pública.

El estadista de grande estilo siempre tendrá la mayor parte de la opinión pública en contra, porque lo que intuitivamente le señala como conveniente su ingenio, se encontrará, muy a menudo, en contradicción con las ideas que flotan en el ambiente. El ver-

dadero estadista tendrá que gobernar, forzosamente, en contra de la opinión pública.

Si esta dificultad se presenta, universalmente como regla general, ella es inmensamente mayor en nuestro país. Debido al desconcierto general que han producido nuestros constantes fracasos, la sociedad se ha disuelto en átomos. Cada chileno desconfía de su prójimo, ve en él un enemigo, un contradictor. Cada chileno está empeñado en echar del poder al que lo ocupa. Aún más: la animadversión se dirige en contra de todo individuo que realiza alguna labor, por modesta que fuere. Los celos, la envidia y las ambiciones destructoras jamás han florecido en tal forma en una colectividad como actualmente entre nosotros.

Como consecuencia, el ambiente de la vida pública se encuentra totalmente envenenado. Respiramos un aire asfixiante. Así aún se ha impedido que se formen grupos de selección que reúnen un número limitado de individuos dispuestos a afrontar la vergüenza nacional. Aún aquellos que han tratado de conseguirlo, han sido afectados por la descomposición moral de la nación, y en ellos se respira la misma atmósfera que caracteriza a todo nuestro ambiente político.

La situación en que nos encontramos a este respecto es verdaderamente trágica. Debido a la imposibilidad de constituir un gobierno uniforme, fuerte y consciente, acondicionado para actuar, la política nacional se ha convertido en un eterno vaivén de corrientes contradictorias que se polarizan recíprocamente. Como consecuencia, los más capaces son aislados, y prevalecen los deseos y las aspiraciones de la mediocridad. Así se explica, por ejemplo, que los ministerios, en vez de ser dirigidos por personalidades caracterizadas, se encuentran prácticamente en poder de los "suches", los que todo resuelven y determinan, aún contra la voluntad de los mismos ministros.

La atomización de la sociedad ya no puede llegar a ser más

completa. En el fondo, cada chileno desearía tener un Estado especial, que esté de acuerdo con sus aspiraciones personales. No existen partidos en el sentido antiguo: cada entidad de esta naturaleza se descompone en tantas unidades como miembros tiene. Los ministros más capacitados son combatidos por sus propios partidos. Nadie está dispuesto a prestar la menor cooperación, todos se dedican a aniquilar y destruir lo existente.

Desde hace más de un decenio hemos ensayado todos los regímenes posibles: hemos tenido un período francamente parlamentario, otro presidencial, hemos hecho experimentaciones con la dictadura y con la República socialista. Todos ellos han fracasado rotundamente. La desconfianza general se explica, pues, perfectamente.

Y ella no podrá desaparecer hasta que la casualidad nos brinde un estadista de grande estilo, que logre encauzar la vida económica dentro de rumbos definidos, apaciguando las fuerzas sísmicas que actúan desde las profundidades.

En "La eterna crisis chilena" analicé la evolución secular de nuestra historia social y política, terminando con el período de Ibáñez. Como este libro debe ser un complemento de aquél, continuaré el estudio anterior.

III

Montero, o la derrota de los partidos históricos

El período de Ibáñez fué, sin lugar a duda, y a pesar de todos sus defectos, la tentativa más seria realizada en el sentido de hacer desaparecer el divorcio entre nuestra administración pública y la vida económica del país.

Fracasó esencialmente por el "espíritu norteamericano" que lo

caracterizó, es decir, la creencia en una prosperidad ascendente. Todo el régimen estaba basado en esta premisa. En el momento en que quedó demostrada su inexactitud, tuvo que derrumbarse. El derrumbamiento se habría producido ya antes, a no haberse mantenido el mercado interior en una situación de prosperidad artificial, debido a los empréstitos extranjeros.

Si la opinión pública de Chile reaccionara frente a razonamientos lógicos, y el análisis de los hechos reales tuviera alguna influencia sobre ella, habría tenido que reconocer a mediados de 1931, que el problema fundamental que se le presentaba era de carácter económico. En un instante determinado pareció así: cuando Blanquier hizo sus célebres declaraciones sobre el estado de la hacienda pública. Estas declaraciones no se distinguían en nada de otras anteriores y todavía estaban caracterizadas por una malicia tendenciosa. Sin embargo, su efecto fué extraordinario. En aquel momento parecía que se había apoderado cierta sensatez de la opinión pública.

Sin embargo, Blanquier fué liquidado en el acto, y la solución política fué preferida frente a la económica.

¿En qué consistía esta solución? Sin duda, don Juan Estéban Montero fué una de las personalidades más simpáticas y bien inspiradas que actuaron en nuestra política. Sin ambiciones de ninguna especie, fué llevado al mando contra su propia voluntad.

Su gran pecado consistió en aceptar el gobierno bajo tales condiciones: la falta de ambiciones y de voluntad constituye el peor defecto de que puede adolecer un estadista.

Con la personalidad de Montero llegó a predominar en el gobierno el espíritu de la pre-guerra, es decir, el de los "grandes partidos históricos" (alianza radical-conservadora).

Lo esencial en esta forma de gobierno es que trata de gobernar lo menos posible. Esta solución era perfectamente posible y

tolerable, como ya lo expresé, mientras la curva de las exportaciones señalaba un tren ascendente: la vida económica no necesitaba del Estado.

En el momento en que cayó Ibáñez se requería, sin embargo, un máximo de actividad política. Los problemas económicos se habían vuelto tan graves y complicados, que ya no podían encontrar ninguna solución automática, la que sólo era viable si se utilizaba la fuerza que representa la colectividad organizada. El problema chileno exigía un máximo de actividad, iniciativa y esfuerzo de parte del Estado.

La solución no pudo ser, pues, menos afortunada, pues en vez de ese máximo, los partidos históricos nos dieron un mínimo.

Quien conozca nuestra historia política de los últimos decenios, no podía esperar otra cosa. Los partidos históricos chilenos son agrupaciones de minorías dirigentes que disponen de vasallos que les obedecen ciegamente. Las minorías que están a su cabeza no permiten el surgimiento de ninguna personalidad sobresaliente. Individualistas en grado sumo, miran con recelos a las personalidades que pretendan destacarse. Por lo general, son presididos por mediocridades, las que se considera ofrecer las mayores garantías a todos. Los dirigentes se polarizan y aniquilan entre sí. Por consiguiente, no hay formación de una voluntad colectiva consciente. Siempre predomina la mediocridad más espantosa. La polarización de las inteligencias, produce el resultado de hacer predominar a los menos capaces. No existe el concepto de una selección de las inteligencias. Individuos de reconocida mala reputación, inmorales y merecedores de ser reclusos en la cárcel, pueden paralizar completamente la labor de caracteres sobresalientes.

En los partidos históricos se ha conservado perfectamente el espíritu de fronda que se originó en la época colonial, en que la clase de los descendientes de los conquistadores y europeos in-

migrados posteriormente, relativamente poco numerosa, dominaba a los mestizos e indígenas. El espíritu de conservación los obligó a unirse y actuar como conjunto, en que cada cual tenía iguales derechos.

El origen de este espíritu de fronda explica la razón que impidió la selección social en Chile. Al criollo le interesaba en primer lugar la conservación de la clase, y, por lo tanto, no hacía distingos entre los miembros que la componían. El criminal era tolerado al lado del honrado. Había un interés de casta, superior al que en Europa produjo la diferenciación social. "El caballero (es decir, el criollo) no puede ser criminal".

No obstante haber surgido posteriormente elementos sociales que no pertenecían a la aristocracia criolla, el espíritu de fronda estaba tan desarrollado que se apoderó de todos, y así se explica que los partidos históricos representen una masa homogénea, en lo que se refiere a sus dirigentes, que impide casi absolutamente la selección de los capaces y hace casi imposible que un individuo sobresaliente pueda actuar políticamente. Agréguese a esto el número limitado de familias que intervienen en la política y sus vinculaciones de parentesco, para comprender que en Chile no hay sanción social, es decir, la sociedad no excluye por instinto a los incapaces, sino que les concede igual participación que a los demás. Debido al proceso de polarización de los capacitados, a que ya me referí, los menos aptos para el mando han llegado a tener mayor influencia que aquéllos en los partidos y el Estado de estilo antiguo.

La uniformidad social es uno de los mayores defectos de nuestra organización. Al individuo inteligente no se le reconoce socialmente ninguna situación privilegiada. Existe verdadera impotencia para seleccionar a los capaces. La mediocridad imperante le puede hacer imposible la vida a personalidades sobresalientes. Jovencitos sin ninguna preparación, casi verdaderos

subhombres, adquieren transitoriamente una influencia política y administrativa, que sólo se explica por el grado de descomposición espiritual a que ha llegado nuestro pueblo.

Todo esto, como debo repetir, era explicable en el período de la pre guerra, en que la política podía subsistir al margen de la vida real de la nación. En el momento en que se necesitaba de la fuerza colectiva organizada para solucionar los problemas, era necesario proceder en el sentido inverso del que caracterizaba a los partidos resucitados.

Por tanto, el hecho de haber tratado de solucionar los problemas existentes a mediados de julio de 1931, mediante la fórmula de la "civilidad", es decir, entregando el mando a entidades notoriamente incapaces para gobernar, significaba agravar inmensamente la situación.

Los resultados no tardaron de demostrarlo. Voy a repetir que tanto el Presidente de la República como diferentes de sus colaboradores eran personalidades sobresalientes. Todos ellos se empenaron con absoluta sinceridad en servir honradamente al país. Pero este juicio sólo vale si se les considera individualmente. Como conjunto, las cualidades de los dirigentes se encontraban absolutamente polarizadas. En ese gobierno no había ningún rumbo fijo, ninguna política definida. Era un constante vaivén, una debilidad manifiesta, una serie no interrumpida de tentativas, fracasadas antes de ser realizadas. Lo único efectivo que se consiguió fué entregarle ventajas positivas a la mediocridad, la que se apoderó de la administración, para explotarla en su beneficio personal.

No es preciso citar la doctrina liberalista, que se reconocía oficialmente como norma política, para demostrar la causa de estos fracasos. Aún prescindiendo de toda doctrina, ellos se explican con una lógica asombrosa.

En las condiciones que caracterizaban la situación del país,

todo Gobierno que se parapetara detrás de la "legalidad", estaba condenado al fracaso. Es más conveniente para la colectividad que se cometan cien injusticias, pero que se salve al país, antes que no cometer ninguna, pero permitir que se precipite en un abismo. Y es esto lo que tuvo que ocurrir con toda lógica.

El problema monetario fué tratado con una falta de conocimiento y de criterio que no podía ser más pronunciada. Cuando se estaba utilizando la prensa de billetes para financiar los presupuestos, el Ministro de Hacienda creía todavía que se trataba de operaciones reales de crédito y estaba dispuesto a pagar un interés del 6 por ciento sobre los Vales del Tesoro emitidos.

No se hizo la menor tentativa para equilibrar la balanza de pagos, alegando leyes naturales que regularían automáticamente la situación. Se rebajó sin ninguna necesidad el cambio oficial, restando al país gran parte de las letras que hasta entonces proporcionaban la Cosach y las empresas norteamericanas. Se permitió el desarrollo de la Bolsa Negra de letras sobre el exterior, en una forma que constituía un escándalo nacional.

En materia financiera, no se intentó siquiera equilibrar los presupuestos, por medio de un aumento de las entradas y disminuyendo los gastos. No se hizo ningún empeño para conseguir un empréstito interno que evitara la inflación montaria. Al contrario, se toleró la huelga de los contribuyentes.

Las discusiones de las leyes en el Parlamento y, en general, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, tomaron un carácter caricaturesco. Se hacían chistes, se ponía en ridículo a los ministros, sin que éstos fueran defendidos por sus propios correligionarios. La discusión descendió a un nivel que lo dejaba a uno asombrado en cuanto al desarrollo espiritual de nuestra raza. En el Parlamento, el subhombre predominaba ampliamente.

De acuerdo con la mentalidad estrecha de algunos interesados, se inició una ofensiva contra las industrias fiscales, patrocini-

nada por el mismo Ejecutivo. La colonización nacional fué abandonada, y la repartición que tenía a su cargo su realización, se convirtió en un reducto político.

En general, toda la administración pública se encontraba semi-paralizada. Los puestos de importancia fueron entregados a los "perseguidos por la dictadura", los que, salvo algunas honrosas excepciones, se reclutaban de elementos de la peor especie. Los partidos de Gobierno idearon una fórmula para repartir los cargos públicos entre sus miembros. Algunos "políticos" se encargaban de hacer esta repartición, mediante el pago de una comisión por los agraciados.

Con una falta de criterio verdaderamente admirable, se inició una campaña de odios y recriminaciones contra el ejército. Se trató de reducir sus efectivos, como si Chile pudiera existir como país independiente y soberano sin fuerzas armadas. Se quiso entregar los Ministerios respectivos a "políticos", para impedir la influencia de los "militares". Como no se consiguió esta finalidad, se refundieron los Ministerios de Guerra y Marina y se designaron para atener el ministerio, personalidades absolutamente "inofensivas".

La incapacidad administrativa llegó a tal extremo, que ni siquiera una cuestión tan sencilla como la racionalización de la gasolina pudo ser resuelta en forma satisfactoria.

El problema de la desocupación no fué considerado como existente, y para demostrarlo, se acordó distribuir los cesantes a lo largo de los caminos, alejándolos de las ciudades. Su alimentación fué encomendada a contratistas particulares. Diferentes leyes sociales, en esta época de crisis más necesarias que jamás, fueron suspendidas.

No se avanzó en el estudio y celebración de tratados comerciales con otros países, perdiendo nuestros productos de terreno y

teniendo que suspenderse por este motivo el funcionamiento del Transandino a Mendoza.

La educación pública se dejó abandonada. Un proyecto que permitía estudiar una reforma substancial, elaborado por una de las primeras inteligencias del régimen, fué llevado al fracaso por sus propios correligionarios. La reforma universitaria dió motivo a perturbaciones casi sin interrupción de parte de los estudiantes, que habían sido, precisamente, el apoyo más fuerte de la "civilidad" en los últimos días de julio, en conjunto con los profesionales, los que no realizaron la menor labor constructiva.

Es verdaderamente de admirarse que bajo tales circunstancias el régimen de los partidos históricos haya logrado mantenerse hasta junio de 1932. Diferentes conmociones anteriores—el levantamiento de la Armada, los sucesos de Copiapó y Vallenar, frecuentes huelgas y manifestaciones de protesta, un malestar social en todas las clases—evidenciaban que los días de esta forma de gobierno eran contados. Finalmente, bastó que no se satisficieran los deseos de un militar, para que se produjera el derrumbamiento.

IV

Dávila, o la derrota del periodismo

Con Dávila asumió el mando una personalidad extraordinariamente inteligente, sagaz, conocedora a fondo de los problemas políticos del extranjero y sumamente bondadosa. Dávila ha sido quizá la más preparada de todas las inteligencias que han intervenido en nuestra política.

Sin embargo, lo que lo caracterizaba, sobre todo, era su inteligencia periodística. El periodista vive al margen de la vida:

su misión consiste en reflejarla en la más amplia forma, presentando todos sus matices y aspectos. La profesión misma produce superficialidad y relatividad. Para el periodista no existen verdades absolutas, no puede haber una línea recta y fija, pues si se apasiona por un ideal, como debe hacerlo el estadista de formato, no cumple en la debida forma su misión, que consiste, precisamente, en comprenderlo todo, sin detenerse excesivamente en el análisis de un sólo aspecto.

Como consecuencia, el periodista no sirve para actuar. Es esencialmente impresionista. Le falta el conocimiento y la experiencia de la realidad, la que es muy diferente del aspecto espiritual que llega a reflejarse en las manifestaciones literarias.

La política es siempre un juego de azar. Para tener éxito, es preciso jugar una carta, apasionarse hasta el éxtasis por una idea y seguir una línea recta y uniforme hasta sus últimas consecuencias, poniendo toda la energía a su servicio. Los grandes políticos siempre han sido endemoniados. No se preocupan de la resonancia que encuentren sus medidas. La opinión pública generalmente los ataca, y sólo muy tarde se llega a convencer de la necesidad del camino seguido.

En este sentido, Dávila era periodista y no estadista. Así se explica su derrota. Las causas que la opinión pública le atribuye, son interpretaciones que sólo se comprenden si se toma en cuenta nuestro afán de reducir todos los fenómenos reales a fórmulas místicas. (Véase "La eterna crisis chilena", cap. II).

Es cierto que Dávila llegó al poder bajo condiciones sumamente difíciles. Tenía como contradictores, a los partidarios del régimen recientemente caído, a las masas populares manejadas por grupos políticos izquierdistas, a los "ibañistas", y, por la tendencia avanzada que trató de imprimir a su gobierno, a los elementos sanos que no se preocupaban tradicionalmente por la política.

Casi sin ningún apoyo efectivo, logró mantenerse en medio de esta anarquía y vencer la resistencia que se le oponía.

Estas actividades netamente pasivas absorbían la mayor parte de las actividades del gobierno. Para obtener éxitos políticos, Dávila se vió obligado a hacer concesiones a grupos que, en realidad, no tenían ninguna influencia. Esto se explica por su afán, esencialmente periodístico, de obtener reconocimiento de a lo menos una parte de la opinión pública.

Se presentó, sin embargo, el hecho, un tanto contradictorio, de que los elementos izquierdistas en que trató de apoyarse, no disfrutaban de ninguna preparación para el mando. El hecho es contradictorio, por cuanto los fracasos del régimen anterior y la oposición general que había encontrado, debieron haber creado una fuerza política que pudiera gobernar. Sin embargo, ella no existía. La oposición se había realizado en forma absolutamente negativa y no representaba ningún valor político positivo. Esto se evidenció desde el primer momento en que Dávila llegó al mando. El gobierno se encontraba completamente en el aire.

A esta ausencia de una fuerza política debemos agregar una falta completa de experiencia y conocimientos financieros. Se creyó poder edificar un sistema de capitalismo del Estado, mientras las cajas fiscales se encontraban exhaustas y se estaban liquidando, como efecto de la crisis, los escasos capitales que hemos logrado acumular en el país. Para remediar este gran escollo, Dávila aceptó la alianza con Zañartu, personalidad que proclamaba la posibilidad de producir una expansión gigantesca de las fuerzas productoras de la nación... a base de emisiones de billetes. La paralogización llegó a tal extremo, que Zañartu presentó como un ejemplo digno de imitación, la inflación monetaria efectuada en Alemania. La actuación de este ministro, atacado casi unánimemente por la opinión pública, paralizó totalmente las actividades del Gobierno y lo hizo perder las me-

jores oportunidades que se le ofrecían para realizar la reconstrucción nacional.

La segunda alternativa que se le presentaba a Dávila consistía en organizar un gobierno netamente técnico, basado en un plan económico realizable, ajustado a las estrechas posibilidades que se presentaban, fuertemente unido y dispuesto a actuar con todo vigor. Respaldeado primero por el Ejército, única fuerza organizada de que disponíamos (cuando sobreviene el caos, el poder siempre llega a parar en manos del grupo más sólido y fuerte), muy pronto este Gobierno habría encontrado el apoyo de los elementos sanos y productores del país, y el éxito de su acción lo habría hecho popular.

Dávila estaba teóricamente convencido de que esta era la única fórmula acertada, pero su inteligencia periodística lo apartaba en la práctica constantemente de ella.

Si prescindimos de algunas leyes de carácter populachero, el plan económico de Dávila era acertado.

Se reconoció, por primera vez, el principio de que "las cosas no se arreglan solas" y que, por tanto, es necesario utilizar la fuerza organizada de la colectividad para intervenir en la solución del problema económico. "Guerra sistemática y sin cuartel a la crisis": he ahí la norma fundamental.

En materia de finanzas, se crearon nuevos recursos, a fin de aumentar las entradas fiscales (impuesto sobre transferencias de minas, aumento del impuesto a la renta, contribución sobre la primera transferencia de propiedades inmuebles, aumento del impuesto sobre herencias y donaciones y otros más). Se negoció un empréstito interno. Se creó la Caja de Amortización, conforme al modelo de la francesa, a fin de consolidar la deuda flotante y de procurar nuevas entradas extraordinarias al Fisco.

Se trató de mejorar la situación económica con numerosas medidas. Se concedieron prórrogas y rebajas a los deudores (co-

mercio minorista, deudores hipotecarios). Se aprobó un plan de fomento económico, concediendo facilidades de crédito a las actividades productivas. Se perfeccionaron las instituciones de crédito del Estado.

Se promulgó una Ley de Emergencia, cuya finalidad consistía en absorber parte de los desocupados mediante obras fiscales y el fomento de iniciativas particulares, a fin de reemplazar una parte de las importaciones por la producción nacional y aumentar las exportaciones. Mencionaré a este respecto especialmente la campaña del oro, la que, dado el diferente nivel de los jornales y del precio de ese metal, tenía que dar un buen resultado.

Se promulgó un nuevo Código de Minería, más ajustado a las necesidades del país. Se prohibió la transferencia de minas sin autorización previa de parte del Estado.

Se estableció un Comisariato de Subsistencias, a fin de evitar la especulación con productos de primera necesidad.

Finalmente, se promulgaron disposiciones tendientes a atacar las causas del alza de los precios. Algunas medidas trascendentales relacionadas con esta materia, habían sido aprobadas por el Gobierno en el momento en que cayó.

En primer lugar, existía la intención de equilibrar los presupuestos, y se habían tomado medidas a este respecto, que ya cité. Realizadas, se habría restablecido la confianza en la situación financiera del Estado.

La segunda causa que producía la baja de la moneda, era el desequilibrio de la balanza de pagos. Cuando Dávila dejó el mando, tenía redactado un proyecto que solucionaba el problema de los créditos privados del extranjero, congelados en Chile, del que me ocuparé más adelante. Su intención era la de acumular estas deudas en el Banco Central, en moneda chilena, con garantía del Gobierno y controladas por los mismos acreedores, a

fin de utilizarlas para negociar tratados de compensaciones, sobre la base del pago de las deudas mediante la entrega de mercaderías, cuya producción, de común acuerdo con los acreedores, se habría podido financiar con las mismas deudas.

Simultáneamente, existía la intención de centralizar el comercio exterior en el Instituto de Comercio Exterior, aprobado, pero sin funcionar. El Instituto no habría excluido la iniciativa particular, pero habría centralizado las ventas en un solo punto, evitando el alza de los precios (véase más adelante).

Todas estas medidas y otras más, constituían un novum en Chile y demuestran que existía una visión clara de las necesidades. Otras se caracterizaban, en cambio, por un aspecto fantástico, dadas nuestras posibilidades financieras.

Realizadas por reparticiones eminentemente técnicas, estas medidas habrían producido, sin lugar a dudas, una mejoría a corto plazo y los resultados obtenidos habrían permitido afianzar la situación política.

Sin embargo, la crítica destructiva, cáncer nacional de que adolecemos desde hace más de un decenio, impidió toda labor eficiente. El gobierno de Dávila despreció desde el primer momento la oportunidad que se le presentó para reconstruir el país con la ayuda de personalidades caracterizadas en el campo técnico, y sin desconocer las necesidades reales del país, como lo demuestra el sistema de medidas que enuncié, malgastó sus mejores esfuerzos en solucionar políticamente un problema que era esencialmente económico.

Tengo la convicción de que la aceptación de la segunda alternativa que se le presentó, habría evitado este desastre. Pero las fallas habidas se derivan, no de convicciones teóricas, sino de condiciones de carácter, y, desgraciadamente, Dávila era demasiado periodista.

V

Nuevos rumbos

Tanto la situación económica como la política han agravado enormemente nuestros problemas, cuya solución se presenta más lejana que nunca.

La tarea por realizar no ofrece ninguna duda: la situación del país ya no se puede arreglar sola, se necesita para ello la intervención del Estado, es decir, de la colectividad organizada. Las soluciones naturales han fracasado, y nada se puede esperar de las reacciones del automatismo económico que ya no funciona.

Se trata, pues, de crear un Estado capaz de cumplir esta misión. En el fondo, el problema consiste en crear un Estado de nuevo tipo. Casi podría decirse que en el período de la preguerra no tuvimos Estado; no lo tuvimos, porque no lo necesitábamos para poder existir. Actualmente, la creación del Estado es el problema fundamental.

Desde la guerra mundial, la vida política ha girado alrededor de esta cuestión. Ninguna solución ha sido satisfactoria.

La situación actual demanda la existencia de un Estado que sea voluntad y acción en grado sumo. Si no logramos crearlo, nuestra existencia política probablemente se verá amenazada seriamente, ya sea por los peligros del separatismo o por factores internacionales.

El problema es eminentemente práctico y no dice relación alguna con teorías y dogmas políticos acerca del "Estado ideal". Debo afirmar en este lugar que ninguno de los credos políticos actualmente en boga se refiere a nuestro problema político real y efectivo. Ni el legalismo, ni el constitucionalismo, ni la civilidad, ni el militarismo, ni el gobierno de

las izquierdas o derechas, solucionan en lo más mínimo los problemas de que realmente se trata.

No creo que sean solucionados ni por elecciones ni por un movimiento de las masas. Como siempre, la solución dependerá de la casualidad de que se encuentre una personalidad fuerte y consciente de su misión, un verdadero endemoniado, que logre reunir un grupo de individuos de selección, con cuya ayuda pueda realizar una labor eficiente.

Mientras más fuerte sea la voluntad de este grupo, mientras más límpida su moralidad y mayores sus conocimientos de la vida real, profunda su visión del porvenir, tanto más eficiente podrá ser su labor y adecuada la solución del problema. Pero debo repetirlo: este evento será obra de la casualidad. Y aún agregaré que la probabilidad de que no se cumpla es mayor que un desenlace favorable.

De desear sería que la solución no dependiera de la persona del Presidente. Debemos hacer un empeño serio en el sentido de desvincular al Presidente de la República de la labor de su Gabinete.

A este respecto ha habido una verdadera mala interpretación acerca del régimen presidencial. Esta forma de gobierno no significa que el Presidente sea el único responsable por todos los actos de sus colaboradores. De acuerdo con este criterio, se le podría hacer responsable por la labor de cada uno de los funcionarios públicos.

La idea del régimen presidencial consiste en que exista una persona que elija a los ministros, y no una masa amorfa, como la constituye un Parlamento. En vez de diluir la responsabilidad de los ministros, como sucede en el régimen parlamentario, se exalta en un grado máximo. El Presidente, elegido por el pueblo, representa una instancia neutral. El responsable por la política del gobierno es el jefe del Gabinete, pero esta responsabilidad la tiene frente al Presidente y no respecto de una entidad irres-

ponsable como la representa el Parlamento. Así, el Presidente tiene la función de fiscalizar al Gabinete y puede cambiarlo conforme a las conveniencias nacionales, sin que se le pueda hacer responsable a él por los fracasos de sus colaboradores. Desgraciadamente, diferentes de nuestros Presidentes — y aún ministros—no han interpretado así su verdadera misión, y como resultado, la rotativa de los ministros ha sido reemplazada por la de Presidentes.

Las condiciones actuales del país requieren que la tramitación de las leyes se pueda efectuar con suma rapidez. Si tuviéramos cultura política, el régimen parlamentario vigente podría funcionar satisfactoriamente. Pero compárese la tramitación engorrosa y sumamente lenta de nuestra Ley Monetaria, con la que se empleó por el parlamento inglés (veinticuatro horas para despachar la ley más importante promulgada en los últimos años, sin ninguna preparación previa de la opinión pública y sin que los parlamentarios mismos sospecharan su presentación), para convencerse que nuestro sistema parlamentario es absolutamente inadecuado.

Lo primero que se necesita es reducir a un mínimo el número de miembros de las dos Cámaras. Dos senadores y cinco diputados por provincia me parecen suficientes. Además, es indispensable dotar al Ejecutivo de la facultad de disolver al Parlamento cada vez que lo considere conveniente.

A estas medidas deberían agregarse otras que permitan obtener la cooperación política de los elementos realmente sanos y productores. La preponderancia de los abogados en nuestro Congreso, ha convertido los debates en discusiones tinterillescas. La representación de los elementos "populares" es una verdadera farsa. Hay partidos completos, y bastante poderosos, que no disponen de un solo miembro capaz de realizar alguna labor como ministro.

Es muy probable que sea necesario limitar los votos a aquellos que tengan alguna responsabilidad para con la sociedad y adoptar un sistema que permita dar una representación genuina a aquellos que laboran nuestra riqueza.

Es este, sin duda, el más grave de los problemas políticos. El Estado del futuro no existirá al margen de las actividades económicas, sino que será su principal impulsador, pues los problemas económicos no encontrarán ninguna solución fuera del Estado. Esta afirmación no obedece a principios dogmáticos, sino que se deriva de las exigencias de las actividades económicas mismas, las que diariamente están pidiendo la intervención del Estado.

En el sistema de la pre-guerra, el Estado actuaba a instancias de los particulares, pero su actuación era extraordinaria y excepcional. Todavía se ha conservado la tradición antigua, es decir, todavía son los particulares los que asaltan al Estado, llenando las antesalas, para obtener de él ventajas personales. Toda la administración todavía obedece a este sistema: ningún expediente se tramita sin que el interesado haga empeños para conseguirlo. El Estado es conceptuado como una entidad esencialmente pasiva, que sólo actúa cuando el particular se lo exige. Es este el sistema que hemos heredado de la revolución francesa.

Y es este el sistema que nos ha conducido al borde de un precipicio. Si nos queremos salvar, es preciso que reaccionemos y que establezcamos el Estado activo y volitivo que necesitamos.

El Estado del futuro deberá ser iniciativa máxima. Su voluntad debe ser más fuerte y pura que la de los particulares. Debe tener una conciencia más elevada de su misión de la que los particulares tratan de inculcarle. El Estado debe saber lo que desea y debe hacer, sin necesidad de esperar las demandas, reclamos y protestas de la opinión pública.

En otras palabras: la voluntad nacional, hasta ahora rea-

lizada por la iniciativa particular (ni el Ejecutivo ni el Parlamento de estilo antiguo tenían voluntad), deberá ser realizada primordialmente por el Estado. La voluntad colectiva deberá coincidir con la del Estado.

Para ello es preciso que el Estado obtenga la cooperación de las mejores inteligencias del país. No la de aquellos que voluntariamente se le acercan con peticiones personales, generalmente de carácter antisocial, sino la de aquellos que representan realmente las fuerzas creadoras de la nación.

Ellos deben tener representación política y administrativa. Sólo así lograremos atraerlos hacia el Estado, y si lo conseguimos, ya no lo considerarán como un ser enemigo, sino que se darán cuenta que su interés particular coincide con el colectivo y que la estrecha alianza entre la organización colectiva y la iniciativa particular, redundará en beneficio directo de esta última.

Esta representación no significa que se organicen innumerables consejos ejecutivos. Dada su composición—en la mayoría de los casos, personas interesadas materialmente en las funciones que deben cumplir—, estos consejos constituyen actualmente elementos de desorganización e inmoralidad.

El Estado moderno no puede aceptar la existencia de tales consejos. Sus funciones las debe encomendar a personalidades responsables y no a cuerpos ejecutivos irresponsables. En el Estado moderno no cabe otra forma de organización que la jerarquía burocrática, rígidamente constituida, con amplias facultades de mando para los ejecutores y plena responsabilidad por su actuación.

Los funcionarios deben ser modelos de actividad, inteligencia y moralidad. Es preciso dignificar la carrera administrativa, efectuando una rigurosa selección y atrayendo hacia el Estado a los más preparados que trabajan en las actividades particulares. En vez de limitarse a aceptar a los fracasados en la vida, la ad-

ministración pública deberá constituirse de las mejores inteligencias del país.

Establecer estos postulados, casi significa negar su realización. Sin embargo, es el único camino que nos conduce a un futuro más digno y que nos permite salir del pantano en que nos encontramos.

Los problemas que se nos presentan demandan un esfuerzo sobrehumano para solucionarlos. Es inútil que tratemos de vendarnos los ojos, alegando fórmulas cabalísticas y aplicando criterios que nada tienen que ver con nuestra realidad.

La vida se ha tornado sumamente complicada. Las fuerzas económicas ofrecen un aspecto centrífugo y tienden a producir la desintegración de nuestro organismo social. El separatismo, anunciado en "La eterna crisis chilena" como un peligro inminente, ya es una realidad. La atomización de la colectividad ha llegado a límites jamás conocidos. Las reservas nacionales se encuentran casi totalmente agotadas. La inflación monetaria se ha convertido en un problema de consecuencias desastrosas.

La solución de todas estas cuestiones requiere la creación de algo que apenas hemos tenido hasta ahora: un Estado. ¿Lo conseguiremos?

Puede que la reacción social frente a tantas miserias, sea suficientemente poderosa para permitir acercarnos a la solución. Todo dependerá de la formación de una minoría dispuesta a actuar.

"La historia la hacen los hombres".

K U K L O X . X Y Z

CAPITULO II

EL CIRCULO FUNCIONAL DE NUESTRO SISTEMA ECONOMICO

I

Causas funcionales de la crisis

Con sobrada razón, para el extranjero Chile es sinónimo de salitre y cobre.

Estos dos productos no sólo constituyen el 85% de nuestras exportaciones normales, sino que le impulsan a todo nuestro sistema económico su ritmo particular. Directa o indirectamente, el dinamismo de la economía chilena depende del salitre y cobre. Los costos de estos productos en Chile nos proporcionan la mayor parte de las letras sobre el exterior de que disponemos para pagar las importaciones. Las rentas fiscales provienen en su mayor parte de ellos. La agricultura y las industrias nacionales venden gran parte de sus productos a los que producen salitre

y cobre. Una parte apreciable del comercio se ha desarrollado a la sombra de estas industrias.

Prosperidad económica significa en Chile gran producción de salitre y cobre. Crisis económica significa que la producción de estos productos señala mermas.

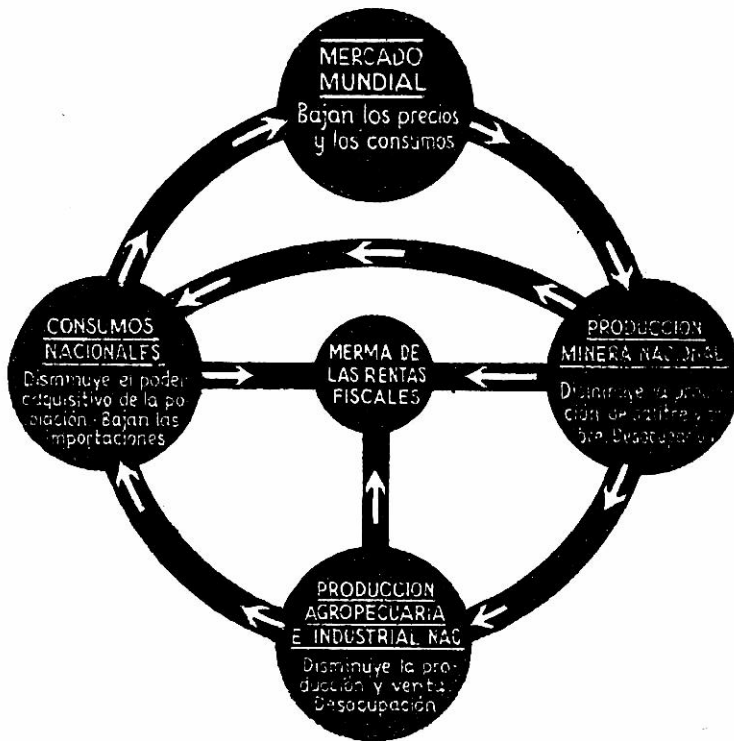
Las expectativas del salitre y cobre no dicen ninguna relación con nuestra política económica interior. La producción de ambos productos es manejada desde Nueva York, y su aumento o disminución dependen exclusivamente de la situación del mercado mundial, sobre el cual no tenemos la menor ingerencia. Podemos cometer todas las torpezas económicas imaginables en Chile: ellas no influirán sobre las expectativas del salitre y cobre, siempre que no redunden en un aumento excesivo del costo.

Vivimos en absoluta dependencia de la economía mundial, muy superior a la de los países europeos. Mientras que en aquellos la mala situación de sus productos de exportación puede ser compensada, hasta cierto grado, por un mayor desarrollo del mercado nacional, que puede asorber la producción dentro de ciertos límites, en Chile estas compensaciones no son posibles. La mitad de todo lo que se produce en el país sale al extranjero, y no existe la más remota expectativa de absorber una parte de esa producción en el interior. Al contrario, en el momento en que merman las exportaciones, se peraliza también gran parte de las actividades económicas nacionales.

El gráfico adjunto demuestra la génesis y los efectos de nuestras crisis económicas. Las flechas indican la dirección de los efectos que provienen de cada uno de los mercados. Primero bajan los precios y consumos en el mercado mundial. Este hecho influye inmediatamente sobre la producción minera nacional: se produce la desocupación en la minería. De este hecho resultan tres efectos principales: disminuye la producción agropecuaria e industrial nacional, bajan los consumos y sufren una merma

las rentas fiscales. Los dos últimos efectos son agravados por la disminución de la producción agropecuaria e industrial nacional. La merma de los consumos nacionales viene a repercutir,

El círculo funcional de la economía nacional



a su vez, sobre el mercado mundial, agravando su situación, pero en forma muy moderada y tardía.

El círculo funcional que acabamos de analizar no es invertido-

ble, es decir, siempre los fenómenos ocurren en el mismo sentido, de manera que para explicar el círculo de un auge, es preciso cambiar simplemente la palabra "disminuye" por la de "aumenta". En otras palabras: la mejoría sólo puede resultar de un auge del mercado mundial.

Los hechos que acabamos de analizar son tan sencillos y su trascendencia es tan fundamental, que no debería haber discrepancia de opiniones acerca de ellos. Sin embargo, podemos leer casi diariamente en los grandes rotativos, que las causas de nuestro malestar económico son esencialmente interiores y que deben imputarse a la labor de los dirigentes de nuestro país. Esto significa, lisa y llanamente, substituir la razón económica por los medios de la politiquería.

La simplicidad de nuestra estructura económica, nos permite pronosticar con suma facilidad la futura situación económica de nuestro país, pues ella se deriva de las expectativas de nuestras dos industrias básicas. La observación de los precios y ventas de salitre y cobre nos permite anticipar, sin poder equivocarnos, un juicio acertado acerca de lo que ocurrirá en los próximos meses en Chile. Así se pueden pronosticar tanto los períodos de prosperidad como los de crisis. Estos pronósticos tienen tanta mayor probabilidad de ser acertados, cuanto nuestra vida económica se desarrolla con un defasamiento de muchos meses, en comparación con lo que ocurre en el mercado mundial. Sólo varios meses después de mejorar las condiciones para nuestros productos de exportación, comenzará a aumentar la producción en Chile, y este aumento se manifestará, con un nuevo defasamiento, en un mejoramiento de la situación del mercado nacional. Viceversa, cuando se inician las mermas en la producción de nuestras industrias básicas, la situación del mercado nacional todavía indicará un nivel de prosperidad, y sólo lentamente comenzará a declinar.

La economía chilena es, pues, un simple apéndice del sistema económico norteamericano, y su dinamismo depende de la situación del mercado mundial, en mayor grado que otros sistemas económicos. No tiene voluntad propia. Los negocios de que depende nuestro bienestar material y espiritual (porque aún los movimientos sísmicos sociales son determinados por las curvas económicas) no son manejados desde Chile.

Las razones que explican por qué nuestro sistema económico se ha desarrollado en este sentido, las he analizado en "La eterna crisis chilena" y no es necesario repetirlas en este lugar.

II

Causas universales de las perturbaciones económicas

La guerra mundial tuvo como consecuencia económica más importante la de acumular grandes utilidades en los Estados Unidos. A medida que Europa se empobrecía, los Estados Unidos se enriquecían.

Terminada la guerra, estos inmensos capitales fueron utilizados para efectuar una expansión del crédito que jamás se había conocido en épocas anteriores. Los capitales fueron utilizados para crear nuevas empresas y ampliar las existentes, tanto en Estados Unidos como en los demás países, adonde afluían, por no poder ser absorbidos en aquel país. Los Estados obtuvieron empréstitos, que utilizaron para hacer enormes inversiones, que redundaron, directa o indirectamente, en una expansión económica.

Esta expansión del crédito no obedecía a ningún plan. Mientras se ampliaban las plantas de cobre norteamericanas en Chile y se construía la de Potrerillos, mientras se levantaban las plan-

tas de salitre de María Elena y Pedro de Valdivia, mientras se proporcionaba a la agricultura grandes créditos a fin de aumentar la producción, nadie tomaba en consideración lo que estaba ocurriendo en otros países en el mismo campo. La consecuencia fué una sobreproducción jamás conocida en el mundo (*).

Esta sobreproducción fué agravada por la circunstancia de que la inversión de aquellos capitales se hacía con la intención de mecanizar racionalmente las industrias, es decir, de reemplazar al obrero por la máquina. En años anteriores, nuestra industria salitrera, por ejemplo, ocupaba, en plena producción, más de 60,000 obreros. Las nuevas plantas construídas permiten producir la misma cantidad de salitre con sólo 20,000 obreros, es decir, la mecanización de la industria ha producido una desocupación crónica de 40,000 obreros, sin tomar en consideración las consecuencias que la concentración de la producción en unas pocas grandes plantas tiene que producir sobre las pequeñas industrias, el comercio, etc., que viven a la sombra de la industria salitrera.

Estas consecuencias de la mecanización han sido universales. Mientras se estaba construyendo el nuevo equipo industrial, todos encontraban trabajo y la economía mundial ofrecía el aspecto de un florecimiento artificial. Pero una vez que las nuevas fábricas comenzaron a trabajar y que se realizó la expansión agrícola y minera, la cesantía comenzó a adquirir proporciones cada vez más graves. Cada obrero sin trabajo disminuía la demanda de productos. Así la cesantía, consecuencia lógica de la expansión alocada que se efectuó sobre la base de créditos, se ha vuelto en un problema que afecta a todos los países capitalistas del mundo.

(*) Véase la conferencia "Cómo salir de la crisis", del autor. (Editorial Nascimento).

La situación fué agravada por los factores de la política internacional. El pago de las reparaciones y de las deudas de la guerra mermaba el poder adquisitivo de los países europeos. Lo que se restaba al poder adquisitivo de Europa ingresaba al patrimonio norteamericano y era empleado para aumentar la potencialidad económica del mundo, regresando a los demás países por los canales del sistema de crédito.

Este sistema mismo se caracteriza por diferencias substanciales, en comparación con el de la pre-guerra.

Por una parte, existía un afán en hacer inversiones de capitales a rédito fijo. Tanto las empresas norteamericanas de cobre, como la Cosach, la Compañía Chilena de Electricidad y numerosas grandes empresas en otros países, han sido financiadas mediante la emisión de debentures (bonos industriales). La afluencia de estos capitales a los países beneficiados les proporcionaba una gran cantidad de letras sobre el exterior, cuya oferta se traducía en un aumento de las importaciones. Las letras mejoraban, pues, transitoriamente la situación del comercio exterior y tonificaban la balanza de pagos. Pero a la larga su efecto era el contrario, pues la mecanización de los procesos de producción significaba que una menor parte de los costos de producción regresaban al país y aumentaba la proporción que correspondía a los capitalistas, pagada en el extranjero con el importe de la venta. En otras palabras: la mecanización de los procesos de producción con la ayuda de capitales extranjeros desequilibraba forzosamente las balanzas de pagos, pues disminuía la oferta normal de letras sobre el exterior.

En segundo lugar, existía una marcada tendencia a facilitar los capitales no invertidos a rédito fijo, en la forma de créditos a corto plazo, distribuídos por intermedio de los Bancos. El capital norteamericano, cuando no emigraba en la forma de empréstitos y debentures, prefería la inversión por intermedio de los

Bancos. Evitaba en lo posible la adquisición de acciones y otras formas de inversión. Los créditos a corto plazo, facilitados con suma liberalidad a los países europeos, le proporcionaron al sistema de crédito una movilidad que no había tenido antes. Bastaba una simple orden telegráfica para que los créditos se movieran de un país a otro. En el momento en que un mercado ofrecía alguna duda acerca de la estabilidad y seguridad de los negocios, estos créditos a corto plazo emprendían la fuga, y su salida en masa exponía al sistema monetario a una prueba de resistencia que constituía la más seria amenaza.

Finalmente, las inversiones a rédito fijo se justificaban solamente bajo la condición de que las empresas cumplieran el plan de producción de acuerdo con el cual habían sido establecidas y los precios se mantuvieran al nivel que sirvió de base para los cálculos.

Mientras la Cosach produce un mínimo de dos y medio millones de toneladas de salitre y el precio se mantiene a un mínimo de 16 chelines oro por quintal métrico, ella constituye uno de los mejores negocios del mundo. Si fallan estos cálculos, ella tiene que quebrar.

El ejemplo de la Cosach no representa un caso aislado. Ella se encuentra exactamente en la misma situación de todas las grandes empresas del mundo que han sido organizadas con la ayuda del crédito a rédito fijo. En la época de la pre-guerra, esta clase de sociedades constituían una excepción, y se limitaban, por lo general, a las empresas de utilidad pública, cuyas entradas son tan estables y fijas que no hay peligro en organizarlas sobre la base de capitales nacionales a rédito fijo (cuando emplean capitales extranjeros, se exponen a los peligros que envuelve una baja de la moneda, como le ha ocurrido a la Compañía Chilena de Electricidad). Después de la guerra, la economía norteamericana se caracterizaba por su credulidad en el mito de la pros-

peridad creciente. Se tenía fe en que la producción de las nuevas empresas iba a ser absorbida fácilmente a precios remunerativos, y así se explica que no se viera ningún peligro en financiar sociedades de toda índole mediante la emisión de bonos industriales a rédito fijo.

Los cálculos hechos han fallado, y actualmente casi no existe ninguna empresa organizada en esta forma que no se encuentre prácticamente en bancarrota. La Cosach no constituye a este respecto ninguna excepción. Es el caso corriente. Y aún el problema de nuestra agricultura, que tomó grandes préstamos para aumentar la producción, obedece al mismo orden de ideas.

En todas partes del mundo se realizó una expansión económica sin precedentes, basada principalmente en la utilización de los créditos. Los capitales eran ofrecidos con suma liberalidad. En numerosos casos se pagaban "coimas" para poder colocarlos. Nadie pensaba en desarrollar orgánicamente sus negocios, basándose en sus propios esfuerzos, ahorrando y empleando los ahorros para aumentar racionalmente la producción. La evolución adquirió un aspecto brusco y precipitado. Personas sin experiencia y muy a menudo, sin moralidad, obtenían fácilmente inmensos créditos para desarrollar negocios fantásticos y sin ninguna base real. Si se analiza objetivamente la historia de estos años (1923-29), los rasgos patológicos le dan su sello peculiar.

Como ya lo expresé, la expansión económica del período de la post-guerra se caracteriza substancialmente por una evolución alocada y caótica. Todo el sistema estaba basado en la iniciativa particular. Al organizarse una empresa, se tomaban en consideración las expectativas de venta y los precios vigentes. Acerca de las expectativas había informaciones vagas e imprecisas. Por lo general, el análisis se limitaba a observar la tendencia de los precios. No había un conocimiento acerca de los planes y pro-

yectos de otros empresarios que se dedicaban al mismo ramo. Así la especulación de una empresa se veía más tarde contrarrestada por la de otra que pretendía lo mismo. Y como todos especularon en el mismo sentido, pues el mito de la prosperidad creciente era universal, el resultado fué que fracasaran todos los planes.

La crisis estalló en el momento en que los nuevos equipos entraron a producir. La cesantía aumentó rápidamente. Las materias primas no encontraban mercados, pues había superabundancia de ellas. Las manufacturas comenzaron a inundar todos los países. En Chile, el número de viajeros comerciales, agentes, representantes y comisionistas de fábricas extranjeras era extraordinario. El sistema de crédito (ventas a plazo) favorecía la colocación de los productos. La competencia se volvía cada vez más aguda.

Finalmente, los capitales perdieron la confianza en el sistema y comenzaron a retirarse de la Bolsa y de la producción. Los gobiernos trataron de salvar a lo menos la situación del mercado nacional, cerrando paulatinamente sus fronteras a los productos extranjeros, a fin de robustecer la producción nacional. Ya antes de la guerra y durante el período del último auge, la protección aduanera había tomado un gran desarrollo, pero ahora, en un período de precios descendentes, ella celebró sus mayores triunfos.

El proteccionismo constituye una medida absolutamente lógica y natural. El interés de los países consistía en mantener en estado próspero el sistema económico nacional. Para ello era necesario, garantizar a la producción precios remunerativos. El aumento de los derechos aduaneros permitía conseguirlo. Además, era necesario buscar ocupación para los cesantes. Los empresarios le demostraban al Estado que podían y estaban dispuestos a instalar tales o cuales industrias, siempre que se las

protegiera con medidas aduaneras. El Estado se convencía fácilmente de las ventajas de esta medida.

Finalmente, cuando a pesar de todo—o mejor dicho, debido a la restricción de los mercados—la tendencia a la baja continuaba y el sistema monetario se veía seriamente amenazado, los gobiernos se vieron obligados a influir con medidas aún más drásticas sobre el intercambio de las mercaderías y el movimiento de los capitales. Se establecieron los contingentes y las licencias, se adoptaron medidas anti-dumping, se creó el control del cambio, se impusieron trabas de toda índole, ingeniosamente estudiadas.

Pero ninguna de esas medidas detuvo la catástrofe. El sistema económico capitalista de la post-guerra, basado en el mito de la prosperidad creciente y una expansión económica fundada en los créditos, hizo crisis violenta.

Y dado el carácter de esta crisis, ella se distingue substancialmente de todas las anteriores y no terminará como aquéllas. El automatismo económico se encuentra totalmente perturbado.

La crisis de 1929 se ha convertido en los últimos años en una crisis estructural, y eso implica que hemos entrado en un período más o menos prolongado que significaba la transformación del sistema capitalista.

El análisis de este aspecto de la crisis merece párrafo aparte.

III

El fin de la economía mundial

En el curso del siglo XIX, el sistema capitalista experimentó una transformación sumamente interesante.

Si pudiéramos observar a vuelo de pájaro la estructura eco-

nómica capitalista hace un siglo, observaríamos la existencia de una infinidad de pequeñas empresas, dirigidas personalmente por sus propietarios. Cada una de esas empresas había surgido orgánicamente, por lo general a base de talleres modestos. Trabajando rudamente y ahorrando con gran entusiasmo, para invertir en la empresa la parte no gastada de la renta, a fin de conseguir su expansión, ella había crecido lentamente y se caracterizaba, por lo tanto, por una solidez financiera a toda prueba. El crédito había tomado un desarrollo insignificante y no era de ninguna manera decisivo sobre la evolución económica. La nota característica para la primera fase del capitalismo moderno, era el esfuerzo personal de individuos dispuestos a desempeñar un máximo de esfuerzo personal en la organización racional de las empresas, aplicando los adelantos de la técnica y de las ciencias naturales. El concepto de la economía nacional coincidía con el del territorio nacional. Económicamente considerado, el empresario que emigraba, para establecerse en el extranjero, dejaba de pertenecer al sistema nacional y se incorporaba en uno extranjero. Perdía su "ciudadanía económica".

En el curso del siglo XIX, estas bases fueron modificadas substancialmente. El crédito tomó un desarrollo extraordinario y las empresas fueron despersonalizadas en grado ascendente. Actualmente, la grande industria ha dejado de pertenecer a personas determinadas, pues su capital pertenece a una infinidad de accionistas o tenedores de bonos, que quizá no sea posible identificar, por la facilidad con que los títulos pasan de una mano a otra. Las pequeñas empresas que se forman orgánicamente, con la ayuda de sus propios recursos, han sido desplazadas por las super-empresas, creadas súbitamente con la ayuda de capitales ajenos. Aún a la explotación individual, por ejemplo, en la agricultura, ha penetrado el espíritu de la grande empresa, el empresario individual se cree autorizado para hacer uso del cré-

dito en la más amplia escala, a fin de conseguir una expansión que sus propios esfuerzos jamás le permitirían obtener. Debido a este factor, se ha podido producir en un período relativamente breve, como lo es el de 1923 a 1929, una expansión extraordinaria de la economía mundial, sin precedentes en la historia económica.

Las formas rígidas del capitalismo de estilo antiguo han sido reemplazadas, pues, por una agilidad extraordinaria de los capitales. A medida que se desarrolló esta nueva fase del capitalismo, el sistema económico dejó de coincidir con los territorios nacionales. Al capital inglés o norteamericano no se le presentaba ya ninguna dificultad para salir de los límites territoriales nacionales y encontrar inversión en otros países. No corría el peligro de ser absorbido por otros sistemas económicos, ya que continuaba obedeciendo a la dirección constituída en el país de origen, y sus réditos regresaban periódicamente al domicilio de las personas que lo habían facilitado.

De esta manera se pudo formar una "economía mundial", independiente de los límites de los territorios nacionales y sometida a leyes propias.

La expansión económica de Chile se debe esencialmente a la formación de esta economía mundial. El capital extranjero ha venido a explotar nuestras riquezas. Los costos de producción en el interior le daban vida al sistema económico nacional; de ellos existía, en gran parte, nuestra agricultura y nuestra industria nacional; de ellos se derivaba la mayor parte de las rentas fiscales; de ellos provenían las rentas de los profesionales (los derechos de exportación sobre el salitre constituyen, desde este punto de vista, "costos" en Chile). La utilidad obtenida salía del país e iba a beneficiar a los capitalistas que prestaron los dineros para organizar las empresas, o a sus organizadores, casi exclusivamente extranjeros. La economía chilena adquirió, de esta manera, un

carácter artificial, porque su evolución no obedece a fuerzas dinámicas interiores, sino que se ha formado como simple movimiento de reflejo respecto del capital extranjero que vino a explotar nuestras riquezas. Sin las inversiones extranjeras en la industria de salitre y cobre, no es concebible la existencia de nuestra capital con más de 750,000 habitantes, que representan la sexta parte de la población del país, ni un Estado con un presupuesto que subió de mil millones de pesos de seis peniques, ni la extensión que ha tomado el profesionalismo en Chile. Literalmente, toda nuestra existencia como nación se deriva del salitre y del cobre.

Es esa también la razón más profunda que me faculta para afirmar que antes de la guerra no necesitábamos un Estado y que apenas lo tuvimos. Como nuestra existencia material no dependía de lo que hiciéramos, pensáramos o deseáramos en Chile, podíamos permitirnos el lujo de tener un Estado que se limitaba a servirle de una especie de deporte a un número reducido de individuos que, si se va al fondo, vivían a expensas del salitre y cobre, como el Estado mismo.

La existencia de la economía mundial dependía, sin embargo, de la realización de una serie de premisas: era preciso que los capitales se pudieran mover libremente a través de las fronteras nacionales, que el comercio internacional se desarrollara libre de trabas, que las balanzas de pagos se mantuvieran equilibradas, que la voluntad de las naciones no se opusiera a la existencia de la economía mundial como tal.

Estas premisas subsistían hasta hace poco, pero su vigencia era limitada cada vez más.

En el curso del siglo XIX, el nacionalismo de los pueblos va en constante aumento. El Estado trata de someter la economía a su voluntad. Surge el ideal de constituir unidades nacionales que abarquen todos los elementos de vida, y si no se encuentran

dentro del territorio nacional, se trata de conseguirlos mediante la expansión colonial o celebrando alianzas con países que los puedan proporcionar.

Estas tendencias, bastante marcadas en el período de la guerra, se han visto robustecidas en forma jamás imaginada en el de la post-guerra.

Especialmente desde que la crisis actual comenzó a dificultar la existencia de los pueblos, los Estados se vieron obligados a utilizar la fuerza colectiva que representa la organización política, para atenuar sus efectos. El hermetismo fronterizo adquirió proporciones cada vez más graves. Se inició una política de restricción de las importaciones, a fin de desarrollar el sistema económico nacional, aunque sus costos fueran más altos y encareciera la vida. Frente a estos aspectos desfavorables, existía el gran argumento de dar trabajo a los cesantes.

Se originó así la controversia entre la política nacionalista de los gobiernos y productores nacionales y los intereses de aquellos que habían invertido sus capitales en países extranjeros. La influencia de los productores nacionales, secundados por las masas obreras, amenazadas en su existencia, ha sido en todas partes mucho más grande y decisiva que la de los inversionistas. La lucha, una vez entablada, ha sido decidida, pues, a favor de los primeros. Ante el problema de sacrificar uno de los dos grupos de intereses, los Estados se decidieron a favor de la industria nacional.

Como consecuencia de esta constelación, se puede hablar, sin exageración, del fin de la economía universal. Actualmente se encuentran en plena formación, grandes unidades económicas nacionales.

Los Estados Unidos han cerrado sus fronteras y tratan de impedir toda importación. Sus intereses capitalistas les habrían recomendado celebrar tratados comerciales con aquellos países en

que han invertido fuertes cantidades. Pero los intereses territoriales son tan fuertes, que han sacrificado, por ejemplo, los capitales invertidos en la industria del azúcar de Cuba, a favor de una industria nacional que todavía no existe.

Gran Bretaña está empeñada en establecer un sistema económico cerrado con sus dominios y colonias, sacrificando sus inversiones y sus expectativas de venta de manufacturas en otros países, que hasta ahora le vendían materias primas.

Francia ha logrado establecer un sistema de alianzas militares y políticas, que está en vías de ampliar en el sentido económico.

El Japón persigue una política semejante en el Lejano Oriente.

En el momento en que las grandes potencias iniciaron esta política, ellas se dieron cuenta de que con estas medidas ya no era posible la economía mundial, es decir, la libertad de las empresas para producir de acuerdo con un criterio iminentemente individualista.

Pues esta ha sido la base de la economía mundial en el siglo XIX. Los organizadores de las grandes empresas estudiaban las condiciones más favorables de producción y efectuaban las inversiones de acuerdo con este criterio, en la seguridad de poder colocar sus productos en el mercado mundial, es decir, de poder competir libremente con los demás productores.

Esta premisa fundamental ya no subsiste. Francia, por ejemplo, tiene interés en una alianza político-militar con Bélgica, y, por consiguiente, le compra el cobre a aquel país, excluyendo el norteamericano de la competencia. Francia está interesada en celebrar un tratado comercial con Alemania, a fin de obtener ventajas políticas, y, por consiguiente, prefiere el salitre alemán. Aún más: tiene interés en desarrollar su propia industria del ázoe, para poder disponer de él en caso de guerra. Por consiguiente, le pide a Alemania, al comprarle el salitre, que una

parte de su precio se destine para financiar el desarrollo de la industria francesa y no tiene el menor inconveniente en invertir fuertes cantidades de su presupuesto en su industria nacional del ázoe.

Igual temperamento se podrá observar en la política que siguen las demás grandes potencias. Como consecuencia, el criterio individualista, que sólo mira a los beneficios que pueda aportar una industria a los inversionistas y organizadores, es substituído en proporción creciente, por los intereses colectivos de las sociedades organizadas políticamente.

Las conferencias económicas internacionales protestan contra esta política. Pero en esas conferencias están representados los intereses particulares y no los colectivos, y éstos son más poderosos que aquéllos. Los hechos desvirtúan constantemente las recomendaciones de los economistas, y no es de esperar que esta situación cambie dentro de un plazo breve. Al contrario, es de esperar que las tendencias hacia la autarquía se acentúen cada vez más y que dentro de algunos decenios el mundo esté subdividido en algunos grandes bloques nacionales cerrados. La libertad económica del siglo XIX entonces ya no existirá sino en el recuerdo de los pueblos.

IV

Salitre, cobre y empréstitos

La evolución política y económica que acabo de analizar en sus líneas principales, nos ha colocado en una situación realmente desesperante.

Nuestro sistema económico se desarrolló sobre la base de la

libertad de movimiento del capital internacional que vino a explotar nuestras riquezas.

Ese capital es abandonado a su destino por su propio gobierno. Las mismas naciones que facilitaron los capitales para organizar nuestras dos industrias básicas—el salitre y cobre—, han cerrado sus fronteras a estos productos y prefieren producirlos dentro de sus territorios, aunque sea a precios más altos. Simultáneamente, se nos han cerrado casi todas las fronteras que antaño estaban abiertas. Como un preámbulo de los acuerdos que se iban a adoptar en Ottawa, los ingleses comenzaron a vender a los norteamericanos, ya hace varios años, sus intereses financieros en Chile.

Nuestras industrias básicas son dirigidas desde Nueva York, y en Europa nadie considera ya como chileno al salitre y cobre que se producen en nuestro país. Pero la dirección está en manos de empresas particulares, no respaldadas en las decisiones internacionales (salvo en Chile mismo) por su gobierno. Para los Estados Unidos, el salitre y cobre son productos chilenos, aunque su producción sea controlada por empresas norteamericanas. El interés de la nación consiste en producir salitre y cobre norteamericano, es decir, productos que se elaboren dentro del territorio nacional.

La posición de nuestros productos de exportación es, como se ve, sumamente débil.

Es muy probable que se hayan cometido grandes torpezas en las negociaciones europeas del salitre, como lo expone don Tomás Ramírez Frías en sus interesantes artículos, publicados en "El Mercurio", en septiembre y octubre de 1932. Pero los hechos a que él se refiere no son suficientes para explicar el desastre sufrido. El salitre "chileno" fué defendido en Europa por una empresa particular norteamericana y no fué respaldado por ninguna de las grandes potencias, como sus substitutos artificiales.

Dadas las tendencias actuales de la política internacional, su única defensa eficiente podía consistir en ofrecer a los países que hasta ahora constituían nuestros mercados, o compensaciones políticas o económicas. Pero, ¿qué compensaciones de esta naturaleza puede ofrecer un país tan pequeño y débil como el nuestro? ¿Qué significan, por ejemplo, nuestras importaciones de Francia, en comparación con las ventajas que Alemania le puede ofrecer rebajando un poco los derechos de importación sobre artículos de lujo, vinos y licores?

Evidentemente, en tiempos antiguos, todo dependía de la sagacidad de los vendedores, pero hoy día las naciones ya no pueden ser vencidas en negociaciones más o menos habilosas, sino que han adoptado una política nacionalista consciente, y sus medidas económicas se basan exclusivamente en el interés nacional, considerado bajo su aspecto político y territorial.

Por otra parte, el gobierno norteamericano, que bien pudo haber defendido "su" salitre y cobre, ya que el "nuestro" lo produce el capital norteamericano, no lo considera, políticamente, como suyo, pues la política se identifica actualmente con el interés nacional territorial, como ya lo expliqué.

No es posible comprender estos fenómenos sin prescindir por completo de la antigua mentalidad. Los cambios habidos en la estructura política y económica del mundo han modificado substancialmente la posición de nuestros productos de exportación. Las posibilidades de colocarlos ya no dependen de la inteligencia de empresas particulares, sino que se derivan de las expectativas que ofrece el campo de gravitación de la política internacional. Los productos de intercambio mundial se han transformado en factores de potencia política. Han sido despojados de su carácter de mercaderías. Representan, de cierta manera, lo mismo que un submarino o un cañón. Son simples armas que se utilizan en la contienda política entre las naciones. Y nos ha ocurrido la des-

gracia, que aunque no seamos nosotros los que producimos el cobre y el salitre, los Estados Unidos no los reconozcan tampoco como armas nacionales.

De estas consideraciones se desprende que el salitre y cobre no disponen de otras expectativas en el futuro, que las que se derivan de la posición política de nuestro país en el concierto de las naciones. Y como nuestras fuerzas son sumamente reducidas, las expectativas no serán superiores a estas fuerzas.

No digo que por eso debamos renunciar a hacer futuros esfuerzos a fin de colocar salitre y cobre. Los capitales invertidos en estas industrias serán nuestros mejores aliados, pues no querrán renunciar a los beneficios que esperaban y tampoco querrán tolerar que se les aniquile lisa y llanamente. Más adelante indicaré medidas que nosotros mismos podemos adoptar para proteger a nuestros productos. Pero sostengo la opinión de que hacemos bien en no cifrar expectativas exageradas en ellos y que podemos aceptar como un hecho inamovible que en el futuro nuestras exportaciones no recuperarán más el nivel que señalaron en el período de 1928 a 1930.

Esto significa, sin embargo, que la existencia material de nuestro país se encuentra seriamente amenazada y que es necesario transformar su estructura económica, para permitirnos la existencia en el futuro.

Comencé este capítulo analizando el círculo funcional de nuestra economía. Demostré que el motor que impulsa el sistema lo constituye el mercado mundial. Llegué, finalmente, a la conclusión de que "nuestro" mercado mundial probablemente no resucitará. Eso significa sencillamente que la economía chilena en el futuro ya no dispondrá del motor impulsador de que disfrutaba hasta ahora. No es difícil reconocer las consecuencias trascendentales de este hecho.

Desde luego, sin un gran exceso de las exportaciones sobre las

importaciones, la balanza de pagos "natural" se encuentra desequilibrada.

En el siglo XVIII, en que no había inversiones extranjeras en Chile, el intercambio comercial con el extranjero era un simple trueque de productos: se cambiaban metales, cereales y otros productos agropecuarios por manufacturas europeas, azúcar, mate, tabaco, etc.

En el siglo XIX contratamos los primeros empréstitos, y desde entonces, necesitamos exportar más de lo que importamos para equilibrar nuestra balanza de pagos.

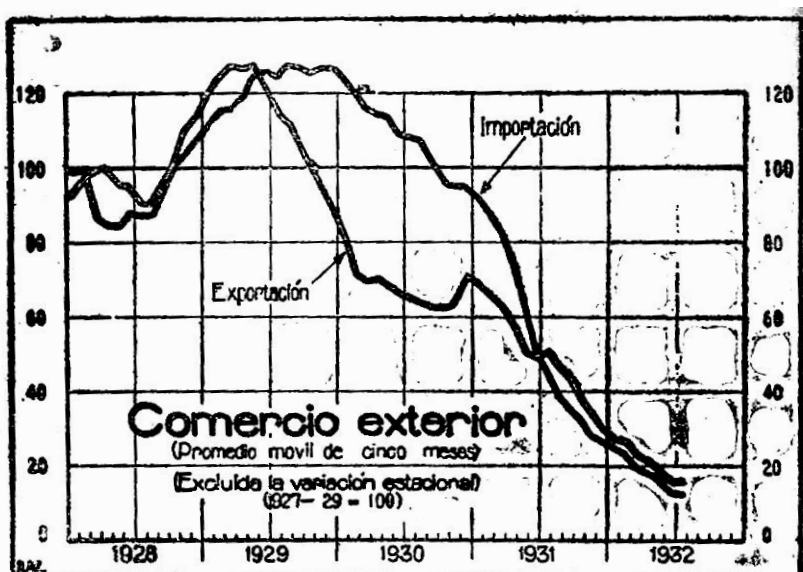
Actualmente, los capitales extranjeros invertidos en Chile ascienden a 10 mil millones de pesos de seis peniques. Si suponemos que estos capitales (empréstitos, inversiones en empresas económicas, etc.) producen una renta media de 8 por ciento, eso significa que tenemos que pagar anualmente 800 millones de pesos al extranjero. Si no queremos endeudarnos más, contratando nuevos empréstitos, es preciso, pues, que el valor de nuestras exportaciones supere a las importaciones en aquella cantidad. Así nuestro sistema económico funcionaría normalmente.

Y sobre la base de este funcionamiento normal se han contratado los empréstitos y efectuado las inversiones extranjeras en Chile. Cuando se constituyó, por ejemplo, la Compañía Chilena de Electricidad, cuyo capital es norteamericano, y cuyas entradas se producen exclusivamente en moneda chilena, sus organizadores basaron sus cálculos en el funcionamiento normal de nuestro sistema económico, pues si la balanza de pagos no arrojaba un saldo suficiente para poder exportar al extranjero las utilidades obtenidas en Chile, no era posible pagar a los capitalistas los réditos que les correspondían.

La posibilidad de pagos de Chile se basa, pues, exclusivamente,

sobre la premisa de obtener saldos correspondientes mediante grandes exportaciones.

Si ahora la política de las grandes potencias, y especialmente de los Estados Unidos, no nos permite que se realice esta premisa, por rechazar nuestras mercaderías, eso significa que ellas están dispuestas a sacrificar los capitales y créditos que tienen invertidos en nuestro país.



NOTA.—Las dos curvas del presente gráfico no representan la relación absoluta que existe entre ellas, sino que solamente la relativa, pues cada una ha sido calculada tomando como base su propio promedio.

No hemos sido nosotros los que hayamos impuesto trabas a las importaciones. Cuando nuestras exportaciones marcaban un franco descenso, mantuvimos las importaciones a un nivel que no estaba en relación con la capacidad adquisitiva del país, y como

consecuencia, destruimos nuestro sistema monetario. La causa de la crisis, considerada desde Chile, reside exclusivamente en el extranjero. Desde allá inundó a nuestro país y paralizó nuestras actividades nacionales.

Por consiguiente, la política adoptada por las grandes potencias, de cerrar sus fronteras, implica que están dispuestas a sacrificar sus capitales invertidos en Chile, tanto en la forma de empréstitos, como de participaciones en explotaciones económicas. Y aún los créditos comerciales se encuentran seriamente amenazados por esta situación.

Chile no ha tenido la menor culpa de que la situación se presente en esta forma. Como ya lo manifesté, nuestro sistema económico funcionó siempre en la forma de simples reflejos de la economía mundial. No ha tenido voluntad alguna. Todo ha ocurrido en forma natural, como simple consecuencia de las medidas de política económica adoptadas por las grandes potencias. El único cargo que se nos puede hacer—o mejor dicho, que nosotros mismos debemos hacernos—consiste en no haber reaccionado antes frente a esta situación, en no habernos dado cuenta con mayor anticipación del callejón sin salida a que hemos entrado y en no haber tomado oportunamente medidas eficientes para evitar todas las desgracias que nos han sobrevenido.

Pero sobre este punto trataré en otro capítulo.

V

Nuestro gran peligro: el retroceso al sistema natural

En "La eterna crisis chilena" se puede leer que la situación en que nos encontramos actualmente se nos presentó ya otra vez en el curso de nuestra historia: alrededor del año 1600.

En aquella época se agotaron los lavaderos de oro; además, el gran levantamiento de indígenas de 1598 les arrebató a los criollos las tierras del sur y disminuyó el número de trabajadores. El país perdió el único producto de exportación importante de que disponía: el oro. Como consecuencia, el standard de vida de las clases superiores tuvo que descender enormemente, por la imposibilidad de comprar en España los artículos de lujo y bienestar que el país no producía. La economía chilena retrocedió al sistema natural, es decir, se constituyeron los latifundios, que representaban verdaderas unidades económicas autárquicas, en las que se producía casi todo lo necesario para la vida (víveres, tejidos, herramientas, etc.). El intercambio de productos se limitó a un mínimo. Las costumbres se amoldaron a las condiciones rústicas, y si bien la vida era perfectamente tolerable, ella no señalaba muestras de movimiento: durante dos siglos parece haberse detenido, hasta que la expansión del sistema económico anglosajón a nuestro país le dió nuevos impulsos en el siglo XIX.

¿Nos encontramos frente a una situación semejante? La decadencia del comercio exterior, que está en vías de tornarse sintomática, parece señalarlo así.

Es preciso darse cuenta de lo que sería Chile sin comercio exterior. El círculo funcional de nuestro sistema económico ya no funcionaría. Se paralizaría el motor que actualmente impulsa nuestra economía. Tendrían que transformarse todas las manifestaciones de vida que actualmente dependen de ese círculo funcional, y eso significa sencillamente, todo el sistema económico nacional.

El grave peligro que se presenta es que esa transformación signifique retroceso al sistema natural. Es perfectamente posible que, como consecuencia de la situación que se nos presenta, la zona del norte vuelva a convertirse en un desierto, que las ciudades sean consumidas por la más absoluta pobreza, que la población las

abandone y se dedique a cultivar en forma primitiva las tierras, a fin de producir lo indispensable para la vida, regresando al sistema que imperaba durante la Colonia.

Es lo que Spengler predice para toda la civilización occidental. Es lo que ocurrió en el imperio romano después de Jesucristo, es lo que se puede observar en Andalucía, cuando sobrevino el ocaso de la civilización árabe.

El peligro existe y es inminente. Negar su existencia es alta traición. Y no actuar conforme a esta convicción, también la es.

Pero lo que estamos haciendo actualmente, nuestra vida política, nuestro nihilismo colectivo, nuestro fatalismo frente a los problemas que nos inundan, nuestro afán de precipitarnos sobre todos los que piensan, actúan y crean, es un verdadero suicidio social.

Sin embargo, la decadencia que nos amenaza no necesita ocurrir. No hay ninguna lógica en que ella sea el resultado natural de nuestra situación.

Los pueblos pueden permanecer durante períodos prolongados en estado de barbecho, pero los gérmenes pueden comenzar a crecer en cualquier momento. Todo dependerá de la formación de una voluntad fuerte y consciente, que esté dispuesta a imponerse.

En 1600 se inició el período de barbecho de nuestra evolución sociológica. Fué interrumpido por la época de la emancipación, en que se produjo un primer despertar de la nación.

Aquella época fué tumultuosa y se caracterizaba por fuertes tendencias anárquicas. El individualismo, lo peor que heredamos de España, se precipitaba constantemente contra la sociedad. "Ley es lo que el individuo desea". Pero hubo un Portales, y la acción de muy pocos años de un genio sobresaliente y consciente de nuestro destino, le imprimió rumbos a la Nación durante más de medio siglo.

Portales, sociológicamente considerado, fué nuestro Cromwell,

nuestro Richelieu, nuestro Federico el Grande. Es decir, un educador del pueblo, un autócrata que con mano de hierro reprimió las aspiraciones individualistas y nos hizo sentir, por primera vez, lo que es un Estado. Portales condensó en el Estado la fuerza social organizada y la utilizó para salvarnos del caos amenazante.

El problema actual en nada se distingue del que solucionó Portales, pero es más grave y más difícil.

No se puede mejorar la situación mediante una acción relativamente sencilla y breve: se necesita desarrollar un plan de vastas proyecciones y cuya realización forzosamente demanda tiempo.

Se necesita una acción al estilo de la que realizaron los Estados europeos del barroco. Toda la época moderna está basada en mayor grado que sospechan los escritores liberalistas, en el trabajo tesonero de la época anterior. En ella se establecieron las bases científicas de nuestra era, en ella se iniciaron las industrias modernas, en ella se desarrolló la conciencia moral y de responsabilidad del individuo. Sin la disciplina a que el absolutismo educó, no es concebible el funcionamiento de ninguna empresa moderna. Sin la noción de los valores morales y de los deberes para con la colectividad, no puede haber administración moderna.

Todo eso no surgió de la nada. Ha sido el resultado de una labor educadora de primer orden, realizada por estadistas que tenían una visión clara del porvenir. Si el individuo logró más tarde moverse por su propia cuenta a través del espacio y del tiempo, lo pudo hacer solamente porque había recibido previamente esa educación y porque lo que primero había aceptado con resistencia, se había convertido en hábitos sociales.

Nosotros tenemos un vacío inmenso que llenar en nuestra evolución: nos falta ese período barroco. La obra de Portales

ha sido demasiado fugaz y pasajera. Actualmente ya no queda ningún residuo de ella en nuestra organización social.

La riqueza que nos inundó, sin que hubiéramos contribuído a formarla, nos desmoralizó totalmente. Viviendo merced al capital extranjero, nos pudimos dedicar a toda clase de extravagancias. Pudimos ser desordenados, individualistas, asociales, inmorales e irrespetuosos frente a los valores reales. Pudimos permitirnos un Estado y una administración pública que son caricaturas de un Estado y administración.

Pero esos tiempos han pasado para no volver. La miseria en que nos encontramos será nuestra mejor educadora. Y aunque nos rebelemos en contra de ella y tratemos de negarla, falsificando políticamente las causas de nuestro malestar, algún día se formará una consciencia, y el autojuicio a que se someterá todo un pueblo, será el principio de un nuevo período.

* * *

He analizado las causas que explican por qué razón nuestro país se encuentra al garete. He demostrado también los peligros que ofrece esta situación y la necesidad de reaccionar frente a ellos.

Este libro es realista, pero no es pesimista. No critica para destruir, sino para construir.

Nos queda, pues, de señalar en qué debe consistir la acción constructiva.

K U K L O X . X Y Z

CAPITULO III

ECONOMIA PLANEADA

I

Dogma y realidad

No creo en la eficiencia de los sistemas dogmáticos económicos.

Las teorías económicas de los libros son simples abstracciones de la realidad. No existe en ninguna parte el capitalismo que describe Marx y mucho menos el de Adam Smith o David Ricardo. La vida es la mescolanza. En la realidad hay una variedad infinita de formas, de formas superpuestas, de formas híbridas, de formas combinadas, de formas seudomorfas. La realidad no obedece a ningún sistema "puro". La realidad se encuentra en constante transformación. Surgen a cada instante nuevos elementos de vida, cuya existencia al principio puede pasar inadvertida, pero que pueden crecer y alcanzar gran extensión, sin que desaparezcan del todo los elementos anteriores.

La economía chilena, en especial, se caracteriza por la coexistencia de elementos pertenecientes a las más diversas épocas sociológicas. Hay formas económicas que corresponden al paleolítico, hay otras que se han conservado al nivel de los pueblos primitivos (sumamente extendidas, por ejemplo, en la agricultura); la organización social de nuestra agricultura es perfectamente medioeval (se ha conservado el sistema feudal en forma casi pura); hay elementos que corresponden al capitalismo primitivo (la mayor parte de las industrias, las pequeñas empresas mineras); otros se caracterizan por sus formas de capitalismo moderno (la grande industria, que ha logrado obtener ventajas de parte del Estado); finalmente, también tenemos superempresas que se caracterizan por rasgos que corresponden a la economía del futuro (las norteamericanas).

Como se ve, la variedad no puede ser más grande. Y si se pretende expresar algo acerca de nuestras posibilidades económicas, es preciso partir de la base de que nuestro sistema económico es una mezcla de los más variados elementos, cuya existencia probablemente no desaparecerá tan pronto, por más draconianas que fueren las medidas adoptadas por el Estado.

Nuestros liberalistas cometieron el error fundamental de suponer que Chile es un país capitalista. Puede que en Inglaterra y en Estados Unidos la mayoría de la población tenga un cerebro capitalista y piense en forma capitalista. En Chile se puede afirmar, sin exageración alguna, que la inmensa mayoría de la población no tiene ese cerebro. Aún más: se puede afirmar que su actitud interior es—desgraciadamente—anti-capitalista.

Digo desgraciadamente, por cuanto este hecho dificulta tanto la solución de nuestros problemas económicos. Es fácil entenderse acerca de los problemas económicos con personas que piensen económicamente, aunque pertenezcan a las más diferentes escuelas. Al fin y al cabo, los problemas prácticos tienen una

la solución acertada, y es muy fácil ponerse de acuerdo acerca de ella, siempre que prevalezca el criterio económico.

En nuestra población falta, sin embargo, este criterio. No me refiero al bajo pueblo, hablo de los representantes más caracterizados del país. Las soluciones que se propician corresponden a un plano político o dogmático—generalmente se piensa en abstracciones completamente alejadas de la realidad—, pero casi nunca a razonamientos económicos.

Pero dejemos a un lado estas reflexiones un tanto generales. Supongamos que realmente nuestros hombres de negocios actúen de acuerdo con la psicología económica en que se basa el sistema de Adam Smith y David Ricardo, es decir, conforme al principio económico (obtener un máximo de utilidad de cada situación). Supongamos que seamos un pueblo capitalista.

Es evidente que ningún sistema económico se desarrolla en el espacio vacío. Todo sistema depende de la realización de premisas. Una de ellas ya llegamos a conocer; ella consiste en que los individuos actúen conforme al principio económico. Pero deben cumplirse muchas otras más.

Cuando Smith y Ricardo desarrollaron su sistema, la realidad económica era la que ya analicé en el capítulo anterior, es decir, había una infinidad de pequeñas empresas, pertenecientes a personas que las dirigían ellas mismas. Los liberalistas desarrollaron sus ideas sobre esta base. Exigían amplia libertad de acción y de comercio. Como cada individuo tratará de obtener un máximo de lucro, argumentaban, se impondrán los más capaces, es decir, los que entreguen las mejores mercaderías a los precios más convenientes. Los menos aptos tendrán que ceder el campo a los más útiles, y la sociedad será librada del peso muerto de empresas que no merecen existir, pero que eran mantenidas por el absurdo sistema gremial de la época anterior, que sometía la iniciativa del individuo a toda clase de trabas anti-económicas.

El liberalismo clásico perseguía, pues, un idealismo puro y elevado: pretendía establecer un sistema económico que atendiera los intereses colectivos en la mejor forma posible (mercaderías de la mejor calidad, precios bajos).

Sin duda, cumplidas las premisas indicadas, era perfectamente posible realizar este ideal con el nuevo sistema económico.

Pero, ¿subsisten en la actualidad esas premisas? Evidentemente que no. Sobre la base del liberalismo clásico se ha desarrollado un sistema económico caracterizado por nuevos elementos, desconocidos a los clásicos. En los países occidentales se ha formado la grande industria, la super-empresa, que domina completamente el mercado e impide la competencia. Ella fija los precios según sus conveniencias y explota a los pueblos, sin que se le puedan oponer competidores. Prácticamente hemos retrocedido al sistema medioeval de mantener artificialmente empresas que no tienen derecho de existir (las asociaciones y carteles subvencionan a los competidores, bajo la condición de que paralicen la producción). Chile está entregado prácticamente a una docena de grandes empresas y casas comerciales que manejan la economía del país de acuerdo con sus conveniencias. Hablar de libertad de comercio y de libre competencia, es un absurdo y demuestra que nuestros liberalistas piensan abstractamente, sin conocer la realidad. Esto se manifestó en forma humorística cuando se exigió el establecimiento de la "libertad" de las transacciones de letras sobre el exterior, cuya casi totalidad es manejada por una empresa norteamericana.

Como se ve, el tratamiento dogmático de nuestros problemas económicos no nos puede conducir a ningún resultado positivo.

Si deseamos proponer medidas eficientes, es preciso que tengamos una visión clara de la realidad, prescindiendo de toda doctrina. Nuestra tarea no puede consistir en aplicar fórmulas to-

mas de textos, sino en estudiar nuestros problemas y tratar de buscarles soluciones adecuadas.

Afortunadamente, y no obstante la mescolanza de formas que presenta la realidad, la vida económica es un proceso orgánico y obedece, como tal, a leyes propias e immanentes. Mientras más completa sea nuestra visión de la complejidad y complicación de la realidad, tanto más acertadas serán nuestras soluciones y tanto menos perjudiciales para la vida.

No propicio ningún nuevo sistema. No creo que la fórmula capitalista ni la socialista solucionen nuestros problemas. El capitalismo no remedia nada, porque constituye la excepción dentro de nuestra economía chilena. El socialismo no es ninguna solución, porque así como lo entendemos en Chile puede que diga alguna relación con la justicia, el anhelo de igualdad, la estética o la política, pero no tiene nada que ver con la economía.

Y como nuestro gran problema fundamental es económico, debemos buscar soluciones que correspondan a este terreno.

II

La realidad económica

En el capítulo anterior analicé el círculo funcional de nuestro sistema económico, llegando a la conclusión de que actualmente no funciona y que no podemos esperar tampoco que vuelva a funcionar en la forma antigua.

Los impulsos que le daban vida a nuestro sistema económico, venían de afuera. La demanda de productos provenía del mercado mundial. Han sido comerciantes extranjeros los que han venido a exportar nuestros productos. Han sido empresas extranjeras las que los han producido, haciendo trabajar—contra su

voluntad—a un pueblo que estaba muy contento con su vida risueña y tranquila. No hemos sido nosotros los que saliéramos de nuestras fronteras para ofrecer nuestros productos: nuestro sistema económico adolece de todo dinamismo intrínseco y no tiene voluntad propia.

El sistema capitalista occidental se caracterizaba hasta la guerra mundial por un automatismo que regulaba su desarrollo.

Este automatismo estaba basado en las reflexiones especulativas de los individuos. Cuando se propagaba la desconfianza acerca de las futuras expectativas, el inversionista retiraba sus fondos de la Bolsa y de la producción y los acumulaba en los Bancos. Los precios descendían, y la acumulación de los fondos en los Bancos producía una baja del interés. Las empresas que no estuvieren sólidamente financiadas eran aniquiladas por la crisis. La paralización de la producción permitía liquidar lentamente los stocks de mercaderías acumulados. Una vez terminado este período de la liquidación y restablecida de esta manera una de las condiciones fundamentales para producir un nuevo auge, renacía la confianza en las expectativas comerciales del futuro. Ella se manifestaba primero en la Bolsa. Los valores comenzaban a subir, y los inversionistas hacían grandes transacciones en ellos. Dentro de cierto lapso de tiempo comenzaba a activarse también la producción.

El interés bajo permitía invertir fondos en las empresas, en la seguridad de obtener una buena rentabilidad. El auge de los negocios producía lentamente una escasez del crédito. El interés subía. La producción llegaba a su máximo. Los precios eran remunerativos. Finalmente, se propagaba la desconfianza en las expectativas del futuro. Se divulgaba la creencia de que la producción no guardaba relación con los consumos y que la crisis era inevitable. Esta desconfianza se manifestaba primero en la Bolsa: bruscamente estallaba un pánico y las acciones ba-

jaban rápidamente. Los inversionistas retiraban sus fondos de la Bolsa y de la producción y se repetía el círculo que acabo de esbozar.

La condición más importante para que se realizara este círculo, es la libertad de movimiento de los capitales. Esta condición ya no subsiste. El mercado del crédito es controlado en todos los grandes países por los Bancos Centrales, cuya política de descuento y emisiones tiende a corregir constantemente la especulación de los individuos y evitar las fluctuaciones que naturalmente se producían antes de esta intervención del Estado.

Pero la intervención del Estado ha ido mucho más lejos, como ya vimos en el capítulo anterior. Una de las características de los ciclos económicos de la pre-guerra era el movimiento de los precios. En tiempo de auge económico, los precios comenzaban a subir, porque la demanda superaba a la oferta. El alza de los precios era el estímulo más importante que existía para hacer inversiones en empresas económicas y para aumentar la producción. Viceversa, en tiempos de crisis, la baja de los precios obligaba a numerosas empresas a suspender la producción y facilitaba la venta de los productos, estimulando, pues, los consumos.

Este mecanismo tampoco funciona en la actualidad. Gran parte de los precios han sido fijados por las asociaciones, los cárteles y los trusts, y no se rigen en lo más mínimo por las fluctuaciones cíclicas.

Por lo demás, todas las grandes potencias están actualmente interesadas, como ya vimos, en asegurar precios remunerativos a los productores del interior, cerrando sus fronteras. Algunas sólo permiten la importación fijando cuotas o contingentes, pero estableciendo siempre derechos aduaneros que protejan a los productores nacionales (es decir, los establecidos dentro del territorio nacional, pues los nacionales que producen en otros países son considerados como extranjeros).

La voluntad de los Estados ha destruído, pues, las leyes genuinas del capitalismo de la pre-guerra, cuyo campo de acción no reconocía límites territoriales. No significa ya ninguna ventaja que nosotros podamos entregar cobre a precios fuera de competencia, pues nadie lo compra. No conseguimos nada con enviar lentejas a Francia, pues no se permite su desembarque en Le Havre.

Todas estas razones y las expuestas en el capítulo anterior, explican por qué el círculo funcional de nuestro sistema económico se encuentra perturbado.

El restablecimiento de las antiguas leyes económicas, cuya vigencia determinaba el funcionamiento del círculo funcional de nuestra economía, no depende en lo más mínimo de nuestra voluntad. Sea cual fuere la política económica que adoptemos en Chile, ella no tendrá la menor influencia sobre lo que ocurra en el mercado mundial. Hasta ahora hemos estado esperando el restablecimiento de aquellas leyes. Ibáñez cayó porque creía en él; Izquierdo anunció que si no se cumplía dentro de breve plazo, el país estaba perdido, y Montero cayó porque continuaba creyendo en él. El gobierno de Dávila fué el primero que tuvo una visión más clara de nuestra realidad, pero, por motivos ya explicados, no pudo realizar su programa. Nuestros liberalistas, sin embargo, siguen proclamando sus ideales, como si de su credulidad dependiera la salvación del mundo.

Me parece que el único camino posible para una nación medianamente cuerda, consiste en actuar como si el círculo funcional de nuestra economía y todas las leyes de la economía capitalista ya no rigieran más. Lo que falta actualmente, es la valentía de sacar esta conclusión de la situación en que nos encontramos. Todos los que analicen serenamente la situación de nuestro país, y en general, de toda la economía occidental, llegarán a la conclusión de que las reacciones económicas que ca-

racterizaban al período de la pre-guerra, ya no existen. Sobre este particular no puede haber divergencia de opiniones. Sin embargo, algunos esperan el restablecimiento de aquellas leyes y otros no creen en esta expectativa. He ahí el punto en que se dividen las opiniones.

La aceptación de la alternativa que personalmente propicio, en ningún caso nos puede perjudicar, pues aún suponiendo que se restablecieran las antiguas leyes, las medidas que se adopten bajo la suposición de que no estén vigentes, en ningún caso evitarían que entren en vigencia nuevamente.

Las razones que me inducen a creer que es completamente erróneo suponer su restablecimiento, son de índole esencialmente psicológica. La evolución social de los pueblos depende de la voluntad colectiva que en ellos se forme. Hubo liberalismo en Europa, mientras los pueblos deseaban que lo hubiere y su actuación estaba de acuerdo con este anhelo. El liberalismo ha dejado de existir desde que los pueblos ya no lo desean. Y precisamente el desarrollo del nacionalismo nos demuestra que, en efecto, la voluntad colectiva de los pueblos es anti-liberalista.

De estas consideraciones se desprende una posición fundamental que reclama decisión: no se presenta ninguna expectativa de que vuelva a funcionar en forma natural el círculo funcional de nuestra economía y de que continúen vigentes las leyes económicas capitalistas, ni lo que se refiere a las relaciones internacionales ni dentro de los Estados.

Debo repetir en este lugar que esta conclusión no obedece a ningún prejuicio teórico y dogmático de mi parte. A un investigador económico no le corresponde propiciar ideales y doctrinas, sino analizar serenamente la realidad y establecer postulados que estén de acuerdo con ella.

La economía mundial ha sido destruída por la voluntad de las grandes potencias, cuyas aspiraciones políticas se han opuesto a

los intereses de las empresas particulares. En el interior, los sistemas económicos demuestran una franca tendencia a la unidad nacional, y eso significa igualmente que el interés de la nación, organizada en el gobierno, ha ido en contra de las aspiraciones individuales, sin preocuparse de las leyes económicas capitalistas y aún actuando en contradicción con esas leyes. Puede que sea lamentablemente esta evolución, pero es la realidad, y los ideales liberales y capitalistas han dejado de serla.

En Chile no nos queda otro camino que el de colocarnos decididamente sobre este terreno. Hasta ahora hemos vivido a merced de las olas que desde afuera alcanzaban hasta nuestras playas. La economía nacional funcionaba conforme a los impulsos que recibía desde el mercado mundial. Estos impulsos actualmente no existen y se presenta la posibilidad de que no volverán a actuar en tal forma como en el pasado. Lo lógico es adoptar, entonces, aquellas medidas que nos permitan subsistir sin necesidad de esos impulsos.

Eso significa lisa y llanamente que hemos de crear en el interior un motor que irradie dinamismo y que transforme la estructura económica nacional en el sentido de hacer funcionar la economía por sí sola, utilizando los recursos nacionales.

Para ello se necesita, en primer término, un Estado que se dé cuenta de esta situación y que actúe conforme a esta convicción. Sin un Estado de esta categoría, el problema no tiene solución. Y en la dificultad de crearlo reside el elemento trágico de nuestra situación.

El período sísmico por que atravesamos, es una simple consecuencia de esta antinomia. La nación parece rebelarse contra la realidad. Toda su mentalidad, todos sus anhelos y aspiraciones, están en desacuerdo con las condiciones en que nos encontramos. La nación cree todavía en la posibilidad de un restablecimiento del pasado e inculpa a sus gobernantes de

que no se verifique. Mientras perdure esta creencia, el período sísmico no terminará, y las revoluciones, cuartelazos y movimientos sociales se repetirán con suma frecuencia.

Para que se nos abra un nuevo camino, es preciso que la nación comprenda que está pidiendo algo imposible, que su mentalidad es un anacronismo y que la posibilidad de un mejoramiento no depende de factores naturales, sino de la voluntad decidida de laborar mediante una acción tesoñera, un futuro más bello y humano. Nada ganamos con arremeter ciegamente contra elementos que no podemos dominar, porque no dependen de nuestra voluntad. Lo que precisa, es que se forme una voluntad dispuesta y decidida a vencer los obstáculos que se nos presentan.

La tarea es perfectamente comparable a la que realizaron los Estados barrocos, que ya analicé en el capítulo anterior.

III

Factores negativos y positivos

En el momento en que aceptamos el postulado de que es necesario reemplazar el caos vigente por una organización que funcione, tropezaremos con el primer escollo práctico. ¿Por qué organización queremos reemplazarlo?

Con suma facilidad—y superficialidad—, nuestros políticos innovadores nos ofrecen una infinidad de fórmulas, que varían entre el socialismo y el comunismo. Pero esas soluciones no tienen ningún valor práctico, porque son simples copias de libros dogmáticos, sin ninguna relación con nuestra realidad.

El socialismo marxista es, sin duda, un sistema económico completo, pero un sistema desarrollado sobre la base del capi-

talismo inglés, y cuya validez depende de que se realicen todas las premisas en que se basa. Ese capitalismo inglés no ha existido ni existe en Chile, y, por consiguiente, su aplicación en nuestro país es una mera utopía. Por lo demás, aún considerando las condiciones inglesas, una gran parte de las premisas de Carlos Marx han sido abandonadas por la ciencia.

Necesitamos, sin duda, que se forme una voluntad colectiva dispuesta a dirigir la economía. Nuestra salvación no depende de la iniciativa particular.

Ya me ocupé de las dificultades políticas que se oponen a la formación de una voluntad nacional en este sentido.

Pero, además, hay muchas otras más.

Desde luego, los hispano-americanos adolecemos, como regla general, de la facultad de pensar sistemáticamente. Concebimos la realidad en forma de torsos, de partículas independientes. Cambiamos constantemente de punto de vista, y si se agrupan las impresiones que recogemos, se obtendrá un conjunto absolutamente incoherente y falto de toda lógica. No somos capaces de desarrollar orgánicamente una idea hasta sus últimas consecuencias y mucho menos nos caracterizamos por una actuación lógica y sistemática. Comenzamos una infinidad de cosas, pero terminamos muy pocas. Nos conformamos constantemente con verdades parciales, semi-verdades, pedazos y trozos de realidad, pero no pretendemos siquiera unirlos, para construir una totalidad viva y completa.

Y precisamente eso es lo que necesita la economía del futuro. Además de la voluntad de establecerla—que todavía no existe, pero que, como reacción frente a la situación en que nos encontramos, muy pronto se formará—, se necesita un concepto de totalidad de las medidas, es decir, es preciso que se adopten medidas sistemáticas, coherentes, armónicas.

Sin este concepto de totalidad no es concebible una economía

ordenada, que funcione realmente. Es indudable que se necesitará un Consejo Superior de Planeamiento, en que debe residir la voluntad económica nacional y que someterá a sus órdenes a todos los sectores de la economía.

El planeamiento debe comprender todas las ramas de la economía, desde la producción y circulación, hasta la distribución y el consumo.

El sistema individualista logró organizar admirablemente la primera de estas ramas, la producción, pero fracasó lamentablemente en cuanto a las demás, pues no consiguió jamás relacionar debidamente la producción con el consumo: las crisis provienen del desequilibrio entre ambas.

Evidentemente, para que funcione una economía dirigida, es preciso que las medidas tomadas sean absolutamente sistemáticas y coordinadas, pues si dentro del sistema individualista los errores cometidos por un productor, son compensados, hasta cierto grado, por errores en sentido contrario de otros productores, los errores que cometa un Consejo de Planeamiento pueden ser irreparables y ocasionar inmensas pérdidas.

Además, es evidente que los órganos ejecutores de una economía dirigida deben reunir a lo menos las condiciones de aquellos que actúan en la economía individualista, además de otras de que éstos no disponen.

Piénsese como se quiera sobre el sistema capitalista, es un hecho que acostumbró al individuo al sacrificio personal, a un trabajo rudo y esforzado, que exaltó en grado máximo las cualidades creadoras, la iniciativa, el sentido de la responsabilidad, el interés en transformar constantemente las bases de la organización comercial y las condiciones técnicas de la producción, adaptándolas a las necesidades del mercado, sumamente variables.

Es cierto que el aliciente para desarrollar estas cualidades lo

constituye el lucro personal y que ellas se formaron sobre un plano estrecho y egoísta. Pero los progresos económicos de los pueblos occidentales en el último siglo se deben a estas cualidades, y si ellas desaparecen, la consecuencia sería un retroceso sin precedentes.

Precisamente los pueblos hispano-americanos no han compartido de esta evolución, como se puede leer en "La eterna crisis chilena". Nos caracteriza una tendencia bien marcada a la burocracia, la empleomanía, la pasividad, el hacer lo menos posible. Especialmente nuestra administración pública se destaca por estas cualidades, genuinamente no capitalistas. No debe suponerse que se trate de condiciones inmutables. Antes de recibir la educación barroca, todas las naciones occidentales se caracterizaban por idénticas cualidades.

Agréguese ahora a este hecho la circunstancia de que en la economía dirigida, los órganos directivos y ejecutores deben poseer esas mismas cualidades capitalistas, sin que exista el estímulo del lucro, y que, además, deben caracterizarse por un concepto de responsabilidad social, de moralidad a toda prueba, de equidad absoluta, para comprender las dificultades que ofrece la realización en nuestro país de las ideas que propicio.

Creo que antes de entusiasrnarnos por nuevos sistemas, es preciso efectuar un auto-juicio sereno y desapasionado, para darnos cuenta de todos los escollos, todas las deficiencias, todos los tropiezos que tendremos que vencer. Esta honradez es absolutamente indispensable y nos protegerá de emprender cosas irrealizables y nos permitirá reconocer las limitaciones de nuestras posibilidades.

Es por eso, precisamente, que propicio medidas que queden dentro de lo prudente y que rechace planes fantásticos y faltos de criterio práctico.

Necesitamos, sin duda, dirección y planeamiento, pero debe-

nos comenzar en forma moderada y prudente. El gobierno de Dávila nos demostró, precisamente, a donde nos conduce la precipitación.

La vida es la mescolanza. También en la economía dirigida habrá formas híbridas, trozos contradictorios, sistemas superpuestos. La idea misma de la totalidad de la economía planeada no excluye la coexistencia de estos elementos. Como ya lo expresé varias veces, el problema de la economía del futuro no envuelve la antinomia: colectivismo versus individualismo, sino que es perfectamente posible que ambas formas existan simultáneamente.

Se requiere, precisamente, una gran variedad de formas, una elasticidad de procedimientos, como ocurre siempre en épocas de transición. El comunismo ruso, que es la tentativa más avanzada jamás realizada, de organizar sistemáticamente una economía, no ha podido desentenderse de este postulado y ha tolerado amplios sectores—pero, naturalmente, no los decisivos—que no tienen nada que ver con el colectivismo.

Precisamente, nuestra realidad económica, que ya analicé, nos obliga a utilizar todos los elementos verdaderamente sanos y vivos, para reconstruir la estructura económica del país.

Entre ellos se encuentra, en primer lugar, la iniciativa particular y la economía individualista. Uno de los peores errores que podamos cometer, consistiría en comenzar a colectivizar a tontas y a locas el sistema individualista. El fracaso sería inmediato, y dada la constelación de las fuerzas, una tentativa a este respecto no tendría tampoco ninguna expectativa de éxito.

Lo que conviene, sí, es organizar y dirigir la economía individualista. Lentamente hay que acostumbrar al particular a pensar colectivamente. Es preciso estimular la sindicalización de la producción, a fin de reunir los intereses comunes alrededor de una organización racional. Así se podrá llegar a tener pleno

conocimiento de aquellos intereses y se conseguirá unidad de miras en cada rama de las industrias. Será indispensable que el Estado intervenga en estas organizaciones, que estimule el desarrollo de ramas determinadas, mediante créditos, privilegios, monopolios, primas, concesiones, colocación de pedidos, medidas tributarias, etc. El Estado tendrá intervención también en la fijación de cuotas de producción, a fin de impedir que ésta no guarde relación con los consumos. La libre competencia será excluida, al menos dentro de ciertos límites. Pero la base de la producción, en lo que se refiere a amplios sectores de la economía, será la iniciativa particular, reglamentada y dirigida prudentemente.

Lo esencial consistirá en obtener para la colectividad, la cooperación particular. El Estado tendrá que destruir a este respecto muchos prejuicios, tendrá que quebrantar resistencias y hacer también, a veces, concesiones que quizá se encuentren en contradicción con sus propios anhelos de totalizar la economía.

Deberá desaparecer la división entre el Estado y la economía. La administración deberá ser desburocratizada, incluyendo en ella elementos que hayan demostrado condiciones especiales dentro de la economía particular.

Naturalmente, al adoptar una política en este sentido, el Estado se expone, a su vez, a grandes y graves peligros. Desde luego, la economía privada tratará de obtener de él un máximo de provecho y de hacer ganancias injustificadas, sobre la base de la protección fiscal. Probablemente, la economía tratará de apoderarse del Estado, para utilizarlo en su beneficio. Es lo que está haciendo actualmente.

Para evitar esta situación, es preciso que, no obstante la íntima compenetración entre el Estado y la economía, el primero mantenga su más absoluta independencia. No es tolerable que lleguen a ocupar carteras de ministro individuos vinculados con

intereses particulares o representantes de éstos. Si concebimos el Estado del futuro como representante de intereses particulares y partidaristas, no podrá cumplir su misión, porque en vez de terminar con las luchas de clases, las estimularía extraordinariamente.

El segundo elemento de que necesitaremos para organizar la economía del futuro, es el factor humano y material extranjero.

Como he expresado en diferentes partes de este libro, nuestra evolución económica ha sido, en su mayor parte, consecuencia de la expansión de los dos sistemas económicos anglo-sajones que se extendieron hasta nuestro país. En "La eterna crisis chilena" analicé detalladamente este problema.

Ocurre que actualmente aquel capital extranjero ha sido abandonado por sus propios gobiernos. Ya no recibe ninguna protección y se encuentra en peligro de ser aniquilado totalmente. Esta situación puede ser aprovechada por nosotros para incorporarlo, al menos hasta cierto grado, en nuestro sistema económico. No cabe duda que gran parte del capital extranjero invertido en Chile está perdido. Para salvar al resto es preciso que nosotros le prestemos ayuda política. Así, las expectativas de vender salitre y cobre en Europa, dependen de los tratados de comercio y de compensación que celebremos. Aunque ellas no son muy grandes, no dejan de existir. El problema ha dejado de depender de la iniciativa privada y tampoco es internacional, como hasta hace poco: su solución depende de la voluntad del Gobierno chileno, es decir, de las franquicias que esté dispuesto a conceder a los dos productos nombrados, en sus tratados con otros países. Al conceder tales franquicias, nuestro Gobierno puede imponer condiciones. Por ejemplo, podía pensarse en celebrar tratados comerciales con países ibero-americanos que nos den facilidades para internar manufacturas elaboradas de cobre, y se podría conseguir de las empresas norteamericanas que fabriquen estas

manufacturas en Chile. De la misma manera, se podría tratar de conseguir que la dirección de las empresas se establezca en Chile y que la contabilidad se lleve aquí. Finalmente, se podría tratar de conseguir también que una mayor parte del precio de venta quede en Chile. Cito estas eventualidades como meros ejemplos, sin pretender que su realización sea inmediatamente posible. Pero dada la situación actual de la economía mundial, ellas se presentan posibles.

Estas posibilidades se desprenden con mayor claridad todavía de un análisis de la situación de los créditos del extranjero que se encuentran congelados en el país, es decir, para cuyo pago no hay letras. Es evidente que los acreedores tienen el mayor interés en conseguir su cancelación. La única manera práctica de realizarla, consiste en entregarles mercaderías o una parte de los pagos que el extranjero nos hace por nuestros productos. Es bien sabido que Francia trata de conseguir que se le transfiera una parte del precio que paga por nuestro salitre, considerado para este efecto como producto chileno, aunque en las negociaciones internacionales del ázoe lo hayan incluido entre los productos norteamericanos, como expone el señor Ramírez Frías. La situación que a este respecto se nos presenta es diferente, según se trate de países con los cuales tenemos saldos activos o pasivos. En este último caso, nuestra posición es más débil, en el primero, más fuerte. El pago mismo ya no se hará nunca automáticamente, como en el pasado, sino que dependerá de negociaciones entre los gobiernos. Esto significa, precisamente, que las negociaciones dejan de pertenecer a la esfera de la economía privada y se convierten en problemas de política internacional. El salitre y cobre dejan de ser simples mercaderías y los empréstitos debidos dejan de ser una cuestión simplemente financiera, para desempeñar el papel de factores de la política.

Como somos un país deudor, nuestra posición es sumamente

fuerza, y es perfectamente posible obtener de ella grandes beneficios para la nación. Los acreedores de los créditos debidos al extranjero estarán dispuestos a aceptar condiciones que antes no habrían tolerado. Como veremos más adelante, aún es posible obtener de ellos el consentimiento para utilizar los fondos que estamos debiendo, a fin de financiar la producción nacional.

No se trata de eludir la responsabilidad por compromisos contraídos. Tenemos la mejor buena voluntad para efectuar los pagos. Pero todo compromiso internacional envuelve en la práctica la cláusula *rebus sic stantibus*, es decir, rige siempre que las condiciones lo permitan. Las condiciones han sido modificadas totalmente, no por nosotros, sino que precisamente por nuestros acreedores, que nos han privado de la posibilidad de venderles nuestros productos, y, por consiguiente, de disponer de letras para pagar nuestras deudas, las que, bajo condiciones normales, podrían ser canceladas fácilmente. Cuando los Estados Unidos cerraron sus fronteras a nuestros productos, ellos sabían perfectamente que con estas medidas nos privaban de la posibilidad de pagarles nuestras deudas, y no obstante este conocimiento, las adoptaron.

Como lo demuestran estas consideraciones, es preciso aprender a pensar los problemas con nuevo criterio, pues la estructura económica mundial ha cambiado en tal forma, que los antiguos postulados ya no sirven.

La ayuda que podemos esperar del capital extranjero es, pues, considerable. Gran parte de los empresarios extranjeros están dispuestos a cooperar con nosotros, antes que con sus propios gobiernos, que los han abandonado, en lo que se refiere a la política económica. ¿Qué pueden esperar las casas comerciales inglesas de su propio país, una vez que se hayan cerrado sus fronteras aduaneras para nuestros productos de exportación y los intereses económicos se limiten al Imperio? En Chile tienen

fábricas, poseen propiedades, disponen de una organización comercial. Hasta hace poco, las utilidades obtenidas en nuestro país regresaban, en gran parte, a Inglaterra, pero la modificación de la estructura económica no permitirá hacer estos pagos. Es muy probable que en vez de abandonar lo que han creado en este país, prefieran entrar en mayores vinculaciones con nuestro sistema económico. Quizá ellos mismos, al leer estas afirmaciones, no podrán contener una sonrisa incrédula, pero la situación ya existe y ella se agravará en los próximos años, pues ya no habrá, como hasta ahora, un intermediario independiente entre los diferentes sistemas económicos, como lo era el comercio internacional, sino que las relaciones serán de gobierno a gobierno, y eso implica que el capital internacional tendrá que nacionalizarse forzosamente, para no ser aniquilado completamente y verse desprovisto de toda protección.

Finalmente, debemos tener el mayor interés por la cooperación del elemento humano extranjero. La crisis económica ha permitido que surja entre nosotros una animadversión contra los extranjeros, cierto espíritu boxer. No podemos cometer mayores desaciertos.

El Japón, país de una organización económica incomparablemente más avanzada que la nuestra, con un sistema de educación que, según el juicio de autoridades alemanas, es el primero del mundo, con una población quince veces superior a la nuestra, cuyo sólo número implica posibilidades de desarrollo científico muy superiores a las nuestras, mantiene anualmente la décima parte de sus técnicos en Europa y Estados Unidos y recibe literatura extranjera en tal abundancia, que la mitad de la dotación de sus bibliotecas corresponde a ella. Además, contrata constantemente numerosos técnicos extranjeros que le ayudan a perfeccionar sus instituciones.

Es el ejemplo que debemos imitar. El extranjero que se em-

peña honradamente en mejorar nuestras condiciones, en perfeccionar nuestras ciencias, en aumentar nuestra riqueza, debería disfrutar de una situación de preferencia en Chile. Deberíamos ayudarle en todo sentido y tratar de conseguir que asiente definitivamente su domicilio entre nosotros. No reclamamos una política en este sentido para beneficiar al extranjero, sino desde un punto de vista estrictamente nacionalista.

Los marqueses de Brandenburgo no tuvieron en el período barroco el menor inconveniente en abrir sus fronteras a los hugonotes franceses. No lo hicieron para defender la religión protestante, sino para aumentar la potencialidad política de la nación, porque sabían que podían aprender mucho de ellos y porque la laboriosidad de aquellos hugonotes iba a incrementar la riqueza nacional.

No nos consideremos genios y técnicos insuperables. Nuestra cultura es primitiva. En este país hay que aprenderlo casi todo: desde la manera de moverse en la calle y las costumbres sociales, hasta la ejecución exacta y precisa de una orden o de un artefacto. Nos faltan, sobre todo, valores morales, y si algo lo comprueba, es la historia del período de nuestra evolución a que se refiere este libro. No tenemos sentido social, no hemos aprendido jamás a obedecer, a cumplir honradamente nuestro deber, a respetar la personalidad del prójimo.

Hay en nuestra sociedad un odio ciego al que actúa, piensa y crea, atavismo indígena quizá, sentimiento de inferioridad y mediocridad. Contra esto hay que reaccionar valientemente.

En el fondo, el problema nacional es de educación. El progreso presupone la voluntad de progresar, y esta voluntad hay que formarla previamente. ¿Por cuál otro medio se puede conseguir, si no es por el de la educación? Naturalmente, no me refiero a la educación de la escuela primaria, por más necesaria que sea: me refiero al factor educador de primer orden que

representa una personalidad sobresaliente, un estadista de gran formato, que le imprime unidad y dinamismo a todo un pueblo y que transforma todos sus hábitos, por el solo hecho de existir.

La educación debe imprimirle también su sello particular a la economía planeada. No es tolerable que un país con 26 millones de hectáreas de superficie agrícola en manos de particulares, no sea capaz de cultivar 700,000 hectáreas que necesita para producir el trigo que consume, como nos ha ocurrido en dos años sucesivos (1932 y 1933). Este escándalo es la mejor demostración del fracaso de la economía individualista.

La agricultura chilena se ha amoldado admirablemente a existir a expensas del capitalismo extranjero que explota nuestras riquezas: se ha limitado a producir lo necesario para el mercado nacional, sin hacer tentativas serias para conquistar mercados extranjeros, exportando grandes cantidades de productos de alto valor intrínseco, que permiten cultivar nuestras tierras feraces.

Es preciso educarla a trabajar racionalmente las tierras, estableciendo un plan anual de producción, obligatorio para todos, favorecido por el Estado con créditos y consejos técnicos. Organizada en esta forma, es perfectamente posible imprimirle en pocos años un desarrollo que, por ahora, nadie sospecha y que la iniciativa particular, sin la ayuda colectiva, no sería capaz de realizar, como lo demuestra el retroceso habido el último medio siglo.

La característica esencial del Estado del futuro consistirá en que desempeñará sus funciones económicas con plena conciencia y conocimiento de causa.

La economía individualista organizó maravillosamente la empresa particular, dotándolo de una eficiencia realmente asombrosa. Pero simultáneamente existía el desorden y caos más

completos en la economía de conjunto. Dentro de cada empresa había una voluntad decidida, pero el conjunto se caracterizaba por una falta absoluta de voluntad. Lo que actualmente se está formando es esa voluntad del conjunto.

Esta falla substancial del sistema capitalista, evidente desde el momento en que dejaron de funcionar sus órganos de regulación (las reacciones económicas), no proviene de deficiencias parciales o de detalle, como ser, la escasez del oro, una organización monetaria incompleta o inadecuada, etc. No se trata de tales detalles: lo que no funciona es el mecanismo como tal.

La intervención del Estado no ha sido necesaria ni es reclamada para subsanar detalles del mecanismo que no funcionan. Este sistema de parches no ha dado resultados. En cambio, se puede observar que la transformación de la estructura económica, debida a la intervención del Estado, ha sido progresiva y que todavía va en aumento.

En el siglo XIX, ella se manifestó primero cuando el Estado se hizo cargo de los medios de transportes y trató de influir sobre el desarrollo económico mediante su política aduanera. Más tarde, ella trascendió al sistema del crédito, que es controlado casi totalmente por el Estado en la época actual, y ya se puede prever el día de su socialización.

Desde la guerra mundial, la intervención del Estado ha tomado gran auge en la rama de la producción, ya sea por medidas de fomento de las industrias privadas o por el establecimiento de empresas públicas y semi-públicas.

Es probable que esta parte de la intervención fiscal—la más peligrosa y difícil de todas—, tome un gran desarrollo en nuestra economía del futuro, por la insuficiencia de la iniciativa particular para emprender numerosas explotaciones que requieren grandes capitales o que demandan un período de pérdidas

relativamente prolongado, antes de obtenerse utilidades de ellas.

Finalmente, desde que la política económica contraria al comercio internacional, ha desequilibrado las balanzas de pagos, el Estado ha tomado a su cargo el control de las relaciones comerciales con otros países, y eso significa prácticamente, que dispone de un arma poderosísima de fomento y control completo de la economía nacional.

Las tendencias de la política se presentan, pues, perfectamente claras. El grado de la intervención varía mucho entre un país y otro, pero ella se puede observar en todas partes, y precisamente las grandes potencias, que se nos presentan a menudo como modelos del sistema liberalista, han sido las que han aplicado estas medidas anti-liberalistas con mayor vigor.

Solamente nosotros hemos quedado rezagados. Todavía continuamos discutiendo problemas académicos acerca de sistemas económicos que han sido abandonados por los hechos.

La economía planeada no es un postulado ideológico, sino que representa la realidad en que vivimos. Lo que procede, es actuar de acuerdo con esta evidencia.

CAPITULO IV

LOS ORGANOS DE LA NUEVA ECONOMIA

I

El plan de acción

Nuestro análisis nos ha conducido a la conclusión de que muy poco hemos de esperar de la economía universal. Su estructura ha sido destruída por la política nacionalista de las grandes potencias. El restablecimiento de la libertad del comercio exterior y la derogación de las medidas adoptadas para proteger nuestra moneda, nos dejaría a merced de las corrientes del intercambio internacional que se están retirando de los países deudores. Desde que las grandes potencias han abandonado sus intereses capitalistas en otros países, es evidente que los inversionistas tratan de retirar sus fondos, política que ha motivado los acuerdos sobre *stand-still* y de control del cambio en casi todos los países deudores. En el momento en que estos

países hicieren la menor tentativa de restablecer los pagos, su ruina completa sería una consecuencia inmediata.

El restablecimiento del equilibrio económico tropieza en Chile, por otra parte, con mayores dificultades que en otros países. Como ya vimos, la mitad de lo que se producía en Chile, salía al extranjero. La división del trabajo tiene una base internacional. En todas partes del mundo es necesario que lo producido llegue a ser consumido, para que los productores puedan vivir. Sin embargo, el producto de nuestro trabajo lo vendemos, en gran parte, fuera de las fronteras nacionales. Es preciso que el extranjero nos compre nuestros productos, para que el país pueda vivir. Si en otros países se ha podido intentar el restablecimiento económico mediante medidas que se limitan al territorio nacional, en Chile una política en este sentido implica una modificación substancial de la estructura económica. Tales transformaciones serán también necesarias en otras partes, pero hay muy pocos países en que la dependencia de la economía mundial sea tan absoluta.

Sin embargo, es difícil, si no imposible, encontrar una solución que se aparte de este postulado, que es el universalmente aplicado en nuestra época. Fomentando en grado máximo las tendencias que ya caracterizaron a nuestra política económica desde la guerra mundial, nos veremos obligados a realizar la transformación económica del país, en el sentido de desarrollar, hasta donde fuere posible, las fuerzas autárquicas de nuestro sistema económico.

Para realizar esta política, será preciso utilizar las fuerzas organizadas de la nación, es decir, el Estado. Pero la intervención del Estado debe limitarse a encauzar las fuerzas dentro de un plan general y no debe ir más allá. No propicio el estatismo. No creo que sea posible introducir en Chile, de la noche a la mañana, el sistema de una economía colectivizada.

Lo esencial es reconocer que la intervención del Estado se necesita primordialmente en los órganos lesionados de nuestra economía, los que no se restablecerán motu proprio. Para el desarrollo de la economía nacional, se necesitará en el más amplio sentido la iniciativa privada, sin perjuicio de que el Estado se convierta en empresario subsidiario en el caso de aquellas iniciativas necesarias que no sean atendidas por los particulares. Como regla general, el Estado deberá regular, fiscalizar, controlar y también dirigir la economía, sin necesidad de que tome por su cuenta la realización del plan.

A pesar de estas restricciones, que ruego considerar como una opinión absolutamente sincera y cuyas razones ya expuse, creo que las iniciativas decisivas vendrán de parte del Estado, así como en el período barroco.

Es más que probable que la solución liberalista de nuestros problemas, es decir, la solución basada en la iniciativa privada exclusivamente, produciría el mismo retroceso que podemos observar después de 1600: la economía chilena descendería a un nivel primitivo y rústico.

Podemos prescindir en este lugar de los problemas políticos, cuya solución es previa a la realización de algún plan económico, para concretarnos a éste.

Expondré primero las grandes líneas de su contenido, para estudiar después los detalles:

1.º Debemos tratar de salvar el máximo posible del actual sistema económico, es decir, del sistema basado en la economía mundial. Para ello será necesario preocuparnos de encontrar mercados para el salitre, cobre y demás productos nacionales. Esto sólo se conseguirá celebrando tratados especiales con otros países y propiciando, además, la unión aduanera ibero-americana.

2.º A fin de evitar que continúe el desequilibrio completo de

nuestra balanza de pagos, será necesario—y este es un requisito indispensable, no digo para realizar un nuevo plan, sino para evitar una catástrofe nacional—centralizar todos los pagos, sin excepción, en manos del Estado. Prácticamente, esto significa el establecimiento del monopolio del comercio exterior, el control de los Bancos y el mantenimiento del control de cambios, en forma ampliada y perfeccionada.

3.o Con el objeto de impedir que la producción interior continúe en forma caótica y en desequilibrio con los consumos, será preciso que el Estado tome a su cargo su control, sometiéndola a un plan sistemático de expansión, obligatorio para todos los empresarios.

4.o Para que se pueda realizar este plan, es preciso que el Estado controle el sistema de crédito, fundamento de toda la política de expansión.

Estas ideas directivas generales tendrán que ser acompañadas por muchas otras medidas subsidiarias, para que produzcan el resultado deseado. Entre ellas citaré la necesidad de organizar en forma sólida la hacienda pública (hoy completamente desequilibrada, porque está basada en el círculo funcional ya descrito, que no funciona, obteniéndose la mayor parte de las entradas del intercambio internacional de productos), el desarrollo de la educación, el fomento del ahorro y muchas otras.

Naturalmente, si se ponen en vigencia estas medidas con criterio liberalista, es decir, esperando todo del solo hecho de promulgar leyes (como ha ocurrido con nuestro control de cambio), el resultado de estas medidas será nulo y quizás contraproducente.

Para poder realizar esta política, o expresado en forma más general, para poder salvar al país, pues no hay otro camino, es necesario que previamente se solucione el problema político, es decir, que tengamos un Estado que merezca el nombre de tal.

Sin un gobierno dinámico, sin una administración laboriosa e inteligente, sin acción infatigable de parte de los poderes públicos, sin disciplina, respeto y orden, la decadencia continuará, el caos se agravará y el período sísmico en que nos encontramos, no terminará jamás, a no ser con una catástrofe general.

Quizá se vea en esta afirmación un círculo vicioso. Digo que se necesita primero un buen gobierno para tener una sana economía, pero al mismo tiempo he demostrado que la economía enferma ha producido gobiernos inestables y faltos de acción.

Pero no hay tal círculo. Dávila creía reconocerlo en el postulado formulado y trató de solucionar primero el problema político, con medios esencialmente políticos, para dedicarse en seguida a la solución del problema económico.

Según mi opinión—y los fracasos habidos lo comprueban—, el problema político sólo será solucionado si se le da un contenido económico, porque esta cuestión es en realidad la más urgente e importante de todas. Un gobierno que excluya de su acción lo que en Chile llamamos política—que casi coincide con politiquería—y se dedique a realizar un plan económico, desentendiéndose, por el momento, de las demás cuestiones, adquirirá tal impulso, que se impondrá ampliamente. Y una vez tomado el camino, ya nada se le podrá oponer. Las demás cuestiones encontrarán su solución en contacto con la realización del plan. En verdad, todas ellas están relacionadas con este requisito fundamental y deben ser solucionadas para posibilitar su realización. También la Constitución deberá ser transformada conforme a estas ideas, como ya lo dije.

El plan debería ser la columna vertebral del Gobierno. Su necesidad nacional le daría todo el poder necesario para su realización. El caos existente sería dominado, pues se establecería una línea fija que inspiraría toda la política. La selección de los colaboradores sería facilitada, pues se sabría qué función cada

cual debe desempeñar. La iniciativa particular sería encauzada dentro de normas generales y llegaría a ser de verdadero beneficio para la colectividad. Así también se restablecería la confianza en el Gobierno y en el país, pues un Gobierno que supiera —por primera vez en Chile— lo que quiere, encontraría la cooperación nacional dentro de corto plazo.

Debo repetir en este lugar que la realización de un plan requiere la existencia de un organismo planeador. Debe ser constituido éste por los ministros del ramo y especialistas en las diferentes materias. El modelo ruso es recomendable a todas luces, con las restricciones a que ya me he referido. Sólo así se obtendría la coordinación de las medidas, se utilizarían todos los recursos para realizarlas o favorecerlas y se le fijaría a cada servicio una pauta de trabajo que debería realizar dentro de los plazos que se indicaren.

De esta manera terminaría la anarquía que caracteriza a nuestra administración pública, exteriorizada por el afán innovador de cada nuevo ministro, que trata de mover las oficinas de una parte a otra, cambiar los funcionarios y cometer todos los absurdos imaginables, con la sola intención de poner su firma debajo de un decreto o de favorecer a sus secuaces, pero sin ningún beneficio para el país.

Todo gobierno de alto estilo se caracteriza por un plan de trabajo, una tarea por realizar que ofrece a la nación. La unidad nacional existe mientras subsista un ideal común, en cuya realización estén empeñados los ciudadanos. Los períodos de decadencia se manifiestan por la falta de esta idealidad, por haberse agotado las materias de interés vital y dedicarse todos a asuntos netamente personales. El estado mental en que actualmente se encuentra nuestra nación, proviene de un enorme vacío espiritual que en ella se manifiesta. ¡Dadle un contenido, presentadle problemas por solucionar, y ella reaccionará!

II

Las relaciones internacionales

El órgano más afectado de nuestro sistema económico, es el que dice relación con el intercambio de productos y capitales con otros países. Por consiguiente, es el que debe constituir la primera preocupación del Gobierno.

No es necesario insistir en que la solución actual es absolutamente insuficiente. El así llamado control del cambio—que, en verdad, es todo, menos control—se limita a obligar a algunas empresas productoras de salitre, yodo, cobre y hierro, a entregar al Banco Central las letras que correspondan a sus costos de producción en Chile, al precio del cambio oficial. Estas letras se emplean para adquirir algunos artículos de primera necesidad y atender otros gastos urgentes. Las letras provenientes de todas las demás exportaciones no están sometidas a estas disposiciones, pudiendo venderse libremente. La única medida de control establecida respecto de ellas, consiste en la obligación de retornar su valor al país en forma de mercaderías que representen igual valor.

Debido a dificultades de su financiamiento en el extranjero, la Cosach ha dejado de entregar letras y ha sido financiada en Chile, mediante descuentos en el Banco Central, es decir, emitiendo billetes. Debido a esta situación, la industria básica, de que antaño vivía todo el país, no le proporciona actualmente el menor beneficio. En cuanto al cobre, y debido seguramente a filtraciones indebidas, la entrega de letras ha sido reducida a un mínimo, bajando a un millón y medio de pesos de seis peniques (según declaraciones de las compañías, el cobre demanda en Chile un costo efectivo en moneda chilena de mil pesos por

tonelada; sin embargo, las letras entregadas no guardan relación con la producción, la que es superior a siete mil toneladas). La producción de hierro se encuentra casi paralizada. Como consecuencia, las industrias en que hasta ahora descansaba todo el edificio económico del país, han quedado casi totalmente excluidas de nuestra balanza de pagos, y el Banco Central ha visto mermadas sus entradas de letras, por lo cual ha tenido que tocar sus reservas de oro para poder adquirir los artículos más indispensables.

Es evidente que este estado de cosas sólo se explica si se toma en consideración nuestra anarquía política. Un Gobierno que merezca el nombre de tal, no habría tolerado que las industrias básicas del país se paralizaran en tal forma. Parece evidente que el interés tanto de la Cosach, como de las empresas norteamericanas de cobre, consiste en paralizar totalmente la producción, en vista de los enormes stocks existentes. Sin embargo, todas estas empresas tienen el más vivo interés en ser protegidas por nuestro Gobierno, tanto en el interior como en las relaciones internacionales (tratados comerciales, de compensación, etc.). Como condición previa para favorecerlas con esta protección, habría sido posible exigirles que mantuvieran la producción nacional a cierto nivel y que proporcionaran regularmente un mínimo de letras. Naturalmente, existiendo Gobiernos débiles y sin voluntad, aquellas super-empresas no toman en nada en consideración el interés del país. El resultado es la situación en que nos encontramos.

Frente a las escasísimas operaciones que se realizan al cambio oficial, las transacciones en el mercado libre (letras de exportación y Bolsa Negra), son relativamente cuantiosas. El valor total de las exportaciones no consistentes en salitre, yodo, cobre y hierro, suman actualmente (octubre de 1932) cerca de 15 millones de pesos de seis peniques mensuales.

Las importaciones mínimas que necesita hacer el país pueden estimarse en 25 millones mensuales, de los cuales unos 10 millones corresponden a azúcar, arroz, café, té, bencina, materias primas para industrias nacionales y artículos similares. Si se toma en consideración que en los últimos 10 años hemos importado un equipo técnico (maquinarias, herramientas, medios de transporte, vehículos, etc.) por valor de más de tres mil millones de pesos y suponiendo un castigo de sólo 5 por ciento sobre este valor, necesitamos importar mensualmente 12 y medio millones para conservar este equipo. La cantidad de 25 millones representa, pues, un mínimo indispensable, sin incluir artículos que se pueden considerar como útiles o de lujo. La oferta actual de letras no es suficiente para atenderlo, y a medida que se prolongue esta situación, y se agoten las existencias de productos en Chile, la situación tendrá que agravarse cada vez más.

A los 25 millones citados hemos de agregar ahora los pagos de servicios de la navegación extranjera, de seguros contratados fuera del país, arriendo de películas, gastos fiscales en el exterior, y muchas otras cantidades.

Finalmente, es preciso tomar en consideración la situación de los capitales extranjeros que trabajan en el país y los créditos del extranjero que no han podido ser cancelados desde el establecimiento del control de cambios.

El total de los capitales extranjeros invertidos en Chile se puede estimar en la suma de 10 mil millones de pesos de seis peniques (Cosach, empresas norteamericanas de cobre y hierro, Compañía Chilena de Electricidad, Compañía de Teléfonos de Chile, inversiones en estancias de Magallanes, casas mayoristas, etc., empréstitos fiscales, municipales, a instituciones de crédito, etc.). Normalmente estos capitales deberán devengar un servicio mínimo de 8%. Esto significa que el país debe pagar al

extranjero anualmente la suma de 800 millones de pesos de seis peniques.

Es absolutamente imposible que dentro de los próximos años podamos efectuar estos pagos. Aún en años de gran prosperidad, como fueron los de 1928 y 1929, la balanza de pagos del país, no obstante los cuantiosos capitales contratados, fué pasiva, lo que se manifestó en una disminución constante de las reservas de oro del Banco Central.

Es natural que actualmente las empresas extranjeras no obtienen, por lo general, las utilidades de los últimos años, pero, sin embargo, siempre existe necesidad de hacer remesas al extranjero. Basta citar a este respecto el caso de la Compañía Chilena de Electricidad, cuyas entradas, obtenidas en moneda chilena, deben ser destinadas, en gran parte, a pagar el servicio de intereses y capitales de las plantas construídas con capital extranjero.

Finalmente, es preciso señalar la presión de parte de los créditos extranjeros congelados en el país y de las deudas particulares y comerciales que el país tiene con Bancos establecidos en el exterior. Se estima su monto total en cerca de 250 millones de seis peniques. Esta deuda se encuentra vencida y es exigible inmediatamente. Su gravamen sobre la balanza de pagos es tan fuerte, que este sólo factor es suficiente para destruir totalmente nuestro sistema monetario.

El sistema adoptado a mediados de 1931, al establecerse el así llamado control del cambio, no trató siquiera de solucionar los problemas relacionados con esta materia. Ya señalé sus disposiciones fundamentales; a ellas es preciso agregar que tanto el movimiento de capitales, como su servicio y el pago de los créditos, quedó paralizado, por la sencilla razón de no existir letras para atenderlo.

Las consecuencias de estas disposiciones han sido funestas.

Desde luego, la balanza de pagos permaneció desequilibrada. Todo el sistema económico nacional se encontraba pendiente del extranjero. Casi no hay comerciante en Chile, cuyo frente no esté dirigido hacia el exterior, pues existe una sed inmensa, imposible de satisfacer, de importar mercaderías. Los grandes empréstitos contratados en los últimos años habían elevado el standard de vida de la población a un nivel jamás conocido. La vida holgada y casi de lujo había trascendido hasta las clases medias, y ella estaba basada en artículos importados, cuyo consumo antiguamente había sido mucho más limitado. En aquellos años de prosperidad, en parte ficticia y en parte real, se había demostrado claramente uno de los rasgos peculiares de nuestra raza: todo aumento de renta es gastado inmediatamente y se traduce en un alza de las importaciones.

Las cuantiosas sumas ingresadas al país no se emplearon sino en parte ínfima, para aumentar la capacidad productora del país; se destinan a artículos de consumo, en gran parte extranjeros. Agréguese a esto el aparato comercial armado por los países capitalistas para vender sus productos: el ejército de representantes, comisionistas, agentes, vendedores, los avisos en diarios y revistas, las facilidades de pago, las ventas a plazo, para comprender el efecto de esta presión sobre una población que jamás ha aprendido a manejar cuidadosamente sus negocios y fondos. La orgía norteamericana de la prosperidad se extendió a Chile, pero aquí se manifestó solamente bajo el aspecto de un aumento jamás imaginado de los consumos.

Naturalmente, esta presión, este afán de mantener a toda costa una existencia irreal y ficticia, constituye un gravamen que continúa pesando sobre nuestra balanza de pagos. Su trascendencia política ya la he analizado.

El órgano en que se manifestó la presión de todos estos factores, fué el mercado de las letras de exportación. Como el re-

parto oficial de letras era absolutamente insuficiente, los importadores y todos los interesados en hacer pagos al exterior o en extraer capitales del país, trataron de adquirir letras de exportación o de satisfacer sus necesidades de letras en la Bolsa Negra.

Los 15 millones que, como máximo, sumaban las letras de exportación y las escasas letras disponibles en la Bolsa Negra (provenientes especialmente del cuerpo diplomático extranjero, de empleados que reciben sus sueldos en moneda extranjera y de algunos extranjeros y nacionales que pueden girar sobre depósitos en el exterior), no eran suficientes para atender la enorme demanda, y, como consecuencia, el dólar comenzó a subir rápidamente.

Según la teoría liberalista, la baja de la moneda chilena debió haber servido de estímulo a las exportaciones. Sin embargo, por razones que ya analicé y que dicen relación con la política económica de las grandes potencias, esa reacción no se produjo, y las exportaciones continuaron descendiendo, agravándose cada día la situación.

A medida que subía el dólar, los exportadores comenzaron a pagar precios más altos por los productos exportables, y así el alza de los precios en el interior ha sido, en gran parte, una consecuencia inmediata del desequilibrio de la balanza de pagos. No es preciso insistir en la trascendencia social y política que corresponde al alza del costo de la vida.

Por otra parte, es preciso tener presente que la cantidad de productos exportables existentes en el país, es sumamente reducida, si prescindimos del salitre y cobre. Durante dos años consecutivos la producción de trigo ha sido insuficiente para el consumo nacional, teniendo que importarse este cereal. La producción de los demás productos agrícolas no es suficiente para compensar la demanda de letras. Productos industriales nacio-

nales apenas se pueden exportar, y las ramas de la minería no comprendidas por el salitre y cobre, tienen escasa importancia para la exportación.

Los liberalistas reclaman que la baja del valor de la moneda chilena y el alza de los productos agrícolas tiene que estimular la producción. Sin embargo, este estímulo es muy problemático en un país, en que amplios sectores de la economía no tienen cerebro capitalista, y, además, el aumento, si lo hubiera, se manifestaría a un año plazo. Pero los problemas son tan urgentes, que el país no puede esperar tanto.

Las conclusiones que fluyen para un buen Gobierno del análisis de nuestra situación, se desprenden de él con toda lógica.

Es preciso monopolizar el comercio exterior en manos del Estado, haciendo funcionar el Instituto de Comercio Exterior, creado bajo el gobierno de Dávila.

Estimo que el estatuto actual del Instituto no corresponde a las verdaderas necesidades del país.

Lo conveniente sería que este Instituto tuviera a su cargo no sólo las relaciones comerciales, sino que todos los pagos con el exterior, sin ninguna excepción.

No propicio la exclusión del comercio particular. Su experiencia y conocimiento en el ramo es imprescindible. Ningún instituto burocrático podrá estudiar las posibilidades que se ofrecen en los mercados extranjeros, en tal forma como la iniciativa particular. Pero me parece imprescindible que ese comercio sea fiscalizado y dirigido por un órgano centralizador, a cargo de funcionarios que provengan del mismo comercio y que no sean burócratas.

Todos los pagos se efectuarían a la orden y por el Instituto. El comerciante particular propone un negocio de exportación: la operación se realiza por intermedio del Instituto, una vez aprobada por éste. Es la única manera viable para detener el

alza de los precios y evitar una mayor depreciación de la moneda, en cuanto ella provenga del desequilibrio de la balanza de pagos, pues el Instituto limitaría los precios de exportación, de acuerdo con los costos en Chile. Actualmente se pagan por ciertos artículos precios que superan diez veces a los costos.

De esta manera terminaría el mercado libre de las letras de exportación y se evitarían todas las consecuencias funestas que esta institución ha tenido sobre el alza del costo de la vida.

De la misma manera, el comercio particular propondría los negocios de importación, y el Instituto resolvería acerca de ellos, realizando una política sistemática y conforme a los intereses nacionales.

Todo el movimiento de letras provenientes del intercambio internacional ingresarían al Instituto. Ningún exportador ni importador tendría que ver con letras. El Instituto pagaría en Chile en moneda chilena y vendería en la misma moneda. La totalidad de letras disponibles se utilizarían para atender el pago de las necesidades del país. Las operaciones serían realizadas por el comercio particular, pero los pagos estarían concentrados en el Instituto. Se evitaría una mayor alza de los precios de los productos nacionales, bajándolos paulatinamente a su justo nivel, proceso que tendría que producirse forzosamente por el inmenso estímulo que representan los actuales precios y como consecuencia de las medidas de fomento del Estado; y se evitaría también una mayor alza de los precios de productos importados, obligando a los importadores a venderlos a los precios que les fije el Instituto, conforme al cambio por él establecido. Los comerciantes que no cumplieran estas disposiciones, serían excluidos de todo negocio del comercio exterior.

Además de estas operaciones, se encargarían al Instituto todas las demás transacciones de pagos con el exterior, sin ninguna

excepción, de manera que la actual Comisión de Cambios llegaría a constituir una parte del Instituto.

El Instituto tendría a su cargo también el estudio de los tratados comerciales con otros países, es decir, nuestra política comercial.

A este respecto, no hemos sabido sacar provecho de nuestra situación de país deudor.

El establecimiento del control del cambio colocó a los deudores en una situación sumamente difícil. Gran parte de las mercaderías debidas, han sido vendidas en el país, acumulándose los fondos, en moneda chilena, en los Bancos comerciales. A medida que avanzó la desvalorización de la moneda chilena, es decir, desde fines de 1931, los deudores trataron de salvar estos fondos, protegiéndolos, hasta donde les era posible, contra su completa desvalorización. Adquirieron letras en la Bolsa Negra, compraron acciones, propiedades raíces, mercaderías, etc. Como consecuencia de esta demanda extraordinaria, todos aquellos valores comenzaron a subir. Cuanto mayor era la desconfianza en la situación del país, tanto mayor era el interés en hacer estas inversiones y tanto más subían las cotizaciones. La segunda causa del alza de los precios proviene, pues, de no haberse preocupado el Estado de evitar esta demanda, solucionando de alguna manera la situación de los créditos del extranjero congelados en Chile.

Yo propuse, cuando se discutió la nueva Ley Monetaria, que se autorizara a los deudores a pagar sus deudas, en moneda chilena, mediante depósitos en el Banco Central, al tipo del cambio oficial y con garantía del Gobierno. Expuse en aquel tiempo que esta solución habría producido tres efectos favorables para el país: una restricción del circulante, necesaria a fin de evitar los peligros de la inflación, ya sumamente avanzada; la descongestión de la Bolsa Negra y del mercado de los valores,

evitando la demanda de letras, valores mobiliarios e inmobiliarios y de productos; y, finalmente, el de colocar en manos del Gobierno un arma poderosa que le habría permitido celebrar tratados de compensación y comerciales con otros países, utilizando la presión de parte de los acreedores de esos créditos, para obtener ventajas a favor de Chile, por el interés existente en conseguir el pago de esos créditos, sólo realizable mediante la entrega de mercaderías.

Esta solución no fué adoptada, y ahora la depreciación del peso ha progresado a tal extremo, como consecuencia de todos los errores cometidos, que prácticamente esas deudas ya no se podrán pagar, porque el aumento obtenido por el alza de los valores en que se han invertido los fondos, no compensa la baja de la moneda.

Sin embargo, sigo creyendo que el establecimiento del Instituto de Comercio Exterior debería utilizarse para solucionar este problema hasta donde fuere posible. El Instituto debería abrir un registro en que se inscriban todos los créditos del extranjero, a fin de conocer su monto exacto y sus particularidades. De común acuerdo con los deudores y acreedores se podría llegar quizá a una solución satisfactoria, empleando siempre la presión que los acreedores puedan hacer sobre sus gobiernos, para obtener tratados comerciales que permitan hacer los pagos, sin lesionar los intereses vitales del país.

Finalmente, ya he señalado la conveniencia de estudiar sistemáticamente tratados comerciales con otros países.

Uno de los más interesantes a este respecto sería la unión aduanera ibero-americana. Ella me parece en las actuales circunstancias más necesaria que nunca. El universo se está dividiendo en grandes superficies de intereses comunes, que tratan de satisfacer sus necesidades dentro de territorios cerrados. Donde las superficies nacionales no son suficientes para desarrollar una

economía autárquica, se celebran alianzas con otros países, las que, además de su alcance comercial, tienen uno político, militar y cultural. Basta observar a este respecto la política de Francia, para darse cuenta de las tendencias imperantes.

Los países ibero-americanos se han mantenido aislados. Dependiendo en su existencia del mercado mundial, han quedado al margen de los grandes acontecimientos políticos de los últimos decenios. Su pasividad, su inacción, los ha colocado en una situación sumamente difícil. Están en vías de ser eliminados de la vida económica universal, si no reaccionan pronto y con decisión. Todos ellos han entrado en un período sísmico, cuyas causas son idénticas a las que pudimos observar en Chile. Los problemas que deben solucionar, con variaciones de clima y suelo, son los mismos que nos preocupan a nosotros.

En el momento que se produzca la reacción política contra este estado de cosas y que se constituyan gobiernos conscientes de sus deberes y que conozcan los problemas nacionales, se impondrá la convicción de que es necesario constituir la unión ibero-americana.

Hemos sido abandonados por todas las grandes potencias. Aún los Estados Unidos, que parecían interesados en una política de expansión en la América Latina, nos han excluido de la órbita de sus intereses económicos: sus fronteras se nos han cerrado a igual como las de las otras grandes potencias.

Es muy probable que cada uno de nosotros no logre reconstruir su vida económica dentro de su territorio, por la reducida población de que disponemos. Unidos, en cambio, llegaríamos a constituir un gran mercado, predestinado para el desarrollo de la industria moderna. Podríamos especializar la producción conforme a las condiciones regionales y abastecer así a la población en la mejor forma.

Naturalmente, el simple hecho de borrar las fronteras adua-

neras no sería suficiente para conseguir los objetivos anhelados. Sería necesario ir más allá, unificando el sistema monetario y bancario, la legislación y estableciendo un servicio diplomático y consular común, a fin de pactar con otras potencias.

El bloque latino-americano llegaría así a constituir una potencia económica y como tal, podría entrar en alianza con alguna o varias de las demás unidades que se están formando, a fin de conseguir el intercambio de productos sobre una base más amplia. Probablemente, el bloque que más nos convenga sea el de la Europa continental, en formación.

* * *

Sé que las ideas desarrolladas en este párrafo acerca de nuestras relaciones internacionales, serán consideradas por muchos como utópicas y fantásticas. Sin embargo, sostengo que son absolutamente realistas y realizables.

El fantasma que está destruyendo nuestra existencia económica, es el liberalismo.

El liberalismo es una escuela económica perfectamente lógica y de gran alcance práctico. Pero llegó a desarrollar su objetivo solamente en la Inglaterra de la pre-guerra. Como este país dominaba ampliamente en el universo, su interés consistía en que se mantuvieran abiertas todas las fronteras y existiera un máximo de libertades comerciales. Así se evitaba que se formaran industrias nacionales en otros países y se conservaba el predominio anglo-sajón.

Sin embargo, las demás grandes potencias siguieron una política inversa y trataron de crear lo que tenía Inglaterra, cerrando sus fronteras. Esta política ha sido llevada a efecto con toda consecuencia y nos ha conducido a la situación actual,

la que, debido al auge económico de los demás, obligó a Inglaterra a apartarse de sus propios principios.

Desde entonces, los únicos que continúan defendiendo el liberalismo, son los grandes capitalistas internacionales, cuyos intereses consisten en que no existan fronteras nacionales. Sin embargo, como lo demostré, el capital internacional ha sido aniquilado en los últimos años por los intereses opuestos de los productores nacionales y de las masas obreras.

Siempre que en Chile lleguemos a tener alguna vez un Gobierno verdaderamente nacional y consciente de sus deberes, no se podrá apartar de la línea que he indicado. Pueda que haya divergencia de opinión en los detalles: los fundamentos son inamovibles.

No es posible que un pueblo digno del nombre de tal, cometa el suicidio de desentenderse de sus intereses vitales y sacrifique su existencia a favor de los intereses materiales de unos pocos.

III

El sistema del crédito

El sistema del crédito se encuentra seriamente amenazado en casi todos los países del mundo, aún en los mejor organizados. ¿Es de extrañar que no funcione bien en un país en que casi nadie sabe administrar?

Lo que caracterizó al período de la post-guerra fué la inflación extraordinaria de la vida económica con la ayuda de los créditos. Nadie estaba dispuesto a organizar una empresa conforme a sus recursos, para desarrollarla con sus ahorros en forma orgánica y segura. Quien poseía cien mil pesos, se creía capacitado para tener un fundo, fábrica o negocio por valor de un

millón. La diferencia de precio y el capital de explotación, debía ser facilitado por los Bancos. Aquel que poseía una empresa bien organizada, financiada conforme a sus recursos, recibía, bajo garantía de sus bienes, recursos extraordinarios que en realidad no necesitaba y que gastaba en artículos de consumo. De esta manera, como ya lo expuse, Norte-América financió sus industrias de exportación a expensas del depositante norteamericano que entregó sus ahorros a un Banco, pues la inflación de la economía mundial se realizó con estos fondos.

Para poder establecer condiciones normales, es preciso realizar previamente la contracción de los créditos, liquidando las empresas que no merezcan subsistir. El peor de todos los errores imaginables, consistiría en tratar de mantener la vida a estas empresas, mediante nuevos créditos, como se ha hecho en todas partes desde 1930.

Una crisis económica no puede terminar si no hay valentía para ir a la liquidación de los malos negocios. Es un perfecto absurdo el de tratar de salvar a aquellos que no tienen salvación, porque a la larga esto es imposible, y por mientras más tiempo se suspenda la liquidación, tanto mayor será el peso muerto de las empresas en disolución y más grave la liquidación final, que en todo caso tiene que producirse.

En Chile especialmente, el peligro político que representan las empresas sobreendeudadas—principalmente las agrícolas—es más grande que en otras partes, porque sus propietarios han disfrutado hasta ahora de grandes influencias y han atentado constantemente contra los intereses nacionales, a fin de salvar su situación. La inflación que se inició durante el gobierno de Montero y que continuó más tarde, se debe especialmente a estas influencias. La redacción de la Ley Monetaria, con sus disposiciones intencionalmente ambiguas y maliciosas, obedece al mismo grupo de intereses.

La organización bancaria chilena es una de las más modernas del mundo y ha funcionado, en lo que se refiere a los Bancos comerciales, admirablemente bien. Una supervigilancia bien llevada, nos ha evitado todos los escándalos bancarios de Estados Unidos.

Tampoco hemos experimentado los quebrantos que sufrieron los Bancos de Alemania, salvados por la ayuda del Reich, que hoy es propietario de la mayor parte de su capital.

Los peligros a que está expuesto el sistema de crédito del país no provienen de la organización de los Bancos comerciales: provienen de parte de las influencias políticas y de la situación de la hacienda pública.

La influencia política desempeñada sobre el sistema del crédito se manifiesta en todas aquellas instituciones en que el Estado tiene ingerencia, con muy pocas excepciones.

Desde luego, en el Banco Central. La institución de estos organismos centralizadores se ha efectuado en todos los países modernos y sus funciones son perfectamente claras y precisas: deben regular la balanza de pagos y el monto del circulante en el interior. En el fondo, los Bancos centrales permiten desempeñar un control sobre todo el sistema del crédito, pues la política bancaria es determinada por la política de descuentos de los Bancos centrales.

Naturalmente, como ocurre en toda la economía, que es un organismo vivo, en que el funcionamiento de cada órgano depende del estado de salud de todos los demás, para que el Banco Central pueda cumplir sus funciones, es preciso que se cumplan las premisas en que se basa su organización.

La regulación de la balanza de pagos se entiende dentro de ciertos límites, sumamente restringidos. El Banco Central puede limitar las importaciones, cuando ve que se está produciendo una salida demasiado fuerte de oro, aumentando la tasa de descuento

y reduciendo así los créditos, atrayendo al mismo tiempo capitales del extranjero, que encuentran una inversión más remunerativa en el país. Esa es la premisa. Sobre esta base, nuestro Banco Central trató de restringir las operaciones cuando estalló la crisis mundial. Sin embargo, las armas de que disponía para defender el oro, eran insuficientes: no logró compensar los saldos en contra de la balanza de pagos, no atrajo tampoco capitales extranjeros al país. La política fracasó conforme a lo que habían predicho los que conocen nuestra historia, es decir, que las armas de que se había dotado al Banco Central eran insuficientes. Para mantener el equilibrio de nuestra balanza de pagos se necesitan medidas draconianas, como las analizadas en el párrafo anterior. Es absurdo esperar que la balanza se regularice automáticamente en Chile, y fué y es un absurdo, esperar que las medidas bancarias de que disponía el Banco Central lo consiguieran. En el futuro, ya no deberá corresponder esta función al Banco Central, el que se podrá limitar a regular el circulante.

La presión política se ejercita precisamente en relación con esta segunda función. La teoría monetaria moderna se ha separado cada vez más de la concepción de que el dinero tiene carácter de mercadería. El oro no le da su valor al dinero, sino que sirve sencillamente para compensar los saldos de la balanza de pagos (es decir, es una mercadería como cualquiera otra, pero de aceptación universal) y para establecer la interrelación unitaria con otros sistemas monetarios. En el interior no se necesita garantía de oro para tener una moneda estable. El único requisito que se debe cumplir a este respecto, consiste en que no se dote a la economía de más circulante del necesario para realizar las transacciones. (Véase "La eterna crisis chilena", en que se analizan detalladamente estos problemas).

El Banco Central podrá hacer todas las emisiones que se quiera, siempre que estén cubiertas por letras de primera clase, basa-

das en operaciones industriales o comerciales reales a corto plazo (corrientemente, 90 días). En el momento en que se utilice para financiar negocios problemáticos, de largo aliento o faltos de seriedad, la desconfianza se producirá espontáneamente y los efectos de la inflación se harán sentir en el acto.

El dinero no puede ni debe reemplazar al capital. En el momento en que trate de hacerlo, no aumentará la riqueza, sino que se diluirá. El capital se forma mediante el ahorro y no emitiendo billetes. Toda inversión que signifique capital debe hacerse con capital financiero y no con nuevos billetes emitidos.

Las emisiones se justifican solamente en cuanto se tomen en consideración estos principios, universalmente aplicados. Las operaciones de crédito deben quedar encomendadas exclusivamente a los Bancos comerciales e instituciones similares, financiadas con su capital y los depósitos que en ellos se hagan. El Banco Central debe hacer emisiones de billetes, sólo en cuanto lo exija el encaje legal de aquellas instituciones.

No hay absurdo mayor que el de querer financiar la adquisición de propiedades, el mercado de las hipotecas, la instalación de minas y fábricas y la producción de artículos que no tienen venta inmediata, con la ayuda del Banco Central. Toda emisión realizada sobre esta base, produce desconfianza inmediata, y eso significa, fuga de los capitales a los valores reales, ocasionando un alza de los precios, o sea, una inflación monetaria.

Es inútil alegar en contra de estos principios que el monto del circulante en Chile es reducido, comparado con otros países (hay que medir cada país con su propia medida, no hay norma internacional a este respecto), que las restricciones mencionadas son exageradas, que la "lógica" señala que se pueden utilizar las emisiones para otros fines más amplios: en esta materia hay un sólo principio infalible, que es la experiencia, y ella debe ser nuestra única maestra en tan delicada cuestión.

¿Es preciso que detalle en qué forma se ha atentado en contra de ella desde mediados de 1931? ¿Es necesario que indique los grupos de intereses, cuya influencia política fué suficientemente grande para conseguirlo? ¿Debo detenerme indicando los absurdos del así llamado Plan de Fomento Económico? Creo que la realidad en que vivimos habla un lenguaje bastante claro.

Finalmente, el peor de todos los enemigos que tiene nuestro sistema de crédito, es el mismo Estado.

Ya he expresado la idea de que nuestro sistema financiero ha sido organizado de acuerdo con el antiguo círculo funcional de nuestro sistema económico, es decir, la mayor parte de las entradas fiscales se derivan del intercambio comercial internacional, ya sea en la forma de impuestos sobre las industrias de exportación (salitre, cobre, hierro, etc.), o de derechos sobre los artículos de importación. Como este círculo no funciona, ni funcionará en el futuro, el sistema de nuestra hacienda pública ha sido afectado en la forma más grave y será necesario reajustarlo a la nueva estructura económica del país. Como ésta todavía no existe, el desequilibrio actual ha sido inevitable.

Ni el aumento de los gastos durante el gobierno de Montero, ni el realizado durante el de Dávila, han ocasionado este desequilibrio. Estos aumentos han sido moderados y sin mayor repercusión sobre el estado de la hacienda pública. El desbarajuste se debe al sistema mismo, pues sin comercio exterior éste no funciona.

Lo grave es que ningún gobierno se haya querido dar cuenta de esta situación. Ibáñez tuvo la valentía de reducir los gastos en forma extraordinaria, pero cayó, en gran parte debido a estas restricciones. Sus sucesores han recurrido a la prensa de billetes, para satisfacer las necesidades de la caja fiscal. Dávila fué el único que trató de aumentar algunos impuestos, pero fué derrocado inmediatamente del poder, por haberse atrevido a to-

car los intereses de nuestra oligarquía, que los considera como los derechos más sagrados que existen.

Sin embargo, es evidente que necesitamos aumentar extraordinariamente los impuestos internos, porque así lo demanda la nueva estructura económica del futuro, que ya no dependerá tanto del comercio exterior. En varios países europeos—para citar un solo ejemplo—el impuesto sobre los sueldos, que en Chile es del 2 por ciento, asciende a cinco y más veces esta proporción.

Me parece imprescindible terminar cuanto antes con las emisiones, adoptando una política de reajuste financiero. No creo que la actual baja de la moneda permita reducir aún más los gastos fiscales. Reconozco, por otra parte, que será necesario poder disponer por mucho tiempo más de un presupuesto extraordinario con entradas especiales, provenientes de empréstitos. Creo que la Caja de Amortización, bien organizada, permitirá obtener estos recursos, sin tener que descontar Vales del Tesoro. Estimo que las deudas actuales del Fisco con el Banco Central deberán ser amortizadas dentro de un plazo prudente. Tengo la convicción de que la reorganización de nuestra hacienda pública nos permitirá producir el reajuste financiero dentro de un corto tiempo, siempre que exista voluntad y consciencia de los problemas de parte del Gobierno y que su acción sea un modelo de probidad e inspire confianza general.

Naturalmente, los problemas relacionados con nuestro sistema de crédito, son los más difíciles. Antaño todo se financiaba en Chile, o directamente por el capital extranjero o con la ayuda de este capital por intermedio del Estado. El capital extranjero movilizable se ha retirado del país en gran parte, y no existe expectativa de que vuelva, aunque mejore mucho la situación.

El capital nacional, insuficiente en el pasado, en gran parte destruido o desvalorizado como consecuencia de la crisis, no nos

permitirá reconstruir el país. Para ello será necesario formar nuevos capitales, capitales nacionales.

Al expresar esta idea, se manifiesta la inmensa dificultad que implica su realización. ¿Cómo acostumbrar a un pueblo habituado a gastarlo todo, a que destine una parte de sus rentas al ahorro? He ahí una de las tareas del Estado del futuro.

Mientras se continúe confundiendo el dinero con el capital y se siga destruyendo el valor de nuestra moneda, no es posible esperar que nadie ahorre algo. Las experiencias efectuadas en los últimos dos años, han sido una lección muy amarga para aquellos que han querido ser previsores.

Pero si un Gobierno consigue equilibrar la balanza de pagos y de la hacienda, deteniendo el descenso de la moneda, podrá exigir también un sacrificio colectivo, imponiendo a la población el ahorro obligatorio, extendiendo los principios de las cajas sociales a toda la población del país. Los capitales así acumulados, podrán ser destinados a la reconstrucción nacional, dándoles una inversión segura, aún sin someterlos a la extremada seguridad consistente en colocarlos en bonos y valores semejantes. Es mejor y perfectamente posible destinarlos al fomento de la producción.

Precisamente, en beneficio de los productores, estimo que no es posible realizar la baja del interés de que tanto se ha hablado. Esta rebaja produce el mismo efecto que la inflación: estimula gastar las rentas en vez de hacer ahorros, es decir, disminuye los capitales disponibles. Sin duda, se puede obtener una baja del interés en Chile, pero ella no debe realizarse por medidas artificiales que autoricen el pago de un menor interés, sino disminuyendo la demanda de créditos.

Es esta la razón por qué soy partidario del control del sistema del crédito por el Estado (se subentiende, de un Estado que sea lo que entiendo por Estado). Los excesivos créditos conce-

didados son los principales causantes del alto interés que se cobra en el país. Mientras subsista la creencia de que es posible organizar grandes empresas con la ayuda de fondos de los demás, el interés tendrá que ser forzosamente muy alto, tanto por la enorme prima de riesgos que debe calcular el prestatario (que muy a menudo pierde su dinero), como por la excesiva demanda que existe.

Lo lógico y natural es educar a los productores en el sentido de que no abarquen negocios superiores a su capacidad financiera, utilizando el crédito en la forma más moderada. Sólo así se conseguirá una disminución del interés. Y esta función educadora le corresponde al Estado.

Como expondré en el próximo capítulo, es mi convicción la de que debemos desinflar nuestra economía hasta límites que quizá parezcan inverosímiles, porque la destrucción del castillo de naipes que hemos construído es una de las principales condiciones para poder hacer marchar al país.

Lo primero que debe ser desinflado es el crédito que tan pródigamente, pero en forma loca y perniciosa, fué concedido en estos últimos decenios.

Sin este reajuste, mucho me temo que el país se hundirá definitivamente.

K U K L O X . X Y Z

CAPITULO V

LOS ORGANOS DE LA NUEVA ECONOMIA (CONTINUACION)

IV

"Retourner a la nature"

En el capítulo anterior estudiamos los órganos de nuestro sistema económico que se encuentran especialmente lesionados: el intercambio internacional y el aparato de crédito. Nos corresponde ahora agregar algunas observaciones acerca de las diferentes ramas de la producción y el comercio.

Antes de todo, cabe hacer una advertencia de carácter general. Es bajo todo punto de vista imposible mantener el standard de vida de los últimos años. Nos hemos acostumbrado a un tren de vida que no guarda ninguna relación con nuestra capacidad económica. Nuestra existencia está basada, en gran parte, en la posibilidad de adquirir grandes cantidades de mercade-

rías extranjeras. Esta expectativa ya no existe. Las industrias nacionales no van a poder proporcionarlas tan luego, y, por consiguiente, tenemos que reducir apreciablemente nuestros consumos, fenómeno que tendrá de ocurrir, además, por las mermas que han experimentado y están sufriendo las rentas.

Pero también en otro sentido habrá una contracción formidable: la organización misma de las empresas, sobre la base de los créditos, que analicé en el párrafo anterior, no podrá ser mantenida, pues no habrá capitales para continuar por ese camino.

Tenemos que volver forzosamente a formas más simples y sencillas. Es preciso dismantelar todo ese castillo de naipes que hemos construído sobre la nada. Cada cual no deberá emprender organizaciones más amplias de las que le permitan abarcar sus propios recursos. La producción nacional no será de calidad muy fina. Un fuerte rasgo rústico se impondrá en nuestra vida. Se repetirá la transmutación que tuvo lugar después de 1600.

No es posible predecir hasta qué grado retrocederemos a este respecto. Ello dependerá de la formación de un Estado que comprenda estos problemas y que actúe conforme a esta visión. No estimo que esta evolución sea desfavorable para el país. Al contrario, de ella pueden surgir fuertes valores espirituales y sociales.

La riqueza artificial que nos invadió después de la guerra del Pacífico, nos desmoralizó, anarquizó y arruinó.

Puede que aprendamos a respetar nuevamente al prójimo, que lleguemos a saber otra vez lo que es disciplina, lo que significa trabajo concienzudo y perseverante, la conveniencia de hacer ahorros, el respeto por los valores morales, cierto misticismo y religiosidad que nos aparten un poco del materialismo en que nos hemos hundido.

Todo eso lo hemos olvidado, porque nos asfixiamos con una

riqueza que nunca fué nuestra y que se nos presentaba como un espejismo: el oro que creíamos poseer se nos escapaba con la misma rapidez con que había entrado al país, para dejarnos algunas plantas mineras paralizadas y algunos hoyos en las pampas y los cerros.

Todo esto tendrá que cambiar. No lo hará por la voluntad de los individuos, sino contra su voluntad, porque la miseria y la desocupación los obligarán a modificar su vida. El malestar que producirá esta situación tiene y continuará teniendo trascendencia política desfavorable, porque habrá rebelión de las masas contra el destino, pero como el destino es más fuerte que el deseo, éste tendrá que someterse a aquél, y el Gobierno que primero consiga imprimir nuevos rumbos a la vida, será el primer Gobierno nacional que tendremos.

Hemos cometido el error fundamental de suponer que Chile es un país capitalista. Lo que tenemos de capitalismo, es lo extranjero que ha venido a trabajar esta tierra. La gran mayoría de nuestra población vive fuera de la órbita capitalista.

Para ella no existe valoración del tiempo, del trabajo, de los objetos. Cuando los chilotes necesitan una escuela, se reúnen los vecinos: uno regala el terreno, otros obsequian las maderas y otros ponen el trabajo. Todo eso no vale nada, no tiene precio, y si alguien lo avaluara, le aplicaría a la vida de aquella isla un principio que le es completamente ajeno. Los únicos elementos capitalistas que han penetrado a ella, son algunos productos que se venden en el mercado y otros que se compran. Su volumen es incomparablemente inferior al de aquellos que no pasan por el mercado.

No nos equivoquemos. Si le restamos a nuestra vida los elementos extranjeros que actúan en ella, no hay gran discrepancia con la que impera en Chiloé.

Nos hemos complicado enormemente la vida desde que tra-

tamos de aplicar el criterio capitalista a todas nuestras condiciones. Cuando necesitamos una escuela, no reunimos a los vecinos, ayudándoles con algo, sino que hacemos proyectos de carácter técnico perfecto, estudiamos textos europeos, tratamos de satisfacer un ideal de cemento armado, buscamos un contratista que todo lo compra en el mercado... y no realizamos nada, porque los recursos no lo permiten, ni jamás lo permitirán. Si nos hubiéramos limitado a reunir a los vecinos, ayudándolos con algo, el país estaría poblado de escuelas.

Es ese el error que se repite en todas las manifestaciones de nuestra vida. En vez de fomentar lo que orgánicamente puede crecer en este suelo, vamos directamente a la imitación, a la trasplatación de elementos ajenos a nuestra mentalidad. Pero como estos elementos no han llegado a ser algo propio de nosotros, el sistema no funciona. Eso vale tanto para la comuna autónoma, como para la Dirección de Obras Públicas y la organización de la educación pública.

En materia económica, el injerto capitalista ha sido de consecuencias funestas. El productor europeo es laborioso, hace ahorros, se contenta con lo que está a su alcance y aplica a su trabajo un máximo de eficiencia técnica, que domina ampliamente. Nosotros creemos poder prescindir de todo esto y substituirlo por el crédito. Así se malgasta la fortuna nacional, se fomenta el endeudamiento, y el país queda paralizado.

Lo lógico, lo adecuado, es estimular los gérmenes nacionales, hacer crecer una vida propia, que esté de acuerdo con nuestras posibilidades y que encuentre satisfacción en el esfuerzo que representa.

Si aplicamos a esos gérmenes un máximo de inteligencia, estimulando su crecimiento en todo sentido, los frutos no podrán tardar de producirse. Es esa la tarea del Estado del futuro. No se trata de asfixiar al país en un río de oro conseguido a prés-

tamo, sino de organizar inteligentemente lo realmente sano y vigoroso de que disponemos, desmaterializando la vida.

Sólo así llegaremos a tener alguna vez lo que tanto se proclama por nuestros vetustos partidos históricos: la libertad.

V

La minería

Lo que ha ocasionado la pérdida de este país, ha sido la minería. No tanto por las riquezas que vomitó sobre el país, como por el espíritu económico que hizo cundir. Eso viene de muy atrás, de la Colonia. En "La eterna crisis chilena" se puede leer que lo que confundimos con el capitalismo en Chile—prescindiendo de los elementos extranjeros—, es el espíritu del minero, de aquel que vive de una quimera, que sacrifica años para encontrar el tesoro y derrocharlo, cuando lo encuentra, en una noche. Ese espíritu aventurero, esa falta de ligamen orgánico, ese afán de enriquecimiento precipitado, sin escatimar en los medios para obtenerlo, es lo que ha destruído la vida natural del país. Si no hubiera tanto espíritu minero en nuestro ambiente, la política sería un asunto mucho más sencillo.

La minería tenía base en Chile, en la forma de organización de los últimos años, mientras las grandes potencias representaban mercados libres. Como esta condición ya no subsiste, es una mera ilusión cifrar en ella grandes esperanzas.

La Cosach, como ya lo expresé, fué un buen negocio mientras había expectativas de vender dos y medio a tres millones de toneladas a un precio mínimo de 16 chelines oro por quintal métrico. No cumpliéndose ninguna de estas dos condiciones, ella está condenada al fracaso. Es el caso de casi todas las super-

empresas organizadas sobre la base de ventas en el mercado mundial. Los capitales invertidos están perdidos en gran parte, y no cabe otra solución que proceder cuanto antes a su reducción.

Los intereses ingleses en esta empresa son algo superiores a los norteamericanos. Un Gobierno nacional conseguiría grandes ventajas de esta rivalidad, prefiriendo los intereses de aquel país que estuviere dispuesto a concedernos las mayores ventajas para nuestros productos de exportación.

Sería evidentemente un error, anarquizar aún más la industria salitrera, permitiendo que funcionen oficinas independientes. Pero estas oficinas son un arma poderosa en nuestra mano, para obligar a la Cosach a someterse más solícitamente a los intereses nacionales. Como ya lo manifesté, debemos utilizar en el mismo sentido el apoyo político, es decir, la celebración de tratados comerciales y de compensación con otros países, que necesita la Cosach para conquistar o conservar mercados extranjeros.

En situación semejante se encuentran las grandes plantas de cobre. Su capacidad de producción, no muy lejana a medio millón de toneladas, es muy superior a las expectativas actuales de venta, especialmente después de introducido en Estados Unidos un derecho de internación de 4 centavos americanos por libra y otro de 2 peniques por libra en Inglaterra. El problema del financiamiento de estas plantas no dice relación con nuestro país, pero también el cobre necesitará del apoyo político del Gobierno chileno para poder ser vendido.

Ambas industrias han sido organizadas mediante una racionalización extrema de la producción. Mientras que en el siglo XIX la organización de la explotación estaba basada en el primado del trabajo humano, gastándose un máximo en jornales y regresando, por tanto, una gran parte del precio de venta al país, para costearlos, la organización actual obedece al principio

de hacer primar el factor capital, es decir, hay enormes inversiones en instalaciones y equipos técnicos, y se gasta una menor proporción en jornales. Como consecuencia, la parte que vuelve al país del precio de venta, es mucho menor y se entrega una mayor cuota al inversionista extranjero.

Este cambio habido en la organización de la explotación, es una causa orgánica del desequilibrio de nuestra balanza de pagos. Si bien las exportaciones han aumentado en los últimos años de prosperidad, los retornos de los precios de venta han disminuído relativa y quizás absolutamente.

Ha habido, en nuestras dos industrias básicas, una evolución sumamente interesante. Se ha tratado de aumentar la participación del extranjero en los resultados, reemplazando el trabajo nacional por la instalación y el equipo adquiridos con créditos del extranjero.

Cuando se discute sobre nuestra balanza de pagos, hay que tener presente que el salitre y el cobre (me refiero a las grandes plantas) no tienen mayor importancia para ella, de la que corresponde a los jornales de 40,000 obreros y algunos otros gastos menores que tienen en el país.

Esta ofensiva del capital extranjero, para extraer enormes riquezas de nuestro suelo, con la menor participación posible de nuestra colectividad, ha sido contrarrestada, como ya vimos, no por una política nacionalista chilena, sino por los intereses territoriales de los productores y obreros de los países de que provienen los capitales.

Es evidente que, para mantenerse, el salitre y cobre necesitan que la colectividad chilena los apoye. Condición previa para ello deberá ser que nos aporten mayores beneficios que hasta la fecha.

Estimo que la primera condición que deberíamos imponer a estas industrias, sería la de manejar sus negocios financieros des-

de Chile. Actualmente, prima el interés del inversionista sobre el de nuestro país: el importe del salitre vendido no regresa a Chile, sino que es entregado al banquero internacional y la Cossach ha sido financiada en Chile, con la emisión de billetes. Si lográramos conseguir que la dirección financiera fuere establecida en Chile, se concentrarían intereses financieros de capital importancia en torno de nuestra moneda, pues las remesas al exterior sólo se harían en cuanto lo permitiere la balanza de pagos. Desaparecería el peligro del descenso de la moneda, en cuanto dependa de este factor. Creo yo que es posible conseguir el cumplimiento de esta condición... , siempre que tengamos un Estado que haga honra a su nombre.

Ya me he referido a la posibilidad que se presenta de establecer industrias anexas a las usinas que producen materias primas. Esta rama puede tomar un gran auge, si logramos organizar la unión aduanera latino-americana.

VI

La agricultura

En "La eterna crisis chilena" analicé extensamente las causas que explican el atraso de nuestra agricultura e hice especial hincapié en su mala organización social.

En nuestro país sobran tierras para dar trabajo y hacer feliz a una población varias veces superior a la que tenemos. Sin embargo, se opone a la expansión agrícola la mala distribución de las tierras, como consecuencia de la formación de los latifundios durante la Colonia.

Si en Europa el concepto de propiedad ha sido en el siglo XIX un elemento de progreso económico y de estabilidad social, en

Chile ha ocurrido literalmente lo contrario. El latifundismo se ha convertido en el peor enemigo del progreso y es la causa principal de nuestro malestar social.

El mantenimiento de esta institución sólo se explica si se toma en consideración que hasta hace poco nuestro sistema económico era un simple reflejo de la economía mundial. Durante el siglo XIX, la población de exceso originada por la mala distribución de las tierras, encontraba ocupación en las zonas de expansión ubicadas al sur del Bío-Bío, al norte del desierto de Atacama, en las ciudades y en algunas industrias de exportación. En otras palabras, disponíamos de válvulas de escape para la tensión que se estaba formando en la parte central del país, que es la más fértil y privilegiada por la naturaleza.

Desde que la economía universal ya no nos favorece, es evidente que el desarrollo se efectuará en sentido inverso, es decir, la presión de parte de la población desocupada de la región del norte y de las ciudades e industrias de exportación, se dirigirá hacia el campo. El latifundismo no permitirá absorber esta población, porque su característica es la explotación extensiva, que requiere poca mano de obra. La consecuencia de esta situación será la formación de un nuevo centro sísmico.

El latifundista ya se ha dado cuenta de estos peligros. Sus inquilinos reclaman diariamente el cumplimiento de las leyes sociales, la instalación de escuelas, mejor remuneración, mejor tratamiento, mejor alimentación. En muchas regiones se han reunido, para exigir la creación de colonias, en que sean propietarios. Desean libertarse de su situación de semi-esclavitud, desean surgir, poseer algo propio, ver progresar sus tierras, poseer un hogar que merezca el nombre de tal.

El Estado, con sus instituciones copiadas de Europa, ha tratado de solucionar el problema que se aproxima, con los medios capitalistas, es decir, ha adquirido fundos, construído casas, ca-

nales y caminos y distribuído las tierras entre colonos que, a su vez, se comprometieron al pago de un servicio de interés y amortización.

Es evidente que este sistema de colonización se presta para determinadas explotaciones con colonos de criterio capitalista. Pero así no se solucionará el problema de la colonización, por la simple razón de que ni el Estado dispone de los recursos para comprar toda la propiedad rural latifundista, ni los colonos nacionales pagarán el servicio de la deuda, porque el concepto de "pago" les es absolutamente ajeno.

El latifundismo pudo conservarse en Chile exclusivamente por la circunstancia especial de la posibilidad de una expansión territorial de la población de que disponíamos hasta la guerra mundial. Desde entonces, sus días están contados, y afirmo esto, no para satisfacer una aspiración doctrinaria, sino teniendo en vista las tensiones que se están formando en nuestra colectividad, cuya trascendencia política es sumamente peligrosa.

No se solucionará el problema de nuestra colonización con medidas capitalistas, es decir, expropiando los terrenos a base de su avalúo fiscal o de un precio fijado por peritos. Los terratenientes chilenos se encuentran frente a la alternativa de entregar voluntariamente y sin ninguna compensación una parte de sus tierras, o de perderlas totalmente. Debo repetir: no propicio el despojo de la propiedad, no soy partidario de medidas violentas, pero me doy cuenta que la historia es inexorable en su desarrollo y no conoce misericordia. El destino de nuestro país consiste en ser explotado por pequeñas propiedades, que inviertan un máximo de intensidad de trabajo y de inteligencia en cada unidad de terreno. La evolución tendrá que comenzar desde abajo, constituyendo tales células elementales, cuya forma de organización no será capitalista, porque la mayor parte de la producción se consumirá en cada una de las hijuelas, las que, a su vez, pro-

ducirán casi todo lo que consumen. Sólo una pequeña parte de la producción pasará por el sector capitalista o quizá supercapitalista de la economía.

El proceso de la transformación de la agricultura no necesita ser repentino y general. Actualmente ya se están liquidando numerosos latifundios, arrendando o vendiéndolos en parcelas.

Lo que falta por hacer es transformar a los inquilinos en propietarios. Como puede consultarse en "La eterna crisis chilena", la evolución colonial de nuestra agricultura terminó con el despojo de las tierras que antaño habían pertenecido a las comunidades indígenas, por los terratenientes. En Europa, el proceso fué el contrario: los inquilinos dependientes fueron convertidos en propietarios independientes (véanse las reformas de Stein y Hardenberg en Prusia). Hemos de reparar esta injusticia que se ha cometido a la gran masa de la población y el desacierto económico que significó el hecho de entregar la inmensa riqueza territorial de Chile a un puñado de familias feudales. La expansión del siglo XIX nos permitió postergar la solución de este problema, que debió haber sido uno de los primeros que preocuparan a la nueva República hace un siglo. La transformación estructural que nos demanda la actual situación económica, es imposible si no tenemos la valentía de abordarlo cuanto antes. Sólo así saldremos del círculo sísmico en que nos encontramos.

En el momento en que nos demos cuenta que el problema agrícola no es de carácter "monetario", es decir, que no se trata de destinar enormes recursos a la transformación del latifundismo, su solución es relativamente sencilla. Lo esencial es dedicar un máximo de energía e inteligencia al cultivo de la tierra. Con buena instrucción y alguna ayuda material y técnica de parte del Estado, el campesino se dedicará a los cultivos para los cuales estas tierras están predestinadas: la chacarería, la fruti-

cultura y demás explotaciones intensivas. Si necesitamos un ejemplo que debemos imitar, citaré el del Japón y no resisto a la tentación de copiar algunos párrafos de un trabajo de Theodor Oberländer ("Entre campesinos japoneses", Deutsche Rundschau, julio, 1932, véase un extracto en "Hoy" N.º 46, 1932):

"Sólo el 15 por ciento de la superficie puede ser utilizada agrícolamente. De esta superficie viven 65 millones de habitantes, es decir, 969 personas por kilómetro cuadrado de superficie cultivada, mientras que Alemania sólo alimenta 185 personas (Chile 15).

"La granja japonesa es un modelo de una explotación agrícola, cultivada según los métodos más modernos.

"Una granja rara vez supera a 1½ hectárea. Cerca del 70 por ciento de los campesinos cultivan menos de 1 hectárea; el 90 por ciento cultivan menos de 2...

"Le preguntamos a un campesino cuál es su rentabilidad. Nos muestra su libro de contabilidad. Diariamente anota las horas trabajadas, las entradas y gastos, el estado del tiempo, los rendimientos, etc. El libro está llevado en una forma como rara vez se encontrará en Alemania. El campesino obtuvo el último año una utilidad neta de 2,000 marcos. Nos dice que el valor de la tierra que cultiva (2.4 hectáreas), es de 30,000 marcos. Los precios fluctúan entre 20,000 y 60,000 marcos por hectárea, es decir, superan a los de Alemania 10 a 30 veces... El japonés no es creador, pero es un gran imitador, y mayor todavía es su afán de aplicar lo aprendido. La generalización extraordinaria de los adelantos técnicos se debe en el Japón a la educación pública, al nivel de sus universidades agrícolas y al servicio agrónomo, verdaderamente ejemplar. Cada aldea japonesa dispone de un agrónomo, cuya función consiste en instruir al campesino, ayudarle a llevar sus libros de contabilidad y darle consejos téc-

nicos de toda índole. La escuela rural contribuye en el mismo sentido.

"Visitamos una escuela rural... El material de enseñanza es de una variedad asombrosa, como no se encontrará en tal abundancia en ninguna escuela rural alemana...

"Difícil es encontrar a un representante de la ciencia que no haya estudiado varios años en Europa y de regreso en los Estados Unidos. El Japón envía anualmente el 10 por ciento de sus técnicos al extranjero, por cuenta del Estado, a fin de que estudien los últimos adelantos de la ciencia y los introduzcan en su país".

Es ese el modelo que debemos imitar. La miseria en que vivimos nos obligará a seguir este camino, porque no nos queda otro.

VII

Las industrias fabriles

La transformación económica del país comprende también un mayor desarrollo de nuestra industria fabril.

Es evidente que la escasa población de que disponemos impone limitaciones a este respecto. No podemos crear numerosas industrias que necesitan de un gran consumo para poder prosperar, siempre que no se desee imponerle a la población el sacrificio de precios sumamente subidos.

Pero las posibilidades son inmensas.

Un Estado bien organizado las estudiaría y propiciaría su desarrollo en la más amplia forma.

Para ello, la protección aduanera no es suficiente. En Chile hemos podido hacer con frecuencia la experiencia de que el éxito tenido por un industrial estimula una competencia tan grande,

que todos se arruinan dentro de corto tiempo. No obstante la enorme falta de industrias que se hace sentir, existe en algunas ramas una sobreproducción que participa de todos los síntomas de la producción industrial caótica de Europa y Norte-América. Esto se debe a que nuestras industrias fabriles pertenecen al sector francamente capitalista de nuestra economía.

A fin de evitar estos desastres, es preciso aplicar a esta rama los principios de la economía regulada o dirigida. La base para llegar a este resultado debe ser la sindicalización de las industrias, es decir, debe establecerse la organización obligatoria de asociaciones, carteles, etc., con intervención del Estado. Los sindicatos llegarían a tener numerosos derechos sobre sus miembros, como ser, el de limitar la producción, para ponerla de acuerdo con las necesidades del país. Ellos estimularían simultáneamente el desarrollo de industrias anexas y de subproductos, prohibirían la creación de nuevas industrias que no encuentren mercado, etc.

A fin de posibilitar el establecimiento de nuevas ramas industriales en el país, que actualmente no existen, se podrían conceder privilegios exclusivos. Como se puede observar en los países occidentales, las tendencias autárquicas de la política económica, han ocasionado la ruina de numerosas industrias que hasta hace poco vivían de la exportación y que ahora ya no encuentran mercados. Sus propietarios están dispuestos a buscar nuevos campos de acción y no tendrán el menor inconveniente en establecerse en Chile, siempre que se les ofrezcan condiciones favorables a sus intereses. Es nuestra conveniencia, la de facilitarles el establecimiento en el país, prestándoles toda clase de ayuda. Debo recordar que en algunos países europeos, las comunas tratan de atraer industrias, ofreciéndoles gratuitamente los terrenos necesarios y eximiéndolas del pago de ciertos impuestos, fuera de otros privilegios que les conceden. A este respecto podemos imi-

tar sencillamente la política de los estados mercantilistas, a cuya protección se debe la génesis de la industria moderna.

Sé perfectamente que tanto la sindicalización como la protección de otra naturaleza que concedamos a la industria fabril, envuelve un enorme peligro: aquel de que se saque provecho indebido de esta situación, a expensas de la nación.

Dentro del capitalismo chileno predomina, como ya lo dije, el espíritu del minero. El capitalista chileno es esencialmente rapaz. Su codicia no conoce límites, y su único afán consiste en conquistarse una situación de privilegio que le permita obtener utilidades ilimitadas.

Es obligación del Estado, evitar estos peligros y educar al capitalista en el sentido de conformarse con una utilidad normal. La intervención del Estado debe llegar a tal punto, que le sea posible influir sobre los precios y restablecer la libertad de competencia, tanto dentro del país como la del comercio de importación, cuando vea que se está abusando indebidamente.

VIII

El comercio

Finalmente, me voy a referir brevemente a una de las ramas de nuestra economía que deberán experimentar la más profunda transformación. Hablo del comercio.

Chile es un país que se encuentra asfixiado por un exceso de comercio.

La evolución económica del siglo XIX se caracteriza entre nosotros por la expansión de empresas extranjeras que han venido a explotar nuestras riquezas y el desarrollo del comercio extranjero, que ha venido a ofrecernos los productos del extran-

jero y a exportar los productos chilenos que encontraren mercado en el exterior.

El comercio de exportación está casi exclusivamente en manos extranjeras. Ha sido, naturalmente, de la mayor importancia para nuestra evolución esta ayuda, pues el chileno no tenía la práctica ni los conocimientos necesarios para conquistar mercados exteriores, ni poseía siquiera los hábitos mercantiles suficientes. Esta parte del comercio ha sido de positivas ventajas para el país, y al tratar de la futura organización de nuestro comercio exterior, he reconocido expresamente la conveniencia de conservarla y continuar obteniendo ventajas de ella, dentro de la nueva orientación planeada que se impone.

Los peligros que provienen del comercio, se derivan exclusivamente del comercio de importación y del comercio interior.

Es un hecho que todo el comercio de esta naturaleza vive pendiente del extranjero. El país se encuentra materialmente inundado de mercaderías de otros países. Como ya lo expresé, la legión de comerciantes, vendedores, agentes, comisionistas y representantes de fábricas extranjeras, es inmensa. Como los representantes disponen de grandes capitales, pueden gastar grandes sumas en la propaganda, ofrecer facilidades de toda naturaleza al comprador y colocar así sus mercaderías en condiciones que no puede conceder tan fácilmente la industria nacional. Metafóricamente hablando, casi puede afirmarse que el comerciante de productos importados estudia constantemente la situación financiera de cada chileno, para apoderarse de alguna manera de su renta, tanto de la actual como de la futura.

La actividad de este comercio ha estimulado enormemente los consumos. Se han creado necesidades que no guardan relación con nuestra capacidad económica. Se ha estimulado así el deseo de llevar un standard de vida exagerado. La población vive bajo la presión de la réclame fantástica que se hace. Los productos

nacionales han sido colocados de esta manera en una condición de inferioridad y les es muy difícil competir ventajosamente.

No es necesario repetir que de aquí se deriva, en gran parte, el peso enorme de las necesidades, artificialmente creadas, que tratan de inflar nuestras importaciones y que gravitan sobre nuestra balanza de pagos.

Además, y atendiendo este afán de parte de la población, de adquirir artículos importados, se ha creado un aparato comercial que es demasiado grande para el país. Un porcentaje desproporcionado de nuestros empresarios se dedican al comercio, en vez de desempeñar funciones creadoras. Este hecho ha trascendido hasta el comercio minorista. En vez de tener buenos y grandes almacenes y tiendas, cuyos gastos de administración no aumenten desproporcionadamente los precios de los productos, la inmensa cantidad de pequeños establecimientos recarga enormemente los precios, y la diferencia entre los precios mayoristas y al por menor, alcanza a cifras que en otros países se considerarían injustificadas y que sólo se explican por el exceso de comercio y las relativamente pequeñas transacciones de cada establecimiento.

Se explica así que la inmigración extranjera se haya reclutado en el siglo en que vivimos, casi exclusivamente de comerciantes, mientras que en el siglo anterior ella se componía, en su gran mayoría, de colonos e industriales.

Si se toma en consideración la estructura de nuestra economía, este hecho se explica perfectamente. Como nuestra vida estaba basada esencialmente en el salitre y cobre, y la economía mundial estaba interesada en obtener provecho aún de aquella parte que la producción de estos productos dejaba en el país, es evidente que su mayor anhelo consistía en conseguir un máximo de desarrollo comercial, que se dedicara a extraer del país toda riqueza que pudiera haber entrado a él.

Pero como la estructura del futuro no será esa, el comercio deberá desaparecer también, en gran parte, por la imposibilidad de poder continuar colocando lo que antaño vendía.

La desinflación y racionalización del comercio es uno de nuestros más graves problemas. Para resolverlo, se necesita la intervención prudente del Estado.

EPILOGO

“Un país al garete” ha tratado de demostrar al lector las causas que explican los movimientos sísmicos que han producido las grandes convulsiones sociales de los últimos años.

Sin basarme en postulados dogmáticos o doctrinarios, me he limitado a describir las reacciones sociales que, con la fuerza de acontecimientos naturales, han tenido que resultar de la situación económica en que nos encontramos.

Es mi convicción más profunda, que la vida económica representa un proceso orgánico que se desarrolla independiente de las leyes que el hombre cree poder establecer acerca de ella. Hay una lógica intrínseca, que es la que he tratado de establecer.

Pero no me he limitado a exponer causas, sino que he tratado de trazar también rumbos para el futuro. Estos rumbos están, naturalmente, relacionados en forma íntima con la visión que me he formado del proceso orgánico de la economía: son las reacciones que posiblemente puedan ocurrir.

Digo “posiblemente”. La investigación no puede llegar más allá. Toda la historia humana consiste en tensiones que se forman y que la acción humana puede hacer desaparecer.

No se puede afirmar que esto tenga que ocurrir forzosamente. El caso común es que los hombres no comprendan su época y que las tensiones no desaparezcan. Como consecuencia, se produce la estagnación, la decadencia: los problemas quedan sin resolver, y los pueblos entran en un período en que se limitan sencillamente a vegetar, sin rumbos fijos, sin progreso, sin vida.

No es preciso que ocurra tal evento. Depende exclusivamente de nuestra voluntad que nos salvemos o hundamos. Todo éxito se debe, en el fondo, a que se reúna una minoría dispuesta a actuar y que, con una clara visión de los problemas de su tiempo, trate de hacer desaparecer las tensiones existentes.

La investigación no puede ir más allá de señalar los problemas y de formular una tarea.

Pero no quisiera terminar este libro sin hacer un llamado patriótico al lector.

Las tensiones que se han formado en estos últimos años han producido un desequilibrio espiritual en nuestra sociedad que es verdaderamente peligroso y que dificulta enormemente la obra de reconstrucción. Cada chileno está lleno de resentimientos, odios, pasiones bajas y envidia, es decir, de factores netamente destructivos y negativos.

Hemos llegado a constituir una nación que no reconoce ningún valor puro y elevado. No toleramos que surja entre nosotros ninguna personalidad que nos pueda hacer resucitar de nuestra letargia. Somos profundamente escépticos e incrédulos.

Sin embargo, es preciso que cambiemos radicalmente de criterio. En vez de rebajarlo todo y de dedicarnos exclusivamente a criticar a los que actúan, piensan y trabajan, ayudémoslos, estimulémoslos en su labor con algo, por más modesto que fuere, a fin de salir del pantano en que nos encontramos.

Porque al fin y al cabo, la suerte de cada uno de nosotros, será la de todos. Mientras el último hijo de esta tierra se encuentre abandonado y desvalido, ninguno de nosotros podrá ser feliz.

Pongamos todo nuestro empeño en que este hermoso y fértil país no se encuentre más al garete.

FIN

K U K L O X . X Y Z

APENDICE I

DOCUMENTOS

I.— Si yo fuera Ministro de Hacienda

(Artículo publicado en la revista "Hoy", febrero 12 de 1932)

Nada más peligroso que atacar los problemas con alguna teoría en la cabeza. La vida moderna se ha distanciado cada vez más de las doctrinas del siglo XIX. Nos obliga a aprender a andar de nuevo, a experimentar los fenómenos como sensaciones frescas e ingenuas. De nada nos sirven los viejos moldes. Si tratamos de aplicarlos, la consecuencia será la ruina absoluta.

LOS HECHOS

Si queremos expresar algo sobre nuestra situación actual y las expectativas del futuro, debemos basar nuestras reflexiones en algunos hechos sencillísimos, que, por ser tan sencillos, han pasado desapercibidos, pero que son fundamentales.

EL PRIMERO

La crisis chilena (es decir, la fase económica en que vivimos actualmente, no la crisis de que habla mi libro sobre "La eterna crisis chilena") es una pequeña parte de la crisis mundial. Sus causas no hay que buscarlas en Chile, sino en el mercado mundial. Sus remedios tampoco se encuentran dentro de nuestras fronteras.

EL SEGUNDO

Nuestro país no puede existir sin comercio exterior. Tener comercio exterior, eso implica exportar e importar. Como en el fondo sólo somos un pequeño apéndice de los sistemas económicos anglo-sajones, nuestra capacidad de importación y, en general, de pago, depende de lo que exportemos.

EL TERCERO

Sea cual fuere el sistema monetario que adoptemos, nuestra capacidad exportadora no dependerá del valor de la moneda chilena sino de la capacidad de absorción del mercado mundial, sobre la que no tenemos la menor influencia. En Chile, una baja del cambio no estimularía la exportación de salitre y cobre, productos que comprenden el 85% de nuestras exportaciones, y si ella llegara a estimular excesivamente la exportación agrícola, la consecuencia sería una hambruna, pues nuestra producción agropecuaria—salvo unos pocos productos—es insuficiente para poder exportar cantidades de alguna consideración.

EL ÚLTIMO

Mientras perdure la situación actual del mercado mundial, no existe ningún sistema que nos permita obtener por medio de las exportaciones (y no disponemos de otro recurso, ya que no podemos obtener créditos), las letras necesarias para continuar importando y pagando lo que importamos y pagamos durante los últimos años.

NUESTRO GRAN PROBLEMA: 1932

No hay sistema alguno. Las soluciones que se proponen para solucionar este nudo gordiano son todas a largo plazo. Pero el gran problema que se nos presenta no se refiere al año 1935 o 1940 o 1950, sino al año actual: 1932.

¿QUÉ HACER?

Cuando un barco se encuentra en una tormenta, el capitán recoge el velamen y asegura bien las amarras. ¿Hemos procedido como un buen capitán? Me temo que, alegres y confiados, estamos presenciando la tormenta, esperando que el barco se salve por algún milagro, de los que podemos citar varios en nuestra historia.

SI YO FUERA MINISTRO DE HACIENDA . . .

No voy a hacer una crítica a la política del Gobierno. Me limitaré a expresar lo que yo haría si fuera Ministro de Hacienda.

En primer lugar, reuniría a los representantes de los gobiernos extranjeros, del alto comercio y de las grandes empresas exportadoras y les pronunciaría el siguiente discurso:

“Señores: todos Uds. saben que las importaciones y las deudas al extranjero sólo se pueden pagar con mercaderías. Ya que la situación de los mercados extranjeros no nos permite exportar lo suficiente, nos hemos vistos obligados a reducir las importaciones al mínimo que podemos pagar y a suspender los pagos de la deuda externa.

“Sin embargo, el Gobierno seguirá la tradición de honradez que ha caracterizado a nuestro país desde su existencia. Por consiguiente, obligará a todos los deudores nacionales a cumplir sus obligaciones. Como no podemos pagar en letras sobre el exterior, las cantidades adeudadas serán depositadas en el Banco Central y ganarán un interés de 5%. En la misma forma, el Gobierno pagará sus deudas externas. Además, garantiza que estos depósitos serán transferidos al extranjero al tipo oficial actual del cambio, una vez que el extranjero nos coloque nuevamente en situación de exportar las mercaderías suficientes para poder pagar. Finalmente, estableceremos una oficina a que se puedan dirigir los acreedores extranjeros que se crean perjudicados”.

DISCURSO A LOS BANQUEROS

En seguida convocaría a los banqueros y les diría lo siguiente:

“Uds. administran dinero ajeno. Los acreedores les han encomendado sus ahorros en la confianza de que Uds. se los devolverán, medidos con la misma vara que rigió cuando hicieron sus depósitos. El Gobierno no quiere destruir los escasos capitales y ahorros que se han acumulado en Chile y que son insuficientes para el desarrollo económico. Para impedirlo, es preciso que Uds.

le faciliten créditos. Si Uds. se niegan a hacerlo, el Gobierno no podrá evitar la inflación. Pero antes de producirla, los acusará a Uds. ante los acreedores que les han encomendado sus ahorros. Depende, pues, de Uds. si se producirá la ruina de aquellos que no han gastado lo que ganaban”.

REUNIÓN CON EL ALTO COMERCIO

Al alto comercio le diría lo siguiente:

“1.o Para poder importar algún artículo se necesita licencia del gobierno;

“2.o El Gobierno indicará los artículos que se podrán importar y las cantidades permitidas. Los importadores podrán repartir las cuotas entre sí; si no se ponen de acuerdo, el Gobierno indicará las cuotas de cada casa;

“3.o El pago de las importaciones se hará al tipo oficial actual del cambio;

“4.o El Gobierno estipulará con los importadores la utilidad máxima que podrán obtener sobre las ventas;

“5.o Las ventas al por menor se harán a precios fijados de común acuerdo entre el Gobierno, los mayoristas y los minoristas. Los comerciantes que no cumplan las estipulaciones, serán colocados en listas negras y no podrán participar más en las ventas;

“6.o Habrá prohibición absoluta de las transacciones de letras y monedas extranjeras en el mercado libre. Además de la confiscación, habrá penas de prisión. Se establecerá la acción popular, con participación del denunciante en los valores confiscados; y

“7.o Se prohíbe todo traspaso de depósitos en Chile, para liquidarlos en el extranjero”.

PLAN DE DESARROLLO ECONÓMICO

Asegurada de esta manera la posibilidad de cancelar alguna vez las deudas en el extranjero, garantido un standard de vida mínimo para nuestra población y organizados los recursos creditarios, es decir, aseguradas las amarras de nuestro barco económico, me dedicaría a imprimirle un curso definido dentro de la tormenta, para no dejarlo merced a las olas como está.

Lo principal son los cesantes. Para ocuparlos gastaría un mínimo en obras públicas.

En cambio, haría funcionar las fábricas, minas y fundos, vendiendo la producción al exterior, aunque fuere a pura pérdida; para obtener letras y conquistar mercados.

La liquidación de los malos negocios la haría de esta manera: establecería en cada departamento una Cámara de Liquidación, a la cual se podrían dirigir los deudores que se consideraren amenazados por los acreedores, para que ella determine si hay arreglo posible o no (estas Cámaras estarían constituidas por representantes de los acreedores y deudores). Prescindiría de toda moratoria, pues las soluciones simplistas siempre son malas y no tenemos capitales suficientes para efectuar la transformación de las deudas a corto plazo en otras a plazo largo.

Además, realizaría una infinidad de otros proyectos que no es preciso señalar en este lugar. (Véase "La eterna crisis chilena").

Lo fundamental: espíritu de economía exageradísimo, ejemplo vivo de todo representante oficial, mano de hierro contra todo abuso, por insignificante que sea, ánimo firme y resuelto hacia adelante, aceptación de toda colaboración sana, exclusión de toda intervención partidarista y sectaria.

¿UNA UTOPIA?

Depende. Se dirá que no hay funcionarios para poder realizar tales proyectos. Que resultará la obra de una burocracia mediocre y destructora.

Respondo: no hay malos empleados, sólo hay jefes buenos o malos. El empleado siempre será lo que es el jefe.

No hay país que sea tan fácil de gobernar como Chile. Ningún pueblo del mundo toleraría los sufrimientos de nuestros cesantes. Tenemos un pueblo robusto y sano, crédulo, dispuesto a todo sacrificio, contento y alegre si se le da un poco de trabajo de qué alimentarse y tomar un trago.

Proporcionarle trabajo a nuestra escasísima población, en un país tan pródigo y feraz como el nuestro, no es ningún problema.

¿QUÉ IMPIDE LA SOLUCIÓN?

La herencia árabe, la herencia colonial: la creencia en milagros, base de nuestra inercia.

Nuestra estructura mental, que nos impide actuar, hacer algo, buscar soluciones que dependan de nuestro esfuerzo.

Aquel tejido de intrigas y odios de un centenar de individuos que se consideran los amos del país y que paralizan toda acción debido a la constelación personalísima de sus relaciones recíprocas.

SIN EMBARGO...

Sin embargo, la solución que propongo no nos permitiría en ningún caso volver al tren de vida de 1929. Lo "único" que lo-

graríamos sería "capear el temporal", hacer lo que hace un buen capitán.

La tormenta no es producto nacional, viene de afuera. Pasará también sin que ello dependa de nuestros deseos.

Pero si no hacemos nada, el barco se nos hundirá.

¿O es preciso que se hunda completamente para que comencemos una nueva vida?

II.—*¿Debemos destruir nuestro sistema monetario?*

(Artículo publicado en "El Mercurio", febrero 28 de 1932)

Somos un país de medidas a medias. Nada se puede hacer bien hecho en Chile, todo es obra semi-terminada, pensamiento no pensado hasta sus últimas consecuencias. Comenzamos a construir un camino, pero no lo terminamos. Tenemos escuelas que desde el tiempo de Balmaceda están inconclusas.

Nada de raro, por lo tanto, que nuestra organización monetaria adolezca de los mismos vicios. Se establece la Comisión de Control, pero se la abandona en seguida a su propio destino. En vez de concentrar las transacciones en ella, se permite que se desarrolle la Bolsa Negra. En vez de emplear las letras disponibles, para satisfacer las necesidades nacionales más premiosas, se permite que los importadores especulen con los precios de mercaderías adquiridas a precios bajos. Finalmente, vienen los amateurs en política y en ciencias económicas—¿y quién no lo es en este país que se compone de genios de estadistas y economistas?—y nos comprueban que la Comisión de Control es una mala organización, porque ella no nos surte de las letras necesarias sobre el exterior.

¡Como si jamás su función hubiera consistido en esto! La Comisión de Control se estableció, precisamente, porque la oferta

de letras no era suficiente para cubrir la demanda. Esta es su razón de ser. La idea fundamental de la institución consistió en socializar las letras, en aprovecharlas de una manera socialmente útil, es decir, en repartirlas con criterio social y no de acuerdo con los deseos individuales, adquiriendo las mercaderías indispensables para mantener el standard de vida de nuestra población. Pero como todo se hace a medias en Chile, esta idea no se realizó en la debida forma.

Pero, ¿es posible realizarla o no? Veamos. Sobre la base de una producción de 100,000 toneladas mensuales de salitre (*), con un costo en Chile de 120 pesos por tonelada, de 18,000 toneladas de cobre (*), con un costo en Chile de 1,000 pesos por tonelada y de la exportación de productos agropecuarios y de otros artículos igual a la del último semestre (se puede suponer que estas cifras no bajarán) (**), disponemos mensualmente de letras por un total algo superior a 40 millones. Las necesidades más urgentes de nuestro país representan un total de 25 millones mensuales. Por consiguiente, disponemos en nuestra balanza de comercio mensual de un *saldo a favor de 15 millones*. Esto demuestra que es perfectamente posible atender las necesidades más premiosas de nuestra población, sin alterar el sistema monetario vigente.

Naturalmente, el saldo de la balanza comercial no es suficiente para equilibrar la balanza de pagos del país, pues para ello se necesitarían, además de los 25 millones que representan las importaciones, entre 40 o 50 millones mensuales, de los cuales 30 millones corresponden a la deuda pública. Excluida esta última, la balanza de pagos tiende a equilibrarse. Todavía no lo está del todo, porque llevamos un saldo de arrastre de 100

(*) Esta producción regía en la época en que se escribió el artículo.

(**) Han bajado apreciablemente.

millones del saldo de deudas comerciales que estaban pendientes en el momento en que se estableció la Comisión de Control. El equilibrio se producirá dentro del primer semestre del presente año. Desde julio en adelante podremos atender todos los pagos, excluida la deuda pública.

Este cálculo, cuyos detalles no me permite dar a conocer el espacio, está basado en la suposición de que logremos mantener una entrada de letras de 40 millones y una importación de 25 millones. Para mantener esta posición es, sin embargo, imprescindible que mantengamos la Comisión de Control y la organización monetaria actual. Si modificamos estas bases, la consecuencia no será a nuestro favor, sino en contra de la posibilidad de llegar al equilibrio, como es fácil de demostrar.

Veamos primero la entrada de letras. Ella proviene, en su mayor parte, del salitre y cobre. Actualmente, estas dos industrias nos proporcionan (o deberían proporcionar, al menos, si se cumplieran las bases de nuestra organización monetaria) letras por un total de 30 millones mensuales. ¿Qué es lo que lo que pretenden los salitreros y productores de cobre? Que les paguemos las letras que entregan al precio que tienen en la Bolsa Negra, es decir, con un recargo de 100%. Eso significa sencillamente que necesitarían enviar a Chile la mitad de libras y dólares que nos proporcionan actualmente. En vez de 30 millones de pesos oro entregarían 15 millones. En otras palabras, y suponiendo que la entrada de letras por otros capítulos no variare, en vez de 40 millones, dispondríamos de sólo 25 millones de pesos oro mensuales. El único perjudicado sería Chile.

Ahora bien, la desvalorización de nuestro peso no tendría nada de particular si estimulara nuestras exportaciones, como lo ha hecho en Inglaterra la desvalorización de la libra. ¿Pero existe esta expectativa? ¿Hay en Chile una sola persona que pueda afirmar que exportaremos un quintal más de salitre o de cobre si

bajamos el cambio a la mitad del que establece nuestra ley monetaria? Es evidente que no. ¿Y disponemos de otros productos cuya exportación pueda aumentar por el momento? Tampoco, pues si exportamos más productos agropecuarios de los que ya estamos exportando, la consecuencia sería una hambruna, por la insuficiencia de nuestra producción.

¿Qué es lo que se pretende, entonces, con la modificación de nuestra organización monetaria?

Desafortunadamente para el país, se ha constituido una alianza todopoderosa entre el capitalismo yanqui (salitre, cobre y hierro) y nuestra oligarquía terrateniente. El primero piensa en bajar el costo de producción en Chile a expensas del pueblo chileno, pues le quiere pagar iguales salarios y sueldos nominales, a un menor costo en oro, y la segunda pretende deshacerse de sus deudas mediante la inflación monetaria.

¿Hay en Chile alguna corriente organizada que pueda resistir a estos dos enemigos? Me temo que no. Las clases medias no ven más allá de los pesos nominales que se les entregan, y el proletariado, que antaño defendía el valor adquisitivo de la moneda, no piensa sino en destruir el capital, olvidándose que, lejos de conseguirlo, entregará el país a un capital mucho más poderoso que el escasísimo que se ha formado en Chile.

Es profundamente desconsolador que en vista de estos hechos irrefutables, no se levante en todo el país una sola voz sensata para defender los intereses de la nación. Y cuando ocurra la desgracia, nadie podrá imputarle la culpa al Gobierno, pues no se puede gobernar si no se forma una opinión pública que respalde a un gobierno.

Las voces de sirena que podemos oír actualmente entre nosotros, son las mismas que alcanzamos a oír en 1918 en Alemania. "Es inútil querer mantener el cambio cuando el oro ha huído del país. Con algunos millones que nos proporcione la prensa de

billetes, el país tendrá trabajo, no habrá más cesantes, se pagarán buenos salarios". Todo eso ocurrió, efectivamente, en 1918, en 1919, en 1920. Pero la cuenta del festín sólo vino a presentarse en 1923. Se había destruído totalmente el capital nacional. Los Estados Unidos tuvieron que prestar a Alemania 40 mil millones de pesos para que sus actividades económicas no se paralizaran completamente. Con 10 dólares en la mano se podía adquirir un fundo, una manzana de casas de renta o una fábrica. Así, gran parte del patrimonio nacional llegó a parar en manos extranjeras. Hoy en día, Alemania depende de la benevolencia de los banqueros yanquis. La agricultura, a su vez, que durante la inflación canceló totalmente sus deudas, tiene que pagar en la actualidad una mayor cantidad por intereses que antes de la guerra. ¡Siete años después de la inflación!

La historia nos enseña que los pueblos nada aprenden de ella. Nosotros imitaremos el ejemplo de Alemania, con plena conciencia de lo que estamos haciendo, deliberadamente.

¿Por qué? Porque los intereses mezquinos de ciertos grupos de individuos creen sacar algún provecho de ello (para el capital yanqui, el provecho será efectivo, para nuestros terratenientes, ficticio). Las teorías que se alegan para justificar el crimen que se va a cometer con la nación son simples pretextos, pues frente a los hechos que hemos citado más arriba se desvanece toda teoría. Además, los pueblos sanos y sensatos no se inspiran en teorías sino en necesidades vitales. La teoría es la exteriorización de la decadencia racial.

Pero aún desde el punto de vista de la nueva lógica, no hay mayor absurdo que exigir que los cuarenta millones de letras que se transan (o se deberían transar) por intermedio de la Comisión del Cambio, deban regirse por la cotización de los tres o cinco millones que se transan en la Bolsa Negra. Es lo mismo que pedir que el precio del agua en todo el mundo debería ser igual al

qué estaría dispuesto a pagar un viajero que se muere de sed en el desierto. Pero lo repito: donde hay intereses por medio, es inútil discutir sobre las teorías.

Meditemos un momento sobre lo que ocurriría si abandonáramos el sistema vigente (aún implantando la forma moderada de mantener la fijación de un cambio oficial semanal). Bajo el temor de que la desvalorización sea cada vez mayor (temor absolutamente fundado), habría tal demanda de letras, que el cambio tendría que bajar bruscamente. Esta baja no aumentaría nuestras exportaciones, pero disminuiría la oferta de letras, ya que los salitreros y cobreros podrían atender sus gastos en Chile con menor cantidad de dólares. Los precios de numerosos artículos importados, que actualmente se mantienen a un nivel razonable, comenzarían a subir (azúcar, arroz, etc.). El costo de la vida (que actualmente es inferior al de 1928 y 1929, lo que demuestra que el valor adquisitivo de nuestro peso no ha bajado) aumentaría. Los salarios y sueldos pronto serían insuficientes; se iniciaría, por consiguiente, un período de huelgas con el fin de aumentar los salarios. El Fisco no aumentaría sus rentas en forma apreciable y se vería obligado a recurrir a la prensa de billetes. Dentro de poco, se destruirían los escasos capitales que logramos formar en el país. El extranjero comenzaría a adquirir bienes inmuebles, fábricas y minas, a precios subidísimos, si se les expresa en pesos desvalorizados (los vendedores se considerarían afortunados), pero que en realidad no representan casi ningún valor. ¿Y el fin del cuento? Chile, una colonia extranjera.

—Pero, ¿qué solución se propone?—se preguntará.

Ahí tenemos el ejemplo de Rusia, de Italia, de Alemania. El problema de la crisis no es un problema monetario. Es un problema de organización de las fuerzas económicas nacionales. La "inconvertibilidad", si se quiere entender por esto algo más que

una palabra, es la substitución de una organización que funciona a medias, como todo lo que hacemos, pero que, al fin, es algo, por la desorganización completa.

Comprendo perfectamente el liberalismo. Es la doctrina más "lógica" que existe en el mundo. Pero lo que no comprendo es que se confunda la realidad con la lógica, que son dos cosas muy diferentes. Liberalismo puede haber donde existe una infinidad de pequeños empresarios que se hacen recíproca competencia, surgiendo entre ellos los más capaces. Pero querer aplicarle esta bella doctrina a un país en que el 75% de las letras sobre el exterior provienen de una sola mano, me parece algo tan fantástico, que me declaro francamente incapaz para poder seguir la discusión.

La vida moderna se ha vuelto demasiado complicada, para pretender dominarla con soluciones simplistas, cual es la modificación del sistema monetario (esto vale también para Inglaterra). Los pueblos que pretendan mantenerse mediante recursos leguleyos, quedarán rezagados y serán dominados por otros más fuertes y conscientes, que les impriman a su estructura social el sello de una voluntad organizada. La anarquía reinante no se combate con otra anarquía más grande, sino con la organización.

¿Pero hay esperanza alguna que un pueblo tan leguleyo y teorizante como lo es el nuestro, la llegue a tener alguna vez?

III.—Pronóstico económico de la revista "Hoy", de marzo 18 de 1932

No obstante las dificultades que ofrece el pronóstico de las condiciones económicas, debido a la complejidad de los factores que intervienen en ellas y la influencia de factores que no se pueden prever, la estadística aplicada dispone en la actualidad

de métodos que permiten predecir la futura situación de los negocios con cierta anticipación. Nuestra Revista hará periódicamente tales pronósticos con validez hasta por cuatro meses.

Como lo hemos manifestado en diferentes oportunidades en nuestra Revista, la estructura económica de Chile está basada fundamentalmente en la posibilidad de poder efectuar grandes exportaciones de salitre, yodo, cobre y hierro. Todos estos productos están afectados profundamente por la crisis mundial, no pudiendo observarse la más leve reacción hasta la fecha. Al contrario, todavía está declinando el consumo. Por consiguiente, la crisis repercutirá con mayor vehemencia sobre la economía nacional en los próximos meses.

El movimiento especulativo y de alza de los precios de productos agropecuarios es netamente ficticio y no obedece de ninguna manera a un mejoramiento o expectativas de mejoramiento de la economía nacional. Se trata simplemente de una "huida a los valores reales" frente al temor de una desvalorización de la moneda.

El problema más grave que tendremos que enfrentar en los próximos meses no consiste en mantener la estabilidad del cambio, sino será éste: ¿cómo mantener los servicios públicos y la ayuda a los cesantes sin recurrir a la prensa de billetes? Hasta ahora, las emisiones efectuadas han sido absorbidas por los Bancos, pero no estamos lejos del punto de saturación, en que mayores emisiones tienen que producir el efecto de una inflación.

Siempre que no se modifique radicalmente la política económica de parte del Gobierno, nos estamos acercando sensiblemente a una inflación monetaria, la que ya se manifiesta en los mercados de la especulación y de los precios, pero que no ha repercutido sobre el de la producción y del trabajo. El alza de los precios ha sido y será de beneficio exclusivo de los productores y comerciantes. Las rentas no aumentarán mientras no sea asorbida

la población flotante de los desocupados por las actividades económicas, lo que, sin una modificación substancial de nuestra estructura económica, sólo es posible una vez que reaccione el mercado mundial de nuestros productos exportables. Por consiguiente, muy pronto (a mediados de invierno), las rentas no serán suficientes para mantener el standard de vida y se iniciará un período de luchas sociales (huelgas, levantamientos, etc.), cuya causa se atribuirá a la propaganda subversiva, pero que serán una simple consecuencia de la discrepancia que se está formando entre las rentas y los precios.

IV.—Carta dirigida a don Carlos G. Dávila, junio 9 de 1932

Estimado señor y amigo:

El Ministro de Hacienda me acaba de comunicar por teléfono que la Junta de Gobierno me ha nombrado Director del Banco del Estado.

Como colaborador en su Revista "Hoy", Ud. ha podido apreciar la forma violenta en que critiqué la funesta política monetaria y económica del Gobierno anterior. Fui el único chileno que la atacó desde las columnas de "El Mercurio", exponiéndome en aquel tiempo a que se me exonerara del cargo público que ocupo.

Nadie más convencido que yo de la necesidad de modificar substancialmente las tendencias de nuestra política económica-social, convicción que se expresa fuertemente en mi "Eterna crisis chilena".

Pero nadie tampoco más convencido que el cuartelazo es el único medio inadecuado para realizar una política de esta índole. Para poder modificar las bases de nuestra estructura económica-social, es preciso un movimiento desde abajo, preparando el ambiente y seleccionado un grupo de personas capacitadas

intelectualmente y de la probidad moral indispensable para poder administrar un Estado colectivizado. Esto no se puede realizar desde arriba. Toda tentativa en este sentido será una nueva improvisación que tendrá que fracasar fatalmente.

Por el momento, no está preparado el ambiente y tampoco existen individuos que reúnan las condiciones morales y espirituales que requieren las reformas anunciadas. Al leer el "Programa de Acción Económica de la Revolución", el diletantismo improvisador salta a la vista.

En las actuales condiciones económicas en que se encuentra nuestra patria, lo único que se podría realizar sería una mejor organización administrativa, de que tantas veces hemos conversado. Pero para conseguirla faltan los elementos humanos indispensables.

Los proyectos de socialización propiciados demandan grandes capitales. A Uds. no les quedará otro recurso que la prensa de billetes. Y como yo siempre he considerado como una estafa la política monetaria del Gobierno anterior, no puedo asumir la responsabilidad de autorizar la continuación de esta misma política bajo otros nuevos pretextos. El Banco Central se ha convertido desde hace meses en una simple sucursal de la Dirección de Especies Valoradas. ¿Es preciso nombrar un Directorio para seguir esta política?

Siempre he sido sincero con Ud. He creído de mi deber exponerle con toda franqueza mi opinión sobre el curso que le están imprimiendo a la política económica. Aún más: le imploro, dirigiéndome a su patriotismo, en que tengo fe, que aleje cuanto antes del Gobierno a los elementos que causarán la ruina definitiva de este desgraciado país.

Por estas razones, no me es posible aceptar el nombramiento que me ha sido comunicado.

V.—Carta dirigida a la Junta de Gobierno, junio 14 de 1932

Cuando la H. Junta de Gobierno me designó Consejero del Banco del Estado, le dirigí, con fecha 9 de junio, una carta a D. Carlos G. Dávila, en que rechacé este nombramiento, explicándole que consideraba absolutamente imposible la realización de un nuevo programa económico sin preparar previamente el ambiente, disponer de un grupo de individuos preparados moral e intelectualmente para esta labor y poner orden a las finanzas públicas, con el fin de evitar los efectos perniciosos de la inflación sobre la situación de las clases asalariadas.

El señor Dávila me llamó y me aseguró que el Gobierno deseaba realizar una política en este sentido, para lo cual necesitaba la cooperación de los elementos preparados del país. La base de esta política sería el establecimiento de un Comité Ejecutivo Económico, encargado de imprimirle unidad a la política económica y financiera y de impedir que se promulgaran leyes que no obedecieran a estos principios. En su primera sesión, el Comité se pronunció a favor de esta política.

Sin embargo, los acontecimientos posteriores me han convencido que actualmente es imposible realizar el objetivo señalado. Nos encontramos en un período de socialismo fantástico e iluso. Las medidas que se dan a conocer por la prensa demuestran la existencia de un verdadero caos dentro del Gobierno, pues son incoherentes y están caracterizadas por un afán de diletantismo improvisador.

Estimo que nada ocasionará mayor daño a la causa socialista que esta política, cuyos resultados se pueden conocer con toda claridad si se estudia la historia de la revolución alemana de 1918-23, en cuyo curso se cometieron los mismos errores y pre-

dominaron los mismos elementos que actualmente actúan entre nosotros.

La consecuencia será el desprestigio de la nación en el extranjero, un engaño completo del pueblo y la ruina del país.

Por estas razones y por la más decidida y franca colaboración que estaba dispuesto a prestar a una causa seria y realizable de renovación económica-social, me es imposible continuar cooperando en el Comité Ejecutivo Económico.

En esta materia, acepto la declaración de Lenin: de 1,000 comunistas, 900 son logreros, y de los 100 restantes, uno es verdadero comunista.

VI.—Pronóstico económico de la Revista "Hoy", de julio 22 de 1932

En el núm. 18, correspondiente al 18 de marzo, nuestra Revista publicó su primer pronóstico de la situación económica. Su validez era por cuatro meses. Como se ha cumplido precisamente el plazo señalado, nos corresponde hacer un nuevo pronóstico, con validez hasta noviembre.

Podría parecer hoy más difícil que nunca, hacer pronósticos de esta naturaleza. La situación de la política internacional se presenta oscura; no se destaca un rumbo definido de la política económica nacional; el problema político interior ofrece dudas de toda índole. Hay que contar, pues, con numerosas incógnitas. Sin embargo, tenemos la seguridad de que es perfectamente posible predecir a grandes rasgos la constelación económica de los próximos meses.

En primer término, debemos repetir lo que resaltamos en el pronóstico anterior: nuestro bienestar económico depende substancialmente de la situación del mercado mundial para nuestros productos de exportación. Es una ilusión creer que podamos

producir un florecimiento de nuestra economía nacional, mientras no reaccione el mercado mundial. La autarquía económica demandaría un cambio absoluto de nuestra estructura económica, modificación que exigiría un plazo prolongado de muchos años.

Por ahora, no es posible que se restablezca nuestra economía sin que previamente vuelvan a la normalidad nuestras industrias básicas: el salitre y el cobre.

Las expectativas que se presentan a este respecto no son favorables. Aún suponiendo que logremos vender más de un millón de toneladas de salitre—lo que no parece tan sencillo—, eso en ningún caso significaría un aumento de la producción en Chile, pues si forzamos ésta, el stock no bajará. Hay que descartar, por tanto, la posibilidad de que la industria salitrera vuelva a la normalidad a un plazo breve.

Por otra parte, el cobre tampoco ha reaccionado en lo más mínimo. Precisamente, en estos días su precio ha descendido al más bajo nivel jamás conocido. La necesidad de liquidar los enormes stocks existentes impedirá, por ahora, aumentar la producción. La baja de los costos en Chile, ocasionadas por el descenso de nuestra moneda, ha sido ampliamente contrarrestada por el establecimiento de un derecho de internación en los Estados Unidos.

No existe expectativa alguna de compensar las exportaciones deficientes de estos dos productos por las de otras mercaderías. A este respecto existe mucho ilusionismo, especialmente en lo que se refiere a la producción de oro y al establecimiento del Instituto de Comercio Exterior.

Lo más grave es que la economía mundial misma, a pesar del "rayo de sol" de Lausanne, no ofrece el menor síntoma de reacción. Todas las curvas siguen bajando. Y aún cuando comiencen a subir, la mejoría trascendería a Chile muchos meses

más tarde. Por consiguiente, no hay esperanza de un mejoramiento en los próximos meses. Como lo hemos expresado en diferentes oportunidades en esta Revista, la causa esencial de que la crisis se prolongue tan desmesuradamente, reside en la falta de valentía de la gran mayoría de los pueblos, para liquidar los malos negocios. Parece que los hombres de negocios están poseídos del delirio de que lograrán salvar los valores que sólo existen en su mente. La única excepción a este respecto la constituye Alemania, país que ha encarado el problema de la liquidación de los negocios insostenibles, con valentía y resolución.

Sin posibilidades de poder aumentar, por ahora, nuestras exportaciones, es evidente que las importaciones tendrán que quedar reducidas a lo indispensable. Eso significa que dentro de poco comenzarán a escasear sensiblemente numerosos productos importados, cuyos precios continuarán subiendo. El vacío que se está formando, favorecerá el desarrollo parcial de ciertas industrias nacionales. Cometeremos el error de considerar a estas industrias como el resultado de medidas legislativas, siendo en realidad el producto artificial de una situación de emergencia.

En cuanto a la política monetaria, se presentan dos caminos: o detenemos la inflación monetaria, ordenando con mano firme y resuelta nuestras finanzas públicas, limitando los gastos a un mínimo y buscando nuevas entradas, o cedemos a la tentación sugestiva de una inflación.

La primera solución, que demanda valentía y energía, tropiezaría con la resistencia de los deudores, es decir, de los elementos que han manejado durante decenios al Estado chileno y cuya influencia es enorme. Geopolíticamente considerada, es resistida por el latifundismo del valle central, desde el Bío-Bío hasta La Serena. Ella implicaría la liquidación de los latifundios, cuyo endeudamiento no permita mantenerlos.

Las ventajas de esta solución consistirían en cristalizar un conjunto de empresas sanas y dignas de existir, en favorecer los intereses de las clases medias y populares, en conservar el capital nacional y en propender a una distribución más equitativa de las tierras.

Sus inconvenientes consisten en demandar, para su realización, la existencia de un gobierno fuerte y consciente de sus deberes para con la sociedad y en agravar quizás, por el primer momento, la penosa situación en que nos encontramos.

La segunda solución evitaría en el primer momento estos inconvenientes, pues las emisiones producirían la sensación de un alivio. Sin embargo, muy pronto se iniciarían las luchas sociales, debido a la insuficiencia de los salarios y sueldos para mantener el standard de vida. Se destruiría lentamente el capital financiero nacional que hemos logrado formar, y la falta de capitales, que no son reemplazables por las emisiones, prolongaría y agravaría sensiblemente la crisis. Una vez destruido plenamente el valor de la moneda, lo más probable es que toda la economía chilena llegará a parar en manos del extranjero, debido a la imposibilidad de restituir el capital financiero nacional.

No es posible pronosticar cuál de estas dos soluciones adoptaremos. Ello dependerá de la sensatez del criterio nacional. Será la consecuencia de la formación de la voluntad nacional, pues todavía no se puede saber si nuestro país será gobernado por los grandes deudores o por estadistas inspirados en las necesidades de bien público.

APENDICE II

DATOS ESTADISTICOS

PRODUCCIÓN MINERA (Miles de toneladas)

PRODUCTOS	1928	1929	1930	1931
Salitre	3,165	3,233	2,446	1,126
Yodo (toneladas)	994	1,387	84	..
Cobre en barras	275	303	208	216
Hierro	1,525	1,812	1,720	712
Carbón.....	1,376	1,508	1,442	1,100

PRODUCCIÓN AGRÍCOLA
(Miles de quintales métricos)

PRODUCTOS	1928	1929	1930	1931	1932
Trigo.....	8,230	8,078	9,126	5,767	5,706
Cebada	1,261	1,332	900	844	674
Avena	931	1,034	1,510	742	715
Maíz (1)	722	710	596	688	750
Papas (1)...	4,296	4,343	4,023	4,473	4,097
Frejoles (1)	782	753	767	639	637
Aryejas (1)...	191	166	196	203	170
Lentejas (1)	74	69	132	117	73

(1) La producción señalada es la que indica la estadística, la producción efectiva es superior.

COMERCIO EXTERIOR
(Millones de pesos de 6 peniques)

ESPECIFICACIÓN	1928	1929	1930	1931
Exportación	1,940	2,293	1,328	823
Importación	1,200	1,618	1,400	709
Saldo.....	740	677	-72	116

INDICES ECONÓMICOS Y FINANCIEROS

(Promedio 1928—30=100; excl. el movimiento estacional)

MESES	Obreros ocupados en la minería	Exportación	Importación	Carga en los ferrocarriles	Rentas del Estado	Reservas de oro Banco Central
1928						
Enero	99	90	79	87	95	98
Febrero	100	110	75	97	85	111
Marzo	103	103	74	97	92	117
Abril	103	111	84	92	93	120
Marzo	106	100	84	90	89	119
Junio	107	96	71	101	84	118
Julio	107	91	78	92	97	115
Agosto	107	103	88	102	88	112
Septiembre	107	97	82	112	86	124
Octubre	108	105	87	99	94	132
Noviembre	109	122	101	103	100	118
Diciembre	106	119	104	105	84	106
1929						
Enero	104	148	105	110	124	107
Febrero	105	110	98	107	93	101
Marzo	106	130	107	94	116	99
Abril	104	141	119	114	118	110
Mayo	107	135	104	98	104	105
Junio	108	142	124	109	119	105
Julio	108	109	127	119	113	103
Agosto	108	113	108	114	104	94
Septiembre	108	114	113	114	114	112
Octubre	110	124	123	105	134	106
Noviembre	109	111	112	106	114	99
Diciembre	108	82	116	103	107	94

MESES	Obreros ocupados en la minería	Exportación	Importación	Carga en los ferrocarriles	Rentas del Estado	Reservas de oro Banco Central.
1930						
Enero	102	77	117	94	96	100
Febrero	97	76	111	95	86	94
Marzo	92	74	109	101	91	84
Abril	89	61	96	87	104	79
Mayo	92	73	99	97	108	80
Junio	90	82	110	91	96	80
Julio	87	70	114	93	97	71
Agosto	86	64	85	86	89	78
Septiembre....	82	58	92	82	89	87
Octubre	74	69	98	90	113	77
Noviembre ..	66	72	72	82	102	73
Diciembre....	57	68	85	79	94	71
1931						
Enero	56	70	85	96	84	63
Febrero	56	56	94	73	88	67
Marzo	53	55	86	74	89	66
Abril	50	50	56	69	70	64
Mayo	49	53	56	68	81	48
Junio	47	43	51	66	75	47
Julio	43	64	35	62	65	45
Agosto	41	50	37	58	78	43
Septiembre....	39	51	34	58	71	43
Octubre	39	34	27	58	50	42
Noviembre ..	37	24	25	55	53	41
Diciembre....	37	33	23	57	67	41

MESES	Obreros ocupados en la minería	Exportación	Importación	Carga de los ferrocarriles	Rentas del Estado	Reservas de oro Banco Central
1932						
Enero	35	30	20	55	40	37
Febrero	34	31	25	51	34	34
Marzo	34	17	23	58	44	35
Abril	33	27	17	54	45	34
Mayo	30	12	6	56	39	35
Junio	28	20	19	52	100	35
Julio	28	17	12	55	45	35
Agosto	29	22	12	56	42	34
Septiembre....	29	13	12	..	37	34
Octubre	32

INDICES ECONÓMICOS Y FINANCIEROS (Continuación)

MESES	Colocaciones instituciones de crédito	Medio circ- lante	Ventas al por menor	Cámaras compensado- ras	Indice de ac- ciones	Indice de pre- cios al por mayor
1928						
Enero	83	94	78	95	90	103
Febrero	83	99	84	104	90	102
Marzo	83	100	82	104	94	103
Abril	84	106	95	98	97	105
Mayo	86	105	91	109	100	106
Junio	87	107	93	106	100	105
Julio	86	107	101	108	100	104
Agosto	88	101	103	111	103	102
Septiembre	91	102	104	111	107	101
Octubre	91	110	105	128	107	104
Noviembre	93	106	105	105	113	104
Diciembre	96	104	100	104	107	104
1929						
Enero	98	105	95	111	106	105
Febrero	99	106	95	100	106	107
Marzo	101	109	101	107	109	110
Abril	102	108	95	117	109	107
Mayo	103	108	94	104	107	105
Junio	105	107	106	109	108	106
Julio	105	104	103	100	109	104
Agosto	107	103	105	98	114	107
Septiembre	106	103	108	100	109	106
Octubre	107	101	104	104	111	105
Noviembre	110	102	113	105	102	104
Diciembre	111	103	111	104	102	103

MESES	Colocaciones instituciones de crédito	Medio circulan- te	Ventas al por menor	Cámaras compensado- ras	Indice de ac- ciones	Indice de pre- cios al por mayor
1930						
Enero	112	99	112	102	102	101
Febrero	113	99	106	96	106	99
Marzo	113	101	105	96	105	97
Abril.....	112	98	112	94	105	95
Mayo	112	98	102	96	103	92
Junio	111	94	106	94	104	90
Julio	108	89	101	86	100	86
Agosto.....	108	89	97	85	98	85
Septiembre....	106	89	106	78	92	87
Octubre.....	105	82	93	76	88	86
Noviembre ..	105	79	91	74	87	84
Diciembre....	105	82	97	72	78	83
1931						
Enero	104	82	83	67	78	84
Febrero	103	78	80	64	81	87
Marzo	101	80	78	66	76	86
Abril.....	100	76	69	64	70	86
Mayo.....	97	76	67	55	62	89
Junio	97	72	63	54	60	88
Julio	94	72	62	41	59	86
Agosto.....	93	78	52	46	56	84
Septiembre....	89	84	53	40	55	83
Octubre.....	85	87	64	44	59	85
Noviembre ..	84	89	55	50	65	88
Diciembre....	83	90	59	47	65	87

MESES	Colocaciones instituciones de crédito	Medio circu- lante	Ventas al por menor	Cámaras compensado- ras	Indice de ac- ciones	Indice de pre- cios al por mayor
1932						
Enero	80	100	54	50	69	85
Febrero	79	102	55	49	80	88
Marzo	79	102	65	43	82	95
Abril.....	78	106	62	56	85	105
Mayo.....	76	113	70	48	82	118
Junio	76	115	60	53	82	130
Julio	76	129	67	53	84	131
Agosto.....	76	140	85	72	102	137
Septiembre....	77	157	92	85	123	157
Octubre.....	78	116	166

INDICE

	Págs.
Prólogo	5

CAPITULO I

El caos político

I.—El ciclo sísmico	7
II.—Causas de los fracasos políticos	12
III.—Montero, o la derrota de los partidos políticos	15
IV.—Dávila, o la derrota del periodismo	22
V.—Nuevos rumbos	28

CAPITULO II

El círculo funcional de nuestro sistema económico

I.—Causas funcionales de la crisis	35
II.—Causas universales de las perturbaciones económicas	39
III.—El fin de la economía mundial	45
IV.—Salitre, cobre y empréstitos	51
V.—Nuestro gran peligro: el retroceso al sistema natural	57

CAPITULO III

Economía planeada

I.—Dogma y realidad	63
II.—La realidad económica	67
III.—Factores negativos y positivos	73

CAPITULO IV

Los órganos de la nueva economía

I.—El plan de acción...	87
II.—Las relaciones internacionales...	93
III.—El sistema del crédito...	105

CAPITULO V

Los órganos de la nueva economía (continuación)

IV.—"Retourner a la nature"...	115
V.—La miseria...	119
VI.—La agricultura...	122
VII.—Las industrias fabriles...	127
VIII.—El comercio...	129
Epílogo...	133

APENDICE I

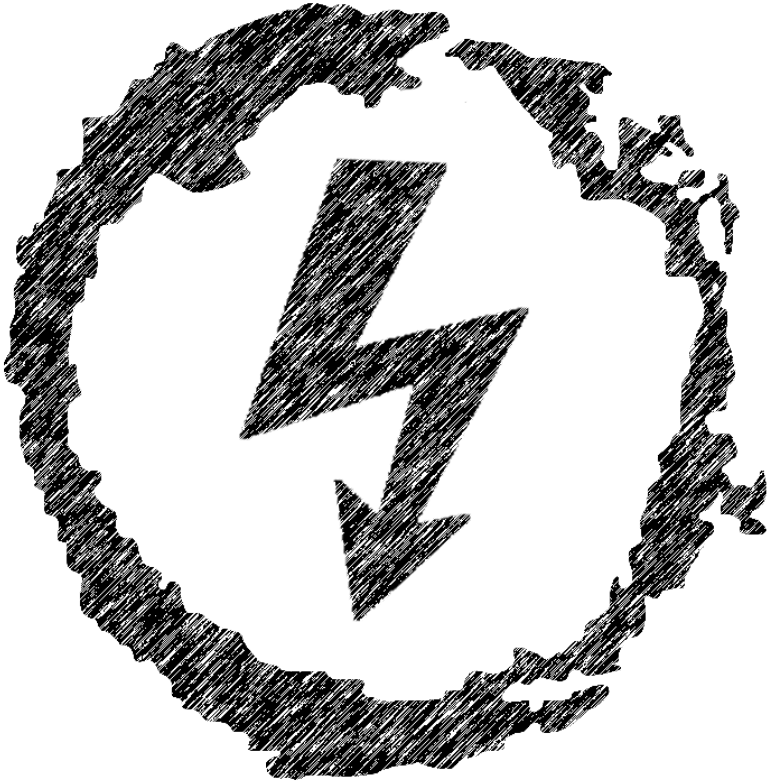
Documentos

I.—Si yo fuera Ministro de Hacienda...	137
II.—¿Debemos destruir nuestro sistema monetario?...	144
III.—Pronóstico económico de la Revista "Hoy", de marzo 18 de 1932...	150
V.—Carta dirigida a don Carlos G. Dávila, junio 9 de 1932..	152
V.—Carta dirigida a la Junta de Gobierno, junio 14 de 1932	154
VI.—Pronóstico económico de la Revista "Hoy", de julio 22 de 1932	155

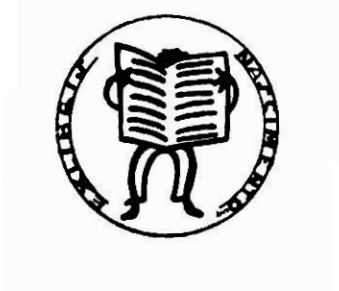
APENDICE II

Datos estadísticos

Producción minera...	159
Producción agrícola...	160
Comercio exterior...	160
Indices económicos y financieros...	161



K U K L O X . X Y Z



K U K L O X . X Y Z